

Ci[ur]42

RED DE
CUADERNOS DE
INVESTIGACIÓN
URBANÍSTICA

TEXTOS SOBRE SOSTENIBILIDAD

CIUDADES PARA UN FUTURO MÁS SOSTENIBLE
Diciembre 2004

CUADERNOS DE INVESTIGACIÓN URBANÍSTICA

Director	José Fariña Tojo
Subdirectora	Ester Higuera García
Diseño y diagramación	Pilar Jiménez Abós, Carlos Jiménez Romera y Alfonso Sánchez Uzabal
Selección de trabajos	Comisión de Doctorado del Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio (DUyOT) de la ETSAM
Edición	Instituto Juan de Herrera (IJH)
Redacción y distribución	Sección de Urbanismo del Instituto Juan de Herrera (SPyOT), Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid. Avda. Juan de Herrera 4, 28040 Madrid
Distribución	Mairea Libros: distribucion@mairea-libros.com

© **CIUDADES PARA UN FUTURO MÁS SOSTENIBLE 2004**

[<http://habitat.aq.upm.es>]

Toda la documentación aquí publicada está disponible, en versión electrónica en internet. Se concede autorización para difundir y utilizar la documentación publicada, haciendo notar su procedencia, siempre que no exista ánimo de lucro ni intercambio monetario. Cualquier otro uso de esta documentación deberá contar con la autorización previa del correspondiente autor.

1ª edición, 1ª impresión

Depósito Legal: M-4179-2005

I.S.B.N.: 84-9728-132-2

Edita: Instituto Juan de Herrera

Imprime: FASTER, San Francisco de Sales 1, Madrid

TEXTOS SOBRE SOSTENIBILIDAD

Los artículos presentes en este volumen han sido seleccionados del conjunto de los publicados por la biblioteca *Ciudades para un Futuro más Sostenible (CF+S)*.

El objetivo es presentar una visión global de la sostenibilidad que ayude a investigadores. Esta compilación tiene su origen en la documentación de apoyo elaborada para las jornadas ‘La Sostenibilidad en el Proyecto Arquitectónico y Urbanístico’, organizadas por la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, en el marco de la *Iniciativa para una Arquitectura y un Urbanismo más Sostenibles (IAU+S)*, durante marzo de 2004.

Autores

- JOSÉ MANUEL NAREDO, doctor en economía, profesor emérito de la ETSAM y miembro de IAU+S.
- ALFONSO DEL VAL, sociólogo y consultor ambiental.
- RAMÓN FERNÁNDEZ DURÁN, ingeniero de caminos y miembro de Ecologistas en Acción.
- MARIANO VÁZQUEZ ESPÍ, doctor arquitecto, profesor titular de la ETSAM y miembro de IAU+S.
- MARGARITA DE LUXÁN, doctora arquitecta, catedrática de la ETSAM y miembro de IAU+S.
- JAVIER NEILA, doctor arquitecto, profesor titular de la ETSAM y miembro de IAU+S.
- JOSÉ FARIÑA TOJO, doctor arquitecto, catedrático y director del departamento de Urbanismo y Ordenación del Territorio de la ETSAM y miembro de IAU+S.
- AGUSTÍN HERNÁNDEZ AJA, doctor arquitecto, profesor titular de la ETSAM y miembro de IAU+S.
- SALVADOR RUEDA, psicólogo, biólogo y miembro de IAU+S.
- JULIO ALGUACIL GÓMEZ, doctor en sociología, profesor titular de la Universidad Carlos III de Madrid y miembro de IAU+S.
- CARLOS VERDAGUER VIANA-CÁRDENAS, arquitecto, profesor asociado de la ETSAM y miembro de IAU+S.
- ISABEL VELÁZQUEZ VALORIA, urbanista, consultora ambiental y miembro de IAU+S.
- MARTA ROMÁN RIVAS, geógrafa y miembro del Colectivo de Mujeres Urbanistas.

Ciudades para un Futuro más Sostenible
Marzo 2004

Índice

<i>Sostenibilidad y racionalidad de los procesos de urbanización</i> JOSÉ FARIÑA TOJO	7
<i>La ciudad estructurada</i> AGUSTÍN HERNÁNDEZ AJA	13
<i>Habitabilidad y calidad de vida</i> SALVADOR RUEDA	29
<i>La calidad de vida y el tercer sector: nuevas dimensiones de la complejidad</i> JULIO ALGUACIL GÓMEZ	35
<i>Por un urbanismo de los ciudadanos</i> CARLOS VERDAGUER VIANA-CÁRDENAS	49
<i>El tiempo de las cerezas. Reflexiones sobre la ciudad desde el feminismo</i> ISABEL VELÁZQUEZ VALORIA	67
<i>La reconstrucción del espacio cotidiano</i> MARTA ROMÁN RIVAS	75

6 Cuadernos de Investigación Urbanística nº 42

Resumen

Los artículos presentes en este volumen han sido seleccionados del conjunto de los publicados por la biblioteca *Ciudades para un Futuro Más Sostenible (CF+S)*: <http://habitat.aq.upm.es>.

Esta compilación se publicó en principio como cuaderno de apoyo a las jornadas “La Sostenibilidad en el Proyecto Arquitectónico y Urbanístico” organizadas por la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, en el marco de la *Iniciativa para una Arquitectura y un Urbanismo más Sostenibles (IAU+S)* durante el mes de marzo de 2004.

El objetivo principal consistía en presentar una visión global de la sostenibilidad para el público en general. Por tanto, el criterio básico de selección ha sido el pedagógico. Se incluyen los textos más concisos y claros sobre los diversos temas que trata la biblioteca. La limitación de espacio nos ha impedido incluir numerosos artículos que, por su calidad, merecerían estar aquí.

La biblioteca *Ciudades para un Futuro Más Sostenible* surgió en 1996 gracias a un convenio de colaboración entre el Ministerio de Fomento y la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid (ETSAM), por el que esta última se comprometía a traducir y a poner en la red las experiencias presentadas al concurso de Buenas Prácticas organizado por Naciones Unidas con motivo de la Conferencia Mundial sobre Asentamientos Humanos, Hábitat II, celebrada en Estambul en junio de 1996.

La biblioteca reúne documentación sobre todo tipo de acciones y experiencias en las ciudades y en el territorio que mejoren, de manera efectiva, las condiciones de vida de las personas, dentro del criterio de sostenibilidad en su sentido más fuerte; también ofrece artículos, informes y reflexiones teóricas sobre el estado actual y las posibles alternativas al desarrollo contemporáneo de las ciudades.

Abstract

This issue assembles a selection of articles publicly available on the website *Ciudades para un Futuro más Sostenible (CF+S)*: <http://habitat.aq.upm.es>.

This selection was originally used as a printed companion guide to the public lecture series on “Sustainability in the Architecture and Urban Project”, held on March 2004 and organized by the Madrid School of Architecture within the *Initiative for a more Sustainable Architecture and Urbanism (IAU+S)*.

The compilation an overall vision on sustainability presents to average audience. The basic criterium to select these articles was therefore a pedagogical one, including those simpler and clearer papers dealing with all main topics in *CF+S*. However, due to space limitations, many excellent articles available on the website are unfortunately not included within this selection.

CF+S was created in 1996 as a partnership between the Spanish Ministry of Works and Madrid School of Architecture. The objective was to translate into Spanish and publish the experiences selected at the International Award for Best Practices in Improving the Living Environment, organized by United Nations after the Istanbul Conference on Human Settlements (Habitat II).

CF+S aims to gather documents concerning any kind of actions and experiences both on the territory and the city actually improving people’s living conditions according to the sustainability concept in its strongest sense. It also offers papers, reports and theoretical reflections on the state of and the possible alternatives to urban development nowadays.

Sostenibilidad y racionalidad de los procesos de urbanización

JOSÉ FARIÑA TOJO

Madrid (España), marzo de 2002.

Aunque la materia a tratar no es el tema de la insostenibilidad en sí misma sino los instrumentos a los que podemos recurrir para paliarla, resulta imprescindible hacer una reflexión previa.

Ante la afirmación: *las ciudades son insostenibles*, cabría preguntarse ¿de verdad lo creen los ciudadanos, los políticos, los urbanistas, los economistas? Mi impresión personal es que no. Como mucho suele pensarse: «a lo peor, en un futuro, si seguimos así habrá que hacer algo. Pero, de momento ¡qué locura!, ¡decir que las ciudades son insostenibles! No hay más que ver la salud y la vitalidad del sistema urbano». En realidad éste es el pensamiento generalizado, no sólo entre la ciudadanía, sino también entre buena parte de los profesionales que se dedican a construir la ciudad.

Mientras este convencimiento no cale en la sociedad, en los políticos, en los empresarios o en los urbanistas ya podemos planificar sofisticados instrumentos para paliar esta insostenibilidad (supuesta), que no servirán de nada. Para empezar, por tanto, propongo dos estrategias, que no instrumentos, previas. Estas estrategias buscan allanar el camino a la consideración real y efectiva de los instrumentos que luego pretendo mencionar.

Educación, información, participación

En primer lugar habría que referirse a la educación. Se trata de un tema muy manido pero que resulta imprescindible si de verdad se quiere intentar conseguir una reversión en el actual proceso de monetarización de todos los valores. En concreto, resulta imprescindible para que funcione uno de los pilares fundamentales de una sociedad más sostenible: *la participación ciudadana*. El ciudadano o la ciudadana que están inmersos en un proceso de participación deben conocer el estado de su atmósfera o de sus ríos, pero también el significado de que puedan oír el trino de los pájaros en su urbanización de adosados o el costo real de la magnífica depuradora de la que están tan orgullosos, desde la perspectiva del Senegal, Mauritania o el Amazonas.

Hombres y mujeres tienen una parte egoísta (más o menos importante según los casos) y, probablemente, del nivel local de participación no sean esperables grandes avances en términos de solidaridad universal, a menos que exista una conciencia global muy fuerte. Ésta es una de las mayores dificultades que se están viendo en los procesos de participación en curso para la redacción, por ejemplo, de Agendas 21 o instrumentos análogos.

Probablemente las grandes decisiones que afecten sobre todo a la pretendida calidad de vida del urbanita han de tomarse, no desde los órganos locales, sino desde instancias mucho más

lejanas del administrado. Es decir, desde instancias nacionales o supranacionales. Por supuesto, respondiendo a una presión que venga de la base. Los gobiernos locales, en general, lo hacen mucho mejor cuando se trata de temas relativos a la calidad de vida del ciudadano o a todo aquello que haga más competitiva su área de gobierno frente a las demás.

Una información rigurosa, veraz y completa resulta imprescindible para que el proceso educativo pueda plantearse sin tópicos. De tal forma que educación, información y participación, deberían ser las tres patas de cualquier proceso previo al intento de instaurar sistemas de racionalidad en las actuales formas de vida.

Sostenibilidad y racionalidad

En segundo lugar, dado el alto grado de multivocidad que han alcanzado palabras como ‘sostenibilidad’ o expresiones como ‘desarrollo sostenible’, que han llevado, en la práctica, a vaciarlas de contenido sería deseable evitar su uso.

Probablemente palabras como ‘racionalidad’, ‘eficacia’ o ‘competitividad’, están mucho más cercanas a las preocupaciones de la mayor parte de los ciudadanos. Probablemente, en una escuela de arquitectura los alumnos sean mucho más receptivos si en lugar de decirles que «el estudio del soleamiento adecuado para los edificios contribuye a su sostenibilidad» se les dice que «el estudio del soleamiento adecuado para los edificios contribuye a un funcionamiento más eficaz de los mismos». O si se les dice que «una ciudad compacta es más competitiva que una dispersa porque se pierde menos tiempo en el transporte, se consume menos energía, etc.» lo entenderán mejor que si se les dice que «el modelo de ciudad compacta sirve para paliar la insostenibilidad urbana».

En el fondo la realidad es que la mayor parte de los instrumentos que hacen de las ciudades artefactos más sostenibles son instrumentos de racionalidad.

Algunos de los problemas de nuestras ciudades se derivan del hecho de que nuestros profesionales cuando adquieren el hábito del proyecto en muchas ocasiones adquieren un hábito viciado. De cualquier forma es difícil en una profesión tan complicada y con tantas aristas acertar en lo adecuado. Sin embargo muchos arquitectos, y también estudiantes de arquitectura, cuando ven una torre cubierta por un muro cortina con sus cuatro fachadas exactamente iguales, bellas, limpias, sin una arruga que se salga de la armonía están convencidos de que su sensibilidad no puede equivocarse y que aquel objeto, tan bello, es también un objeto perfecto por el mero hecho de ser bello. Probablemente sea ésta una visión imprescindible, pero no debería ser una visión única ni determinante a menos que se considere la obra de arquitectura como una obra exclusivamente escultórica. Sin embargo, su valor de uso introduce necesariamente otras consideraciones, por lo menos de igual importancia. El hecho, por ejemplo, de que sobre una de las fachadas caiga el sol inmisericorde casi todas las horas del día y todos los días del año debería hacer que esta fachada fuera radicalmente distinta a su opuesta que apenas recibe radiación solar. Y cuando el arquitecto vea estas dos fachadas iguales debería echarse a temblar, pero no de placer sino de consternación. Claro que para eso están los aires acondicionados y las calefacciones. Se trata de un instrumento absolutamente ineficiente de la obra de arquitectura.

Si al entregar una obra de arquitectura o un plan de urbanismo los responsables tuvieran la obligación de calcular una cosa tan sencilla como el coste por metro cuadrado y hora de utilización normal de ese plan o de ese edificio, probablemente habríamos avanzado mucho en dar soluciones eficaces y ecológicas a nuestras ciudades. Y no estamos hablando de internalizar costes externos, etc. Esto que se hace ya con los automóviles o los frigoríficos está muy lejos de conseguirse en la construcción de edificios y ciudades. Nadie en su sano juicio se compraría un automóvil sin conocer su costo por kilómetro recorrido. Coste en el que se incluyen el mantenimiento, la amortización y el consumo. Sin embargo se embarca en la compra de unos metros cuadrados construidos sin conocer lo que ésta significa en realidad. Estamos hablando pura y simplemente de irracionalidad.

Algunas propuestas para racionalizar el proceso de urbanización

La mayor parte de las propuestas que hago a continuación ya las he publicado en diversos lugares y las he expuesto en varias ocasiones. Sin embargo trataré de agruparlas y sintetizarlas con objeto de completar y/o reforzar las que José Manuel NAREDO (2002) expone en su ponencia «Instrumentos para paliar la insostenibilidad de los sistemas urbanos».

Extensión de la urbanización y su control

En algún sitio, alguien, debería parar el creciente consumo de suelo por habitante que se está produciendo en todo el mundo. De alguna forma habría que ponerse de acuerdo sobre un límite que, probablemente estaría en el punto en que se encuentran ahora los países desarrollados. Desde este enfoque debería introducirse en la discusión el tema del precio del suelo. No es cierto que deba abarataarse el suelo. O por lo menos no es tan simple el objetivo de bajar los precios a toda costa. Al contrario, probablemente sea necesario encarecerlo. Esto no significa que no haya que resolver los problemas de vivienda de las clases más desfavorecidas. Son problemas distintos. Probablemente, si en lugar de hablar del suelo el problema se centrara en el agua el acuerdo sería más sencillo: hay que garantizar que todo el mundo tendrá el agua necesaria, pero todos los pluses de consumo de agua habría que penalizarlos fuertemente. La idea trasvasada al suelo presenta problemas graves y evidentes. El primero sería la determinación de cuál sería el suelo mínimo necesario. Y el segundo, por supuesto, cómo se resolvería el problema ético que se plantearía al favorecer a las personas de mayor capacidad económica y, por tanto, aumentar todavía más la diferencia entre clases. Pero, claro, hablar de socializar el suelo a estas alturas. . .

Me gustaría referirme aquí a cómo la desinformación y la intoxicación pueden hacer que el ciudadano sea permanentemente engañado y, por tanto, no pueda participar de forma efectiva en la toma de decisiones. Y para ello voy a descender a la actualidad del ámbito doméstico de la Comunidad Autónoma de Madrid. Año tras año nuestros gobernantes (de izquierdas, de derechas o de centro) se han empeñado en que el precio de la vivienda en muy elevado y que, uno de los componentes más importantes de ese precio es el suelo, pues hay que abaratar

el precio del suelo. Se han intentado variopintos métodos para conseguirlo hasta ahora sin ningún resultado. Y no pasaría nada si estos intentos fueran inocuos. Pero en algunos casos resultan, además, bastante perjudiciales. Así, un primer intento de considerar como urbanizable la práctica totalidad del suelo de un término municipal en lugar de hacerlo sólo con aquel terreno con 'vocación' de urbano, se remató con reducir a un mínimo las posibilidades de excluir un suelo de la urbanización. Y, en concreto, el de excluirlo por razones de racionalidad del planeamiento. ¿Cómo se puede controlar la extensión de la urbanización si resulta legalmente imposible hacerlo con la legislación que se ha aprobado?

Interés de concentrar la población

La progresiva invasión de las periferias, aparte de implicar un consumo energético creciente, significa también un consumo de suelo desproporcionado. Se ha detectado la multiplicación hasta por un factor de tres en la movilidad de las áreas extensivas frente a las concentradas. Es imprescindible terminar con la propaganda ecológica, o cambiar su sentido. Lo que desde hace algunos años vengo llamando la paradoja ecológica, viene viciando de raíz y desde el movimiento de la ciudad jardín, los ideales de vida de la población occidental. Las necesidades de consumo de naturaleza son tales que ahora ya nadie se conforma con vivir en los centros históricos de las ciudades, donde en los reducidos pisos el urbanita tenía una relación muy lejana con 'el campo'. Una maceta de geranios en la ventana y una jaula con un jilguero en el patio de luces. Ahora, como mínimo, necesita un adosado con mini-parcela a veinte ó treinta kilómetros del centro, un cuatro por cuatro con el cual llega a los más remotos lugares, y una colección en veinte tomos (¡cuánto papel desperdiciado!) sobre especies protegidas. De esta forma, su gran simpatía por el medio ambiente le convierte en el máximo consumidor de ese medio.

Habría que volver a las propuestas de Ortega para el que la técnica es la esencia del hombre. La lectura de su ensayo «Meditación de la Técnica» puede conducir a una visión distinta de las relaciones del hombre con la naturaleza. En realidad se trata de la transcripción de un curso que dio en el año 1933 en la Universidad de verano de Santander (el año de la inauguración de sus célebres cursos de verano). El curso empieza así: «Sin la técnica el hombre no existiría ni habría existido nunca». Y más adelante afirma:

«La técnica es lo contrario de la adaptación del sujeto al medio, puesto que es la adaptación del medio al sujeto. Ya esto bastaría para hacernos sospechar que se trata de un movimiento en dirección inversa a todos los biológicos. Esta reacción contra su entorno, este no resignarse contentándose con lo que el mundo es, es lo específico del hombre. Por eso, aun estudiado zoológicamente, se reconoce su presencia cuando se encuentra la naturaleza deformada; por ejemplo, cuando se encuentran piedras labradas, con pulimento o sin él, es decir, utensilios. Un hombre sin técnica, es decir, sin reacción contra el medio, no es un hombre».

Por supuesto que este pensamiento, como muchos otros de Ortega tiene una carga polémica muy fuerte, y nos pone directamente en el corazón de la discusión. Ahí radica precisamente

su mayor virtud. Esta visión habría que contraponerla directamente a la ‘falsa ecología’ publicitaria. Quizás un análisis de ambas posturas ayudara a clarificar no pocos problemas que, en el fondo, sustentan posturas simplemente egoístas.

Aumentar la complejidad de las zonas urbanizadas

Hace ya algunos años Christopher Alexander escribió un artículo premonitorio que debería ser de obligada lectura en todas las escuelas de urbanismo y arquitectura. El artículo se titulaba «La ciudad no es un árbol». Por supuesto que no se refería a un árbol físico sino al concepto matemático de árbol como forma de organización de conjuntos. En el sistema de organización arborescente cada elemento forma parte de un único subconjunto que, a su vez, depende de otro, y éste a su vez de otro, etc. Más o menos, para entendernos, una hoja de un árbol se inserta en una única ramita, que a su vez se inserta en otra, y así hasta llegar al tronco. Frente a este concepto oponía el de semi-retículo, en el cual cada elemento podía depender a la vez de varios conjuntos o subconjuntos. Bien, pues para él la ciudad era un semi-retículo, no un árbol.

Sin embargo, la planificación siempre trata las áreas urbanas como árboles. Primero, porque es más fácil. Todo está mucho más claro y, aparentemente, funciona muy bien. Una vivienda forma parte de una unidad vecinal con su centro de servicios. Un conjunto de unidades vecinales forma un barrio con su centro de barrio. Y el conjunto de los barrios forman una ciudad con su centro. Este procedimiento, exacerbado casi a sus límites conduce a la segregación, a la pérdida de complejidad y a la banalización de la vida urbana. Y en segundo lugar porque permite la utilización de dos técnicas muy potentes y que han hecho del urbanismo un instrumento de control económico formidable. Así, la zonificación encuentra en esta forma de entender la ciudad su mejor aliado. O los llamados estándares que permiten cuantificar y distribuir los equipamientos con criterios aparentemente claros pero que acaban por producir segregación o, como poco, pérdida de interacción social.

Reordenación espacial de los usos agrícolas

Éste es un problema que, debido a las implicaciones de todo tipo que suscita (personales, sociales y económicas) es difícil de plantear, pero que alguien y en algún momento deberá abordar. Actualmente, y desde el punto de vista agrícola, casi todos los suelos son aptos para casi todo, con las necesarias mejoras. Eso no quiere decir que ésa sea la vocación del suelo. No pueden seguir dedicándose suelos de alta rentabilidad agrícola a la urbanización, ni otros al regadío a base de agotar los acuíferos subterráneos, cuando en una gran parte del centro de Europa sobra la lluvia (incluso en España). Es una cuestión complicada en la que es fácil caer en la demagogia a menos que se analice el problema en su conjunto. Pero lo que parece inevitable es la necesidad de plantearlo.

Necesidad de áreas territoriales sin uso

Ni agrícola, ni turístico, ningún uso. Ello significa, obviamente, la penalización de estos suelos. También significa que habría que inventar algún tipo de redistribución de beneficios y cargas a nivel territorial. Y, por supuesto, a nivel municipal incluir en el reparto al no urbanizable. Las presiones sobre este suelo van a ser muy importantes, pero es absolutamente vital el mantener una parte apreciable del territorio sin uso.

Incluso es probable que este suelo deba sacarse del circuito comercial de una vez por todas. Esta eliminación de una parte importante del suelo traería consecuencias inmediatas aparentemente no deseables. Como por ejemplo que se encareciera notablemente el precio del suelo no sometido a restricciones. Efecto, que según el razonamiento expuesto anteriormente, lejos de ser perverso, podría incluso llegar a ser benéfico. Eso siempre y cuando, por supuesto, se garantizaran los mínimos habitacionales a todos los ciudadanos. Por desgracia, esto es imposible de conseguir con un modelo liberal como el que la sociedad occidental parece haber elegido. Se trata de una propuesta de intervención en materia de suelo, más fuerte que cualquiera de las llevadas hasta ahora a la práctica, si se exceptúa el modelo comunista. No sé si con buenas dosis de imaginación podría plantearse el mismo objetivo desde otras perspectivas de corte más liberal, pero aparentemente presenta bastantes dificultades.

Las cuestiones planteadas en los párrafos anteriores no deben ser entendidas más que como una invitación a la discusión y a la reflexión. Resulta imprescindible plantear una visión del proceso de urbanización que incluya no solamente las variables económicas, sociales y artísticas, sino también y en un lugar preferente, las cuestiones relativas al ambiente y a la solidaridad en un mundo cada día más interconectado. En el fondo, todas aquellas cuestiones que introduzcan mayores dosis de racionalidad en la construcción de nuestras ciudades.

Referencias bibliográficas

NAREDO, J.M.

2002 «Instrumentos para paliar la insostenibilidad de los sistemas urbanos»,

Biblioteca Ciudades para un Futuro más Sostenible, n.24, septiembre de 2004;

<http://habitat.aq.upm.es/boletin/n24/ajnar.html>

La ciudad estructurada

AGUSTÍN HERNÁNDEZ AJA

Madrid (España), 16 de octubre de 2000.

Marco: estructura urbana o ciudad estructurada

Si queremos desarrollar un Planeamiento Urbano que entre sus objetivos tenga el de la mejora de la Calidad de Vida Urbana, deberemos de ampliar los campos para los que determinamos la Estructura Urbana de la ciudad con el propósito de conseguir una Ciudad Estructurada.

Cuando hablamos de Estructura Urbana nos referimos a la organización espacial propuesta que pretende la distribución óptima de las actividades e intercambios de la ciudad. Aunque la consideramos definida mediante el plano en el que se refleja esta forma óptima, no debemos olvidar que incluye los contenidos normativos del planeamiento, desde la determinación de un número limitado de usos (divididos en grados y estableciendo sus compatibilidades), a la determinación precisa de los aprovechamientos y el régimen jurídico de cada clase de suelo. En cualquier caso la estructura urbana que proponemos necesita ser justificada tanto en su utilidad, a través de la memoria, como en la capacidad económica de ser ejecutada, garantizada mediante un estudio económico financiero. Una buena estructura urbana resulta ser aquella que es útil para desplegar un determinado Proyecto de Ciudad, reflejo de los intereses (y pactos) de los grupos dominantes en esa ciudad.

Pero la eficacia del planeamiento para dar cabida a un determinado Proyecto de Ciudad no tiene por qué concluir en una ciudad estructurada. Una ciudad estructurada, sería aquella que garantizase la cohesión social, la gestión de la variedad y el respeto al medio ambiente, dentro de un espacio accesible, controlable por los ciudadanos y con capacidad de mantenerse en el tiempo. Para ello es necesario afrontar la inclusión de la complejidad, el debate sobre lo público e incorporar el proyecto de la sostenibilidad al planeamiento.

Un planeamiento con conciencia de la complejidad urbana

El Planeamiento urbano trabaja con un número reducido de dimensiones urbanas. Si nos fijamos en los contenidos de la información que utiliza, encontramos análisis sobre: población y vivienda, utilizados para justificar las decisiones del crecimiento residencial; actividades económicas (unificando lo que antes era industria, comercio y terciario), que busca determinar las bases de una futura prosperidad y los problemas que tienen estas actividades para desplegarse; un apartado de tráfico y transportes, que apoyado en el crecimiento constante de la utilización del vehículo privado, justifica la necesidad de las operaciones de infraestructura viaria (y por tanto la demanda de financiación extra). Junto a los campos anteriores aparecen los que están relacionados con la calidad urbana: el apartado de equipamientos y el de zonas verdes, que en cualquier caso sólo buscan determinar el cumplimiento de la cobertura de los mínimos dotacionales que deben satisfacer los ayuntamientos, y en algún caso dar satisfacción a demandas

muy específicas (un hospital por ejemplo); y el capítulo de medio ambiente, en el que se incluyen los antiguos servicios de recogida de basura (modernizados con el incipiente reciclaje), depuración y calidad ambiental (ruido, calidad del aire, etc.), a los que a veces se suman algunos aspectos de intervención sobre espacios y calidad del suelo no urbanizable. En cualquier caso los estudios de base del planeamiento pocas veces hacen referencia a aspectos más intangibles o complejos, un plan se realiza para resolver problemas, no para hacerlos patentes; desde un plan no se puede reordenar ni articular la acción política de un municipio. Pero el Planeamiento no es capaz de dirigir la evolución de la ciudad mediante un proyecto ajeno a la realidad de los grupos que lo habitan, no es posible imponer un Proyecto de Ciudad. Los grupos periféricos o ajenos al dominante, utilizan y actúan sobre la ciudad, formando estructuras latentes que no podemos ignorar. La ciudad es el resultado de la convivencia de un conjunto de proyectos y grupos, sobre un espacio construido (que no podemos modificar de inmediato) a lo largo del tiempo. De alguna forma la ciudad posee una resistencia a la sumisión a un solo grupo o interés, para bien o para mal tiene estructuras paralelas (alternativas) al modelo dominante que pueden conducir a una ciudad estructurada o a su fracaso. La ciudad entendida sólo como campo útil para el desarrollo económico, nos impide comprender el espacio en su conjunto. Nos conduce a ignorar el resto de sus dimensiones y por tanto acabamos actuando sobre un espacio desconocido, en el que los resultados de nuestras actuaciones se convierten en imprevisibles.

Todos aquellos que trabajamos en el urbanismo tenemos (consciente o inconscientemente) un pensamiento paralelo que podríamos considerar coincidente con lo que se ha dado en llamar *pensamiento complejo*. En paralelo a nuestros trabajos *formales* buscamos determinar la complejidad de un espacio, para ello necesitamos integrar lo que percibimos como separado, complementar lo que aparece como único y valorar la alteralidad (lo distinto) frente a lo unificado. Sabemos que la ciudad es algo más que la suma de sus partes, y buscamos conocer el conjunto de relaciones que se producen entre las estructuras que conocemos o intuimos. Una ciudad funciona más que por la acción de los servicios administrativos por la voluntad de sus ciudadanos, sólo ellos determinan la seguridad de sus calles, el apoyo a un vecino con problemas o intercambian conocimientos y artículos de forma ajena a las leyes del mercado, enriqueciendo el espacio en el que habitan. Al igual que en el campo de la creación científica, lo importante no es sólo que los miembros de una disciplina (los químicos por ejemplo) mantengan relaciones intensas entre ellos, sino que consigamos que tengan relación con otras ciencias (los matemáticos) de forma que se trasmitan conocimientos y formas de hacer distintas entre ellos. La sociedad urbana necesita de otro tanto, lo importante no es conservar una paz social aparente en una ciudad segregada en rentas, credos o razas, sino generar un espacio de intercambio entre lo distinto, que genere flujos de información y cohesión social.

Cualquier reflexión sobre el hecho urbano debe partir necesariamente de la certeza de que actuamos sobre un espacio pluridimensional, construido de voluntades y redes superpuestas, sobre el que es necesario determinar acciones complejas que atiendan a más de una de las dimensiones perceptibles y que busquen catalizar nuevas dimensiones en su entorno. Desarrollando una ciudad estructurada en la que se articulen no sólo los intercambios económicos, sino todo el conjunto de intercambios posibles, sobre una estructura urbana que no busque la jerarquía de la segregación sino la fluidez de la relación.

Lo público en entredicho

Nos encontramos en un momento en el que los grupos dominantes determinan la necesidad de acelerar la concentración económica en los sectores *eficaces* y el abandono de las políticas asistenciales y de redistribución social (por ineficaces y retrógradas). La ciudad se enfrenta a un proyecto que determina la desaparición de los espacios de propiedad colectiva, sustituidos por espacios de gestión privada y carácter lucrativo. La división entre ganadores y perdedores se refleja en la dualización entre barrios vulnerables y barrios triunfadores; en España, los ciudadanos apartados de los frutos del crecimiento económico, se concentran en 374 barrios desfavorecidos que agrupan a 2.895.204 habitantes, reflejándose en una ciudad segregada en niveles de renta y servicios, en la que los ciudadanos de una de sus partes sólo acuden a otra por casualidad o equivocación.

La tendencia actual nos permite suponer que las inversiones públicas quedarán reducidas a la producción de infraestructuras y a la recualificación puntual de espacios significativos. Se incrementarán la cesión (o enajenación) del patrimonio público a la iniciativa privada (bajo la excusa de la eficiencia de la gestión), que conducirá a la degradación de los servicios públicos en los barrios vulnerables, al quedar su mantenimiento asociado a las rentas (marginadas) de sus usuarios. El proceso resultará igualmente esterilizante sobre los espacios habitados por las poblaciones favorecidas, sólo abastecidos por dotaciones privatizadas (accesibles mediante pago) al servicio de una sola capa de población, que acabará enajenada del entorno social global, incapaz de organizarse para producir un espacio alternativo al que el mercado ofrece.

El espacio urbano se encuentra en trance de perder su complejidad y variedad, al propiciarse su concentración y especialización, vislumbrándose la desaparición de la esencia de la ciudad que conocemos. La simplista determinación de apoyar los sectores definidos como rentables impide el análisis de la ciudad como un conjunto complejo, en el que la dimensión económica no es más que uno de los factores de su calidad. Una ciudad cohesionada necesita que sus ciudadanos compartan algo más que la salida de las carreteras radiales o que se estructuren en grupos corporativos, una ciudad necesita de espacios de propiedad colectiva en la que los ciudadanos se encuentren y reafirmen su condición.

El proyecto de la Sostenibilidad

El planeta se halla enfrentado a su mayor reto, la constatación de los límites planetarios, la conciencia de los límites ambientales y que la actividad humana comienza a alterar las condiciones de habitabilidad del planeta. Nos encontramos enfrentados a los límites del crecimiento y por tanto a la inevitable sustitución del Proyecto Urbano-industrial basado en el crecimiento indefinido. Es necesario internalizar en el planeamiento urbano la conciencia del rebasamiento de los límites ecológicos del planeta, la sustitución del paradigma del crecimiento por el de la sostenibilidad deberá producir antes o después una transformación inevitable de la sociedad urbana, si no deseamos que ésta sea catastrófica será necesario dotarnos de un nuevo *Proyecto urbano*, que guíe el cambio de paradigma. Este nuevo Proyecto urbano necesitará producir una transformación en la jerarquía y forma de las actuales estructuras urbanas, implicará la

Rehabilitación urbano ecológica de nuestras ciudades. Una rehabilitación porque no parece posible abandonar las estructuras urbanas sin gravísimos costos sociales. Y ecológica porque las bases estructurales del nuevo Proyecto urbano nos obligarán a cerrar los ciclos naturales dentro de los espacios urbanos y a restaurar los efectos que la huella ecológica que la ciudad produzca tanto en su entorno como en el ámbito planetario.

Es necesario imaginar un Proyecto urbano alternativo al del crecimiento indefinido, si comparamos los esquemas prospectivos sobre el estado del mundo y el nivel material de vida esperable según distintos escenarios que aparecen en el libro *Mas allá de los límites de crecimiento* (MEADOWS, 1993). Observamos que la hipótesis del mantenimiento del actual sistema de producción y consumo (escenario 1), supone una crisis de impredecibles dimensiones en el primer tercio del siglo entrante, en la que la producción industrial y la esperanza de vida disminuyen bruscamente sus valores; todo ello sin contar con los efectos inevaluables de la previsible crisis social. El informe elabora hasta 13 escenarios con distintas variables, que incluyen desde el descubrimiento de nuevos recursos materiales, hasta la aplicación de políticas activas de intervención sobre producción industrial, control de la población o protección medio ambiental. En el cuarto escenario, se plantea una situación *optimista* considerando una duplicación de los recursos y tecnología para el control de la contaminación junto con el incremento del rendimiento de la tierra; podemos ver cómo incluso esta hipótesis *optimista* tan solo consigue amortiguar las curvas, produciendo un retraso en las ondas degenerativas, con un final semejante al gráfico anterior. Sólo los escenarios restrictivos con decisiones rápidas se muestran eficaces. El escenario de población e industrias estabilizadas con tecnologías para reducir las emisiones, la erosión y el uso de recursos, adoptadas en 1995 (escenario 10) prevé estabilización no traumática del estado del mundo, mientras que el retraso de las decisiones restrictivas al año 2015 (escenario 12) produce una crisis a mediados del próximo siglo.

No es posible seguir creyendo en el Proyecto del crecimiento indefinido. El sistema puede seguir aparentando eficacia hasta el primer cuarto del siglo entrante; a partir de ese momento se producirá una quiebra del sistema, con una equiparación de los parámetros de población, esperanza de vida, producción industrial semejantes a los del principio de siglo, en un corto periodo de tiempo y en un marco de degradación espectacular de las condiciones ambientales y de una esperable degradación de las relaciones sociales. Todas las mejoras culturales, sociales y políticas pueden desaparecer en el plazo de 30 años. La única posibilidad de evitarlo es desarrollar un nuevo Proyecto urbano que haga de la sostenibilidad su eje central.

En cualquier caso incluso un análisis tan determinista como el anteriormente citado incluye la capacidad transformadora del proyecto colectivo, es posible modificar lo que parece inevitable, es posible imaginar y construir otro futuro.

Bases para la ciudad estructurada: libertad individual, responsabilidad social, responsabilidad ecológica

Debemos de recordar que, históricamente, los proyectos sociales (incluidas las utopías y las revoluciones) de base democrática se reflejaron mediante la creación de espacios colectivos

(libres o contruidos). Los principios de Igualdad y Libertad se reflejaron mediante la creación de nuevos espacios libres (calles, plazas, paseos, avenidas, parques y jardines), aptos para la libre circulación y el encuentro de los ciudadanos. Y la Fraternidad, se concretó proveyendo a los ciudadanos de escuelas, bibliotecas y hospitales. De forma que una sociedad realmente democrática necesita de espacios en los que necesariamente deban de encontrarse (en igualdad de condiciones) todos sus habitantes.

Si queremos mantener o acrecentar el valor social de nuestras ciudades, es necesario construir una cultura de la intervención en la que se retomen los valores globales que hicieron de los ciudadanos los primeros hombres libres. Construyendo una ciudad capaz de sostener un nuevo pacto urbano que tome como eje la calidad de vida, entendida como un constructo que aúna participación, seguridad y responsabilidad social, sobre un espacio urbano con calidad ambiental. La calidad ambiental deberá sumarse a las cualidades básicas que fueron la causa del éxito de las ciudades: la posibilidad de establecer un proyecto de autonomía a través de la libertad individual y la concreción de la responsabilidad social. Si queremos mantener o recuperar el carácter de la ciudad, el *maremagnum* de lo urbano, es necesario reconstruir el espacio urbano sobre el proyecto de la libertad y la solidaridad, al que incorporaremos la responsabilidad ecológica, fruto de la necesidad de implantar el proyecto de la sostenibilidad como única garantía de la supervivencia de sociedades y espacios. Reclamando una ciudad para los ciudadanos, en la que se garantice su calidad de vida mediante la satisfacción de tres cualidades:

- Libertad individual.
- Responsabilidad social.
- Responsabilidad ecológica.

La libertad individual, de forma que permita que los ciudadanos dominen su tiempo y su espacio, que puedan elegir entre mantenerse en su grupo social o de abandonarlo por otro sin graves costos emocionales. Posibilitando la elección, según lugares y tiempos, del anonimato o del contacto social, adelante determinaremos el barrio como ámbito básico de participación y apropiación.

La responsabilidad social, reflejada en la realización de actividades socialmente útiles y en la generación de un espacio urbano que dote a los individuos de las condiciones necesarias para el desarrollo de sus capacidades humanas, y que permita el cuidado de los más débiles, sobre una red de dotaciones públicas capaces de resolver las necesidades de asistencia, formación y participación. Generando unos espacios públicos en los que necesariamente se encuentren los ciudadanos.

La responsabilidad ecológica, no consumiendo recursos sobre su tasa de renovación ni produciendo residuos sobre la tasa de absorción del medio, mediante una nueva estructura urbana que garantice la calidad del entorno del ser humano, desde el barrio y la ciudad hasta la región y el planeta.

El proyecto implica la incorporación del concepto de la calidad de vida, mediante la consideración de los aspectos ambientales en intersección con las necesidades humanas, implica

el control, por el individuo, de su tiempo y de su espacio como base de la auténtica libertad (LEFEBVRE, 1970,). El tiempo porque es nuestro recurso menos renovable (el que disponemos los seres humanos para vivir aquí y ahora es irreproducible). Y el espacio porque, es sobre él en el que desarrollamos nuestro proyecto vital, decidiendo si abandonamos nuestro espacio de origen o nos reafirmamos en él porque «lo que ofrece la ciudad es el acceso directo a la diversidad. Acceso directo, inmediato, sin intermediarios, sin recurrir a pesados y costosos medios de comunicación. En una especie de captación instantánea, la ciudad ofrece la realidad de la diversidad de los hombres y sus actividades» (SCHOONBROT, 1995).

Como consecuencia de la percepción de la quiebra de los límites ambientales y fruto del proceso de la globalización, los ciudadanos perciben la inseguridad de un sistema altamente volátil, donde bienes, rentas y estructuras sociales se vuelven productos perecederos. Es necesario desvelar la vida cotidiana que propone a sus ciudadanos y el modelo de gestión ambiental y social que contiene, preguntándonos:

- ¿Realiza una oferta medida y ponderada de dotaciones accesibles por los ciudadanos?
- ¿Propone centros de producción altamente concentrados y alejados de la residencia?
- ¿Oferta nuevas redes de transporte que aumenten la accesibilidad de los vehículos privados?
- ¿Concentra elementos de calidad en unas zonas y desabastece otras?
- ¿Plantea la vivienda como un problema independiente del resto de las necesidades humanas?
- ¿Qué índices de satisfacción y participación mide o se propone medir?
- ¿Cómo se mide el éxito del Proyecto social propuesto?

Basta mirar a nuestro alrededor o escuchar las declaraciones de los responsables políticos y municipales, para deducir que las respuestas a estas preguntas implican un modelo incompatible con la Calidad de vida urbana. El modelo de ciudad propuesto, aleja cada vez más producción y residencia, invierte indiscriminadamente en redes viarias que nos mantienen horas y horas en nuestros vehículos o en tediosas líneas de transporte público. La vivienda hace mucho que ha dejado de ser un objeto para el disfrute de la vida, para convertirse en un medio de acumulación económica. En los balances de las políticas urbanas, lo que se mide es la producción: de viviendas, de carreteras, de edificaciones públicas, en ningún caso se mide la calidad de vida, la integración de los ciudadanos en su entorno, la reducción de los desplazamientos, la participación en las tareas sociales, o el necesario intercambio entre grupos sociales e individuos.

No parece posible que la sociedad pueda soportar esta crisis soterrada por más tiempo. Frente a la volatilidad del entorno se planteará la revisión del modelo, que tendrá que basarse, antes o después, en la reducción del consumo y en la recuperación de la autonomía del ciudadano y su vida cotidiana, dando satisfacción a los principios (en una fórmula revisada de la triada Vitrubiana) de: utilidad, firmeza y belleza.

Útil, para las verdaderas necesidades de sus habitantes, no para el mercado. Útil para la sociedad, no destruyendo espacios y sociedades sino partiendo de ellos. Útil, de forma que

su mantenimiento y utilización no sean gravosos para sus ciudadanos, que sus viviendas y espacios sean adecuados a las necesidades normales de cada individuo, cumplimentando adecuadamente los espacios públicos necesarios para la satisfacción de las necesidades de sus ciudadanos, mediante la existencia de un espacio público y unas dotaciones de servicio universal y accesible.

Firme, no sólo en cuanto a sus cualidades funcionales, sino en su relación con el medio ambiente. Adecuándose a las condiciones ambientales, reduciendo el consumo de energía y la producción de residuos. Generada con una voluntad de permanencia física y utilidad, que justifique el consumo de energía y trabajo utilizados en su producción.

Y Bella, no tan sólo desde el punto de vista de la estética formal, sino por su adecuación al sitio donde se localiza. Belleza no sólo relacionada con lo edificado, sino con las condiciones y cualidades del espacio urbano en el que se localiza, realizando adecuadamente la articulación de los usos y dotaciones necesarias en cada espacio urbano.

Herramientas: el barrio como ámbito de actuación y los equipamientos públicos como base de la calidad de vida

La consecución de una ciudad en la que sea básico el eje de la calidad de vida de sus ciudadanos, demanda un territorio estructurado sobre la accesibilidad y aprehensión por el individuo. Esta accesibilidad sólo se puede producir en la unidad mínima de apropiación social y perceptiva: el barrio y necesita disponer de una red estructurada de equipamientos públicos sobre las que se realicen las actividades sociales.

Barrio y Barrio-ciudad

No podemos considerar la ciudad como un todo. Los ciudadanos perciben distintos espacios en función de sus posibilidades de apropiación y accesibilidad. El barrio es la unidad mínima de apropiación y participación de la ciudad. Se trata de espacio multidimensional, capaz de soportar y sostener tipologías, usos y poblaciones diversas, dotado de sociabilidad y asociacionismo. Su tamaño funcional está limitado por la posibilidad de permitir su apropiación andando. El barrio es el espacio de lo doméstico agrupado en torno a un elemento simbólico (LEFEBVRE, 1970). Es el espacio en que el individuo puede sentirse parte de un colectivo social, pero necesita contener una mínima variedad. Proponemos la delimitación como barrio (y por tanto con capacidad multidimensional), de aquellos espacios cuya población se encuentra entre los 3.500 y los 15.000 habitantes y un tamaño correspondiente a un recorrido medio de 15 minutos a pie (dentro de un círculo de radio 500 m). En el barrio las estructuras son aún poco complejas, su componente simbólico no tiene que ser necesariamente compartido por todos sus habitantes, probablemente en muchos casos el barrio sólo sea el espacio más probable en el que la mayoría de sus habitantes sienten que pertenecen.

Para realizar una propuesta de articulación de lo complejo necesitamos trabajar con una unidad superior que hemos dado en llamar barrio-ciudad (ALGUACIL, HERNÁNDEZ, MEDINA, 1997), determinado como un espacio intermedio entre la familiaridad del barrio y la anomia de la ciudad. Se trata del primer ámbito con capacidad de contener la máxima complejidad y variedad accesible. Permite la existencia de distintas formas de vida y culturas y debe contener las dotaciones necesarias para el desarrollo de sus poblaciones y algún equipamiento que suponga un foco de atracción e identidad para el resto de la ciudad. Su población se encuentra entre los 20.000 y los 50.000 habitantes. En él el individuo es capaz de generar sentimientos de identidad y arraigo que puede identificar con el territorio. Su dimensión sería la que implicase un recorrido medio de 30 minutos a pie (un círculo de radio 1.000 m).

La ciudad es el espacio capaz de recoger la suma de grupos, usos y actividades que logren una diversidad óptima, capaz de ser controlada por los individuos. Su tamaño debe de ser tal que no impida su comprensión como objeto, ni impida la participación política de los ciudadanos. Quizás su tamaño óptimo se encuentre entre los 100.000 y los 200.000 habitantes. Por encima de la ciudad se encuentra la Metrópoli y el Área Metropolitana, que necesitarían de unas formas de articulación y participación política que garantizaran la calidad y personalidad de las piezas menores, sin caer en la destrucción del carácter de la ciudadanía ni de la participación política actuales.

Tipología de espacios urbanos

El concepto de ámbito urbano (donde confluyen lo social y lo físico) es posiblemente una de las representaciones más imprecisas y relativas en las ciencias sociales y urbanas, razón por la cual sigue persistiendo un importante debate sobre el establecimiento de definiciones y la disposición de contenidos. En cualquier caso estamos interesados en determinar umbrales urbanos (lo denominamos barrio-ciudad) capaces de sostener una calidad de vida ciudadana, en donde la red de equipamientos y la relación que con ellos se establece por parte de los ciudadanos juegan un papel fundamental. En los cuadros (del 1 a 3) presentamos un resumen de definición de espacios urbanos en distintos autores, con el fin de determinar los umbrales entre estos espacios.

Equipamientos colectivos

En el lenguaje habitual existe cierta confusión terminológica entre dotación y equipamiento, utilizándose ambas indistintamente. Dotaciones serán, por extensión del significado de *dotar* (proveer, poner en una cosa algo que la mejora), aquellos espacios tanto imprescindibles como complementarios, necesarios para el buen funcionamiento de la ciudad. La palabra *equipamiento* se describe como la «acción de proveer a alguien o a algo de las cosas necesarias». Por tanto entenderemos aquí como equipamientos aquellas dotaciones que la comunidad entiende como imprescindibles para el funcionamiento de la estructura social y cuya cobertura ha de ser garantizada colectivamente. La existencia de los equipamientos públicos es una pieza clave de cualquier estrategia de intervención social, ya que:

Cuadro 1: Barrio. 5.000 a 20.000 habitantes ó 1.500 a 6.000 viviendas

Fuente	Definición	Población (hab.)	Dist. (m)	Superf. (ha)
Alexander	Comunidad autónoma, que se autogobierna y administra sus propias finanzas, lo bastante pequeña para ofrecer la posibilidad de un vínculo inmediato entre el hombre de la calle, por un lado, y sus representantes electos, por otro.	5-10.000 7.000 idóneo	400	120
Bettin	Área bien definida con capacidad selectiva y su propia cultura. El uso principal debe ser el residencial, pero se debe garantizar la existencia de comercios, zonas deportivas, guarderías, escuelas... donde los vecinos puedan hacer vida común y competir.			
Ceumt	Barrio	8-11.000		
Conjuntos franceses	Unidad de barrio	4-2.500 viv		
Escuela de Chicago	Comunidad o barrio	5.000		
Ecco	Comunidades	6-7.000		
Goodman	Grecia clásica. Vecindario	5.000 4.000		
IAURP	Unidad que debe contener los siguientes equipamientos: sociales, infraestructura administrativa y dos colegios de enseñanza secundaria	17.500 5.000 viv		
Klein	Célula fundamental	9-10.500	700	96
Lebreton	Barrio-ciudad	2-6.000		
Lee	Barrio	2-4.500		30-40
Lefebvre	El barrio es la esencia de la realidad urbana. Se trataría de la mínima diferencia entre espacios sociales múltiples y diversificados, ordenados por las instituciones y los centros activos. Se debe definir un óptimo de dotaciones que permitan consolidar unidades estructurantes y a la vez estructuradas. Es la agrupación de lo doméstico en torno a un elemento simbólico.			
Ley del suelo	Conjunto 2.000 viv	6-8.000		
Moliner	Zona de una población, aunque no constituya división administrativa ni esté delimitada con precisión, distingo de una designación.			
Mumford	Se trata de un área donde se pueda desarrollar una vida localizada, debiendo estar provista con las necesarias facilidades para atender a las diversas ramas de la vida susceptibles de localizarse. Debe poseer un centro cívico, un cinturón exterior que lo defina y reservas de suelo para demandas futuras.	10-7.500 5.000 idóneo		
Perry	Neighbourhood unit		400	64
P.O. Gran Londres	Unidades residenciales	10.000		70-100

Cuadro 1: **Barrio. 5.000 a 20.000 habitantes ó 1.500 a 6.000 viviendas**

Radburn	Ciudad	10-7.500		
Rapoport	Se concreta por medio de parámetros físicos y sociales para conseguir la integración espacial y cultural. Debe constar de un núcleo central, una zona de dominio y una zona periférica.	5-10.000		
R.A. lengua española	Cada parte en que se divide una ciudad o pueblo grande y sus distritos			
Rigotti	Célula urbana es la concentración de población alrededor de un núcleo completo en cuanto a servicios colectivos fundamentales, es decir, con aquellos que permiten desarrollar una vida social	<11.000	400	50-55

Cuadro 2: **Barrio-ciudad. 20.000 a 50.000 habitantes**

Fuente	Definición	Población (hab.)	Dist. (m)	Superf. (ha)
Alexander	En los tiempos modernos hay separación entre zonas de trabajo y zonas de vivienda, lo que crea fisuras en la vida emocional de las personas. Lo ideal es una descentralización del trabajo que permita a cada hogar estar a unos minutos de decenas de lugares de trabajo		850-1250	
Ceumt	Distrito	10-70.000		
Chombart de Lauwe	Sector geográfico: es un conjunto de viviendas delimitado por obstáculos materiales, que interrumpen los intercambios sociales de la vida diaria	13-30.000		
Durán-lóriga	Barrio	20.000		
IAURP	Distrito: Unidad que debe contener los siguientes equipamientos: escuelas de segundo ciclo, centro juvenil y centro escolar	52.500		
Friedman	Se define como un territorio habitado por un conjunto de seres humanos organizados y de dimensiones tales que permitan una relación anónima entre sus habitantes	20.000		
Rigotti	Plan de la sede: Los servicios para los cuales son necesarios grupos de población comprendidos entre 30-40000 habitantes podrán determinar centros más importantes en torno a los cuales garantizará un cierto número de células urbanas ya reunidas para formar parte de ciudades más complejas (zonas, barrios, ...)	20-40.000	800	200

Cuadro 3: Ciudad 100.000 a 400.000 habitantes

Fuente	Definición	Población (hab.)	Dist. (m)	Superf. (ha)
Alexander	La metrópoli debe albergar gran número de subculturas diferentes, cada una fuertemente articulada, con sus valores propios nítidamente delineados y diferenciados de los demás.			
Friedman	Ciudad privada: se define como un territorio habitado por un conjunto de seres humanos organizados y de dimensiones tales que permitan una relación anónima entre sus habitantes, incluyendo además los técnicos necesarios para garantizar su buen funcionamiento. Cuando coincide con un territorio muy bien definido es el pueblo urbano, cuya principal característica es su estabilidad.	125.000		
Goodman	La ciudad está constituida por la reunión social de personas para el trabajo, el placer y la ceremonia. Una persona es ciudadano cuando está en la calle, lugar donde la gente permanece. La belleza urbana es una belleza para caminar.			
IAURP	Nueva ciudad	90.000 viv		
Lefebvre	La ciudad no es un conjunto de barrios. La estructura de la ciudad depende completamente de las estructuras inferiores.			
Moliner	Antiguamente población de categoría superior a la de la villa. Ayuntamiento de una ciudad. Conjunto de los diputados que representaban a las ciudades en las cortes antiguas. Por oposición a campo, población no rural. Ciudadano: Se aplica a las personas de una ciudad antigua o de un estado moderno con los derechos y deberes que ello implica a causa de éstos; la palabra lleva en sí o recibe mediante adjetivos una valoración moral y un contenido afectivo.			

1. Son espacios de utilización colectiva, en ellos se encuentran (en igualdad de condiciones) todos los ciudadanos, son por tanto los elementos básicos de la sociabilidad, del intercambio y el reconocimiento de la alteridad. Son una propiedad colectiva, acumulada y reconocida como tal durante generaciones. Su utilización por todos los ciudadanos independientemente de sus niveles de renta o pertenencia a un grupo cultural, consolida el sentido de ciudadanía.
2. No necesitan ser generadores de recursos económicos, ni de éxitos tangibles a corto plazo. Su propia realidad como servicio público proviene de la necesidad de cubrir unas necesidades básicas que no todos los ciudadanos podrían adquirir en un modelo de pago de costos reales propio de una sociedad de libre mercado.
3. Se distribuyen bastante homogéneamente sobre la ciudad ocupando muchas veces puntos clave de la red urbana, apareciendo como posibles soportes de los nuevos nodos de las redes sociales emergentes y por tanto deberían de poder ser recuperados para satisfacer las nuevas (y viejas) necesidades de las poblaciones.
4. Son los únicos elementos de los que disponemos para hacer frente a una crisis. Sólo los equipamientos públicos pueden acoger las nuevas necesidades, con la eficacia y rapidez que requiere la solución de los problemas urbanos. Sólo es posible garantizar un colegio accesible si éste es público, pero también sólo es posible cambiar su uso para centro de día de la tercera edad si su propiedad es pública. Incluso, si fuese necesario, sólo el patrimonio público puede adaptarse a la forma de gestión *más eficiente*. La ciudad y la sociedad urbana sólo sobrevivirán si disponen de la flexibilidad suficiente para dar repuestas a las necesidades cambiantes de sus habitantes. Esta flexibilidad frente a una crisis, tan sólo se puede asegurar gracias a la existencia de un patrimonio de espacios colectivos (libres y construidos).

Estrategias: desmonetización, apropiación, territorialización y planificación integral

Los principios antes enunciados pueden conseguirse mediante la realización de un conjunto de estrategias, que nos aproximen a la construcción del nuevo espacio urbano basado en la participación de los ciudadanos y la calidad de vida. Es necesario incorporar estrategias de este tipo como elementos valedores de la capacidad de nuestras propuestas para mejorar la calidad de vida, sólo si consideramos que alguna de estas estrategias está incluida en nuestras propuestas tendremos, si no la certeza, sí la posibilidad de actuar hacia la mejora de la calidad de vida.

Variedad

Los espacios urbanos deben ser capaces de contener la máxima variedad articulada posible. Variedad y relación son las únicas propiedades capaces de dotar de esperanza de supervivien-

cia a un espacio. Si atendiésemos a un símil con el mundo de la ecología podríamos comparar la selva húmeda amazónica con un campo de maíz transgénico. La selva amazónica contiene por unidad de superficie una proporción de especies y de relaciones absolutamente superior a la del campo de maíz transgénico. La selva puede soportar crisis inesperadas en su entorno, sustituyendo parte de sus cadenas de relaciones o restableciendo el equilibrio de sus variables homeostáticas; el campo de maíz no, es más, no es capaz de reproducirse por sí mismo y necesita de la aportación de energía suplementaria (a la del sol) a través del aporte de abonos e insecticidas. La selva podría ser comparada a un barrio antiguo de una ciudad clásica, compuesto de multitud de espacios distintos, de pobladores de grupos de edad y de conocimientos diferentes capaces de compartir recursos e información (desde prestarte un taladro a explicarte un procesador de textos) o de apoyarse en momentos de crisis, y el campo de transgénicos a un barrio residencial al servicio de una gran fábrica, con un solo tipo de vivienda y una homogeneidad absoluta de conocimientos, edades y rentas, con un mínimo de información y que es incapaz de soportar una crisis sin gravísimos costos.

Complejidad

Todas nuestras acciones deben ir dirigidas al incremento de la complejidad de los espacios sobre los que actuamos. Puede que intentar resolver varias cosas en un mismo acto parezca ineficaz en lo inmediato, pero es la única garantía de eficacia a medio y largo plazo. Debemos generar estructuras que aumenten la consciencia sobre las relaciones del espacio en que habitamos. La complejidad es mayor cuanto mayor es la apropiación de los individuos y por tanto es más posible en las escalas menores, el barrio y el barrio-ciudad, es desde estos espacios desde los que debe desarrollarse una multifuncionalidad de la actuación basada en la máxima participación social.

La usual atracción de la vida urbana no se produce por la segregación de las actividades, sino por la suma armoniosa de ellas. Parece contradictorio con el *instinto de éxito*, exigible a las actuaciones públicas, la realización de equipamientos monofuncionales, que parten de la solución de una sola necesidad, produciendo un doloroso efecto de espera-expulsión, durante el antes y el después de la atención o uso, generando una deseconomía funcional, en el no aprovechamiento de las sinergias que produciría la suma de distintas actividades en un mismo soporte. Si queremos que los equipamientos sirvan como *restauradores* sociales y emocionales, no podemos permitirnos que éstos generen el síndrome de *agresión asistencial* que provoca el diseño monofuncional de los equipamientos y el alejamiento de los usuarios en su definición y gestión. Se trata de crear espacios «convivenciales» (utilizando la terminología de Ivan Illich en su libro *La convivencialidad*), espacios accesibles con usos múltiples, capaces de adecuarse a las necesidades cambiantes y múltiples de los ciudadanos, accesibles a éstos y transparentes en su funcionamiento. De nuevo aparece como necesario que concibamos estructuras capaces de servir para más de una cosa.

Desmonetización

Si las poblaciones de amplias zonas urbanas, sobre todo en las periferias, comienzan a estar fuera de la economía formal, las intervenciones sobre estas poblaciones y territorios no pueden realizarse bajo la óptica de la rentabilidad, ni por la sustitución del servicio público por el mercado. La reducción de los fondos públicos, tiene que ser aprovechada por una acción colectiva que sustituya precio por participación, mediante una intervención activa que permita reconstruir las redes sociales, optimice los recursos existentes y pueda servir de base para el desarrollo de una economía local (basada en cooperativas y empresas de servicios locales), con objetivos sencillos, pero importantes, para la calidad de barrios y ciudadanos: el sostenimiento del empleo local, la participación en el diseño y gestión de los equipamientos y la cohesión social. Las verdaderas fuentes de riqueza de una ciudad son sus redes y las relaciones que son capaces de generar entre ellas.

El equipamiento deberá cumplir una misión de restaurador social, produciendo en su entorno un reequilibrio dotacional, suavizador de las diferencias económicas y sociales, creando en su entorno un área de influencia que produzca un efecto multiplicador de la intervención. Los cambios sociales demandan nuevos espacios y servicios, entre los sectores que amplían su peso específico en nuestras ciudades, se encuentran parados de larga duración, jubilados anticipados, obreros no especializados con contrataciones temporales e inmigrantes y jóvenes desarraigados, cuyo problema no es tan solo el de recibir una asistencia social que palie su situación económica, sino cubrir la necesidad, como individuos sanos, de intervenir en su entorno próximo colaborando en su transformación.

Apropiación

Los ciudadanos necesitan actuar sobre espacios y tareas reales, dar salida a su necesidad de transformación del entorno, mediante equipamientos basados en la actuación sobre el medio como huertos de ocio o talleres. Generando territorios apropiables sobre los que sustentar una red social basada en el autoapoyo, la ecología y la solidaridad. No parece posible mejorar la gestión, el control y mantenimiento de los equipamientos y zonas verdes, sin políticas que incrementen la participación en su diseño, ejecución y conservación. Produciendo una simbiosis efectiva entre la actuación pública y la sociedad, que venga a sustituir los aspectos más dudosos del estado asistencial, en el que el individuo puede ser sustituido por la actividad burocrática y convertido en un consumidor unidimensional que pierde la capacidad de transformación de la sociedad.

Si la unidad de intervención es el Barrio y el Barrio-ciudad, es evidente que la gestión centralizada de los equipamientos no garantiza su utilidad u oportunidad. Es necesario que la gestión se aproxime al espacio al que se sirve, articulando la participación de las poblaciones afectadas, de forma que se garantice el éxito en la detección de las carencias reales y el de la oferta realizada. El modelo dominante nos presenta a un ciudadano que utiliza la metrópoli en su totalidad, que puede consumir servicios sofisticados ofertados en puntos diversos y distantes de su vivienda: Ópera, Exposiciones, Centros Comerciales. Se determina que el usuario

medio dispone de recursos económicos que le permiten completar e incluso sustituir la oferta pública de servicios públicos como la educación, la salud y la cultura. Pero la sociedad real está compuesta de grupos sociales que sólo pueden acceder teóricamente a los servicios de la metrópoli y que necesitan contar con los servicios clásicos del equipamiento básico, pero que al mismo tiempo necesitan de espacios de apropiación y de *restauración social* allí donde habitan.

Referencias bibliográficas

ALGUACIL, JULIO; HERNÁNDEZ, AGUSTÍN; MEDINA, MARÍA; MORENO, CARMEN
1997 *La ciudad de los Ciudadanos*
Madrid: Ministerio de Fomento. (386 p. ISBN 84-498-0305-5)

HERNÁNDEZ, AGUSTÍN
1997 *Análisis urbanístico de Barrios Desfavorecidos*
Madrid: Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid. (106 p. ISBN 84-95365-07-3)

HERNÁNDEZ, AGUSTÍN
2000 «Barrios y equipamientos públicos, esencia del proyecto democrático de la ciudad»,
Documentación Social, número 119. Madrid, junio de 2000

LEFEBVRE, HENRI
1970 *La revolución urbana*
1. ed París: Éditions Gallimard. Ed española: Alianza Editorial (1972) (200 p.
Deposito Legal: M.5.364-1972)

MEADOWS, DONELLA
1992 *Los límites del crecimiento*
El País Aguilar. Madrid

SCHOONBRODT, RENE
1994 «La ciudad es la organización física de la coexistencia»,
Rev. Estudios territoriales-Ciudad y territorio, n. 100-101. MOPTMA. Madrid

Habitabilidad y calidad de vida

SALVADOR RUEDA
Madrid (España), 1996.

Hasta ahora se ha hablado de las distintas interpretaciones y aplicaciones más o menos parciales o sectoriales de la idea de sostenibilidad a los sistemas económicos. Pero carecería de sentido el afán de mantener establemente estos sistemas en el tiempo, si no se asegura que apuntan inequívocamente a enriquecer la vida humana. Por lo tanto, no tiene nada de extraño que el objetivo de la sostenibilidad se haya solapado normalmente en los sistemas urbanos con aquel otro de la habitabilidad, es decir, con la pretensión de mantener la calidad de vida en estos sistemas. Aspecto éste cuyo enunciado responde al hecho de que en muchos casos se observa que la pérdida en las condiciones de habitabilidad, corre paralela a la mayor insostenibilidad de los sistemas urbanos, considerando éstos en un sentido amplio.

Así, la Unión Mundial de la Conservación (Programa de Medio Ambiente de las Naciones Unidas y del Fondo Mundial para la Conservación de la Naturaleza) indicaba en 1991 que «el desarrollo sostenible implica mejora de la calidad de vida dentro de los límites de los ecosistemas». Y con el fin de acomodar la idea de sostenibilidad a la ciudad, el Consejo Internacional de Iniciativas Ambientales Locales (ICLEI) propuso la siguiente definición: «el desarrollo sostenible es aquel que ofrece servicios ambientales, sociales y económicos básicos a todos los miembros de una comunidad sin poner en peligro la viabilidad de los entornos naturales, construidos y sociales de los que depende el ofrecimiento de estos servicios».

Tras haber clarificado conceptualmente la idea de sostenibilidad como condición necesaria para hacerla operativa, aclaremos ahora las de calidad de vida y habitabilidad que, al apoyarse por fuerza en juicios de valor, resultan mucho menos objetivables que la propia idea de sostenibilidad. ¿Cuáles son los «servicios ambientales, sociales y económicos básicos»? ¿Se pueden «ofrecer a todos los miembros de la comunidad» servicios propuestos sin que ello redunde en contra de la sostenibilidad? El problema global estriba en que los patrones de vida y de comportamiento propios de las metrópolis del mundo *desarrollado*, son tan exigentes en recursos y tan pródigos en residuos, que su generalización al resto de la población planetaria se revela hoy a todas luces insostenible. Por lo que, como se subrayó en el apartado anterior, el objetivo de la sostenibilidad global se encuentra hoy más relacionado con la equidad que con el desarrollo.

Aproximación al concepto de calidad de vida

El término *calidad de vida* empieza a utilizarse entrados los años sesenta, pero principalmente a partir de los setenta como una reacción a los criterios economicistas y de cantidad que rigen en los llamados *informes sociales*, *contabilidad social*, o estudios de nivel de vida. De hecho la OCDE establece por primera vez en 1970, la necesidad de insistir en que el crecimiento económico no es una finalidad en sí mismo, sino un instrumento para crear mejores condiciones de vida, por lo que se han de enfatizar sus aspectos de calidad.

La calidad de vida, como concepto, es de definición imprecisa y la mayoría de investigadores que han trabajado en él, están de acuerdo en que no existe una teoría única que defina y explique el fenómeno. El término *calidad de vida* pertenece a un universo ideológico y no tiene sentido si no es en relación con un sistema de valores.

Calidad de vida —y los términos que le han precedido en su genealogía ideológica— remiten a una evaluación de la experiencia que de su propia vida tienen los sujetos. Tal *evaluación* no es un acto de razón, sino más bien un sentimiento. Lo que mejor designa la *calidad de vida* es la «calidad de la vivencia que de la vida tienen los sujetos».

Analizar la *calidad de vida* de una sociedad significa analizar las experiencias subjetivas de los individuos que la integran y que tienen de su existencia en la mencionada sociedad. Exige, en consecuencia, conocer cómo viven los sujetos, sus condiciones objetivas de existencia y qué expectativas de transformación de estas condiciones desean, y evaluar el grado de satisfacción que se consigue.

Así, la mayoría de autores conciben la calidad de vida como una construcción compleja y multifactorial sobre la que pueden desarrollarse algunas formas de medida objetivas a través de una serie de indicadores, pero donde tiene un importante peso específico la vivencia que el sujeto pueda tener de sí mismo.

LEVI Y ANDERSON (1980) señalan que, un alto nivel de vida objetivo (ya sea por los recursos económicos, el hábitat, el nivel asistencial o el tiempo libre), puede ir acompañado de un alto índice de satisfacción individual, bienestar o calidad de vida. Pero esta concordancia no es biunívoca. Para ellos, «por encima de un nivel de vida mínimo, el determinante de la calidad de vida individual es el *ajuste* o la *coincidencia* entre las características de la situación (de existencia y oportunidades) y las expectativas, capacidades y necesidades del individuo, tal y como él mismo las percibe».

Llevando al extremo este razonamiento, podemos entender que la máxima expresión de la calidad de vida es la que se da en una situación de equilibrio ecológico perfecto, tanto en lo biótico y de entorno, como en lo social, cultural y mitológico, es decir, aquel paraíso perdido, antes de la ruptura ecológica de Eva y la manzana. Esto nos situaría la calidad de vida en términos absolutos, como un mito inalcanzable. Pero no olvidemos el componente vivencial subjetivo de la realidad. En cualquier caso queda en el haber de nuestro desarrollo conceptual, a partir de esta primera reflexión exegética, el aspecto de equilibrio ecológico, o en otros términos, de calidad ambiental, como un componente fundamental que aglutina un buen número de los posibles indicadores antes enunciados.

Pero además, en la valoración de este componente subjetivo esencial, entran en juego una serie de elementos en principio relacionados con las necesidades del individuo, pero que van tomando, cada vez más, un matiz social y comunitario. Hablar de calidad de vida como una referencia compleja al bienestar, nos acerca indefectiblemente a la misma definición de salud que la OMS ha propuesto: «No sólo la ausencia de enfermedad o padecimiento, sino también el estado de bienestar físico, mental y social».

Todo ello nos lleva a poder conceptualizar la noción de calidad de vida como una adaptación entre las características de la situación de la realidad y las expectativas, capacidades y necesidades

del individuo tal como las perciben él mismo y el grupo social. Para analizar la calidad de vida de una sociedad se debe considerar imprescindible el establecimiento de un estándar colectivo, que únicamente es válido para el momento y contexto específico de su establecimiento.

Queda, no obstante, un aspecto fundamental a considerar y es el proceso relacional dinámico entre los conceptos referidos y la realidad urbana y social, que afectará profundamente el nivel de satisfacción que de ella se tenga. Por eso, la noción de *apropiación* referida tanto al espacio, los bienes, los recursos y los hechos sociales, se nos muestra clarificadora, en cuanto que permite relacionar el objeto en sí, la imagen y la identificación en un profundo y dinámico proceso que afectará tanto lo cognitivo, lo afectivo, lo funcional, como lo satisfactorio en un proceso de retroalimentación constante.

CHOMBART DE LAUWE (1978) da una definición clara de apropiación, que se relaciona con el espacio, pero que es extensible a todas las facetas antes mencionadas. «Apropiarse de un lugar —dirá— no es únicamente hacer de él una utilización reconocida, es establecer con él una relación, integrarlo a las vivencias propias, enraizarse, dejar en él la huella propia y convertirse en actor de su propia transformación.»

En los trabajos desarrollados en este ámbito, se ha podido constatar cómo los porcentajes de satisfacción más altos aparecen precisamente en los aspectos donde los sujetos tienen un nivel de apropiación más elevado, ya sea por la convergencia de imagen y gestión —es el caso de la valoración de la vivienda— o de imagen e identificación —caso de la ciudad global, como imagen y símbolo de una parte propia de su identidad. En los dos casos los porcentajes que acontecen se vuelven más críticos cuando se pasa al nivel del análisis funcional en aspectos concretos.

Sintetizando, analizar la calidad de vida en la ciudad requiere una postura ideológica de partida, que llevará a una valoración del contexto de la salud, en su aspecto comunitario, médico y asistencial, y en su aspecto de calidad; de la interacción social, en el contexto ambiental y económico en cuanto a la disponibilidad y calidad de los recursos dentro de un equilibrio que supera lo meramente ecológico —pero que lo incluye. Ello en relación a las expectativas comunitarias, pero sin olvidar que estas expectativas vienen conformadas por un marco ideológico referente o dominante. Razonamiento que sitúa al problema fuera de un planteamiento exclusivamente tecnocrático.

Por último, añadir que la calidad de vida como concepto que usa parámetros subjetivos para constituirse es influenciado. El problema es que el individuo filtra los mensajes a través de los nodos que constituyen sus propósitos conscientes, y éstos se conforman, necesariamente, con aquellas pautas individuales y sociales preponderantes en la sociedad.

El fenómeno de la formación de hábitos escoge las ideas que sobreviven al uso reiterado y las coloca en una categoría más o menos separada. Estas ideas merecedoras de confianza quedan disponibles para el uso inmediato sin una nueva inspección minuciosa, en tanto que las partes de la mente pueden reservarse para usarse en asuntos nuevos.

En otras palabras, la frecuencia del uso de una determinada idea se convierte en un determinante de su existencia; y más allá de eso, la supervivencia de una idea usada con frecuencia es promovida por el hecho de que la formación de hábitos tiene tendencia a sacar la idea del campo de la inspección crítica.

Normalmente, las ideas que sobreviven al uso repetido son las más generalizadas y abstractas. De este modo, las ideas más generalizadas tienden a convertirse en premisas de las que dependen otras ideas. Estas premisas se vuelven relativamente inflexibles.

Pero la frecuencia de validación de una idea dentro de un determinado corte temporal no equivale a una prueba de que la idea sea verdadera o pragmáticamente útil durante un largo período de tiempo. Podría ocurrir, como así creemos que pasa, que diversas premisas profundamente insertadas en nuestros estilos de vida sean sencillamente falsas o insostenibles, y que se vuelvan patológicas cuando se generalizan y se las instrumenta con técnicas modernas.

Tal como establece BATESON (1972), es probable que nuestra civilización actual, desde la Revolución Industrial, descansa sobre las siguientes ideas dominantes:

- Nosotros contra el ambiente.
- Nosotros contra otros hombres.
- Lo que importa es el individuo —o la empresa individual.
- Podemos tener un control unilateral sobre el ambiente y hemos de esforzarnos para conseguirlo.
- El determinismo económico es algo de sentido común.
- La tecnología y la especialización se encargarán de arreglarlo todo.

Estas ideas dominantes que van alimentando cotidianamente la conciencia individual y el inconsciente colectivo no son, ciertamente, sustentadoras de sostenibilidad y ello se manifiesta tanto en los estilos de vida como en los deseos y expectativas del ciudadano actual que busca posicionarse —ellos, su familia, su empresa, etc.— mejor que nadie en todos los ámbitos de la vida y que se traduce de manera práctica en el fomento de la cultura del objeto, es decir, tener más dinero, más casas, más objetos de consumo, más información, etc., que trasladado al campo institucional se corresponde con tener más infraestructuras, más equipamientos, consumir más energía, mover más capitales, información y mercancías. . .

Los propósitos de poder y explotación están por encima de los propósitos de dependencia, de cooperación y de cohesión y, puesto que la especie humana ocupa una posición de control, o mejor, no tiene controladores, es razonable pensar que perseverar por más tiempo en las ideas dominantes que conforman los estilos de vida y los deseos que, a su vez, conforman la calidad de vida actual nos conducen a la insostenibilidad.

Dicho esto, es fácil entender, pues, que la sostenibilidad de la ciudad del futuro esté íntimamente relacionada con la modificación de las ideas dominantes que conforman, hoy en día, la calidad de vida para nuestros ciudadanos y los propósitos tanto empresariales como institucionales.

Acotaciones a la calidad de vida como objeto de la representación social

Para poder abordar la aproximación empírica del estudio de la representación social de la calidad de vida, es necesario limitar un ámbito particular dentro de todas las conceptualizaciones posibles de la calidad de vida.

Diferentes autores han ido configurando cuatro grandes ámbitos de interés y preocupación:

- El primer bloque incluye aspectos que se consideran decisivos para el bienestar general del ciudadano: trabajo, educación, sanidad, vivienda y equipamientos.
- Un segundo bloque está relacionado con la contribución que tiene el medio, la calidad ambiental, en la calidad de vida y que viene representada por la calidad del ambiente atmosférico, el ruido, la calidad del agua, etc.
- Un tercer bloque de naturaleza psicosocial está vinculado al ámbito interactivo del sujeto: relaciones familiares, relaciones interpersonales, ocio, tiempo libre, etc.
- Y, por último, un cuarto bloque hace referencia a cuestiones de cierto orden socio-político, tales como la participación social, la seguridad personal y jurídica, etc.

Bibliografía

BATESON, G.

1972 *Pasos hacia una ecología de la mente*

Carlos Lohlé; Buenos Aires

CHOMBAR DE LAUWE, M.J.

1976 «L'appropriation de l'espace par les enfants i precessus de socialisation»,

P. Corosec. Apropriation de l'espace, Actes de la tressième conference international de psychologie de l'espace construite; Strasbourg

LEVI Y ANDERSON, L.

1980 *La tensión psicosocial. Población, Ambiente y Calidad de Vida*

Ed. El manual moderno; México

La calidad de vida y el tercer sector: nuevas dimensiones de la complejidad

JULIO ALGUACIL GÓMEZ

Madrid (España), noviembre de 1997.

«El Consejo de la Comunidad de Cliffdale, que había estado negociando le-tárgicamente con las autoridades municipales para conseguir mayor poder en los asuntos locales, comenzó a pedir a los residentes que pasaran a la acción directa, que levantaran calles pavimentadas que no fueran estrictamente indispensables para el tránsito y pusieran allí tierra de otras zonas donde había excedentes, como los bosques cercanos. Se juntaron la basura y lo excrementos para apoyo y fertilizante del terreno, y en la primera temporada los jardines de la calle habían rendido ya sus verduras».

(DAVID MORRIS Y KARL HESS, 1978)

Morris y Hess no sólo recogen un proceso de autogestión de barrio en Norteamérica, sino que tras esa escogida cita podemos entrever un modelo social alternativo que pone en relación aspectos de índole cultural (identidad, apropiación, participación), ambiental (medio ambiente urbano, reciclaje, ampliación verde) y económico (desarrollo endógeno, local). Esta cita, nos permite adentrarnos en un enfoque de carácter integral donde se manifiesta una búsqueda de la potencialidad de las interdependencias entre sectores y variables que inciden en ámbitos locales. ¿Utopía?, ¿Nuevos fenómenos?. Este artículo no pretende sino ser una aproximación a ambos interrogantes, ser un tanto utópicos quizás significa definir el futuro. Pero también analizar, mejor expresado en este caso, apuntar, la emergencia de fenómenos cualitativamente significativos, estrategias de compromiso y de análisis, que debemos plantearnos.

Hay unos sentidos paradójicos irresueltos en los albores de la sociedad postindustrial y en la nueva cultura de la postmodernidad, y fruto de ella un complejo entramado de efectos perversos que impelen a otro sentido de la reflexividad. La superación de lo comunitario en su sentido arcaico no ha conseguido su correlato en la alteridad, en la diversidad, en la solidaridad, en la sociedad igualitaria del estado del bienestar. Se trata también, en estas líneas, de ayudar a resolver los enigmas que encierran esas contrariedades, y por tanto, nos queremos distanciar de antemano de cualquier enfoque nostálgico del comunitarismo propio de períodos pre-industriales. Si bien, ahora más que nunca hay que pensar en una reconciliación de la ciudad con el hombre, y ese es el reto que tenemos planteado. El sentido de redescubrir los nuevos retos desde la ciudadanía, desde el sujeto integrante e integrado en su medio territorial y social.

Reconocer la complejidad para entender nuestros límites¹

El sistema urbano como modelo y soporte en el contexto socio-cultural en el que nos desenvolvemos representa un conjunto de espacios geográficos múltiples y diversificados convenientemente clasificados por el orden institucional. Pero estos espacios son también espacios sociales y están interrelacionados entre sí, siendo cada uno de ellos parte integrada en un todo, siendo el todo un conjunto de espacios en interacción, solapados y complementados. El orden institucional es totalizador, imprime un modelo total que llamamos metropolitano, de naturaleza global, donde pierden algo de su esencia las partes que lo conforman. El orden institucional es un orden lógico, que aplica una organización del conocimiento positivista que «separa (distingue o desarticula) y une (asocia, identifica); jerarquiza (lo principal, lo secundario) y centraliza (en función de un núcleo de nociones maestras). Estas operaciones que utilizan la lógica, son de hecho comandadas por principios *supralógicos* de organización del pensamiento o paradigmas, principios ocultos que gobiernan nuestra visión de las cosas y del mundo sin que tengamos conciencia de ello» MORIN, 1994.

La configuración del conocimiento asentado en una segmentación del tiempo y de la información en compartimentos estancos establece de facto una separación entre la conciencia del yo y la cosmología sistémica, o lo que es lo mismo, se simplifica y se crean escisiones en la concepción del mundo. La consiguiente jerarquización de las distintas categorías del conocimiento supone la prevalencia de unas ideas, de unos razonamientos, de unas disciplinas sobre otras que quedan sometidas a la tradición y centralidad imperativa de las primeras. Ese aprendizaje no sólo rechazará la estructura integral de los procesos, la interdependencia de las variables y de las diferentes disciplinas, sino que con ello provocará intervenciones humanas lineales y filtradas que, dando la espalda a otras lógicas y a otras variables, provocarán efectos perversos y disfunciones en el sistema.

La parcelación del conocimiento del llamado positivismo científico tiene su correlato en las estrategias del orden institucional, y lo que nos interesa, en las intervenciones humanas sobre el territorio. Las distintas disciplinas que intervienen sobre el territorio sufren igualmente de la jerarquía de las estructuras dominantes. Mientras se complejizan las escalas mayores se simplifican las escalas menores, mientras se apuesta por las lógicas externas se dan de lado las lógicas internas. Así, paradójicamente el pensamiento globalizador es un pensamiento simple, el pensamiento total viene acompañado por un tratamiento (análisis, actuación, acción) sectorial estratégicamente aislado que pierde el sentido de su integración en un sistema más amplio al que aporta esencia. Siguiendo a García Bellido en su propuesta de convergencia transdisciplinar del conocimiento de las ciencias del territorio aparece como reto la reconfiguración de los conocimientos fraccionados para hacerlos más aptos para su aplicación técnico-política «con la finalidad de satisfacer necesidades y aumentar el bienestar social y la eficiencia de la utilización de los recursos escasos» (GARCÍA BELLIDO, 1994).

¹El concepto de complejidad en el sentido que expresa Edgard Morin: «tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares que constituyen nuestro mundo fenoménico. Así es que la complejidad se presenta con los rasgos inquietantes de lo enredado, de lo inextricable, del desorden, la ambigüedad, la incertidumbre...» MORIN, 1994

El sistema urbano es eso, un sistema, es decir, una asociación combinatoria de elementos diferentes afectados y relacionados entre sí. O mejor aún, aceptando la tesis de Salvador Rueda «la ciudad es un ecosistema» según lo cual, «los ecosistemas urbanos pueden describirse en términos de variables interconectadas de suerte que, para una variable dada exista un nivel superior o inferior de tolerancia, más allá de los cuales se produce necesariamente la incomodidad, la patología y la disfunción del sistema». Cada uno de esos elementos que conforman el ecosistema urbano cumple sus funciones complejas y no deben entenderse exclusivamente como meros elementos cuyo sumatorio es igual al todo. La disyunción de los elementos, la separación de los espacios en ámbitos monofuncionales, el ‘*zoning* urbano’ hasta sus más extremas expresiones, representan una victoria de la simplicidad urbana sobre la complejidad urbana, proclama un nuevo orden de lo sectorial frente al orden de lo integral. Esa traslación de la *complejidad* de los ámbitos urbanos de rango local a la *complejización* de la metrópoli supone de facto la separación de la acción urbana de los contextos y/o ámbitos concretos. Lo micro, lo específico, lo local, se hace más dependiente de modelos totalizadores, la esencia se diluye como azucarillo en vaso de agua, en un sistema urbano reconvertido en modelo, en una ideología justificada y apoyada por una gestión del desarrollo tecnológico y unos usos energéticos que orientados en determinadas direcciones unívocas favorece la movilidad, la difusión de las actividades y la segregación de las funciones urbanas.

Este modelo totalizador es posible por el desbordamiento de la urbanización en donde el concepto de ciudad pierde su propiedad para expresar una realidad territorial y demográfica que constituye nebulosas multinucleares caracterizadas por la discontinuidad del modelo de ocupación del territorio. Aparecen así, nuevas acepciones sustitutivas del concepto de ciudad y de desarrollo urbano para definir una urbanización cada vez más indefinida e imprecisa: conurbación, aglomeración urbana, área metropolitana, megalópolis. . . Es incuestionable que el avance del modelo de la urbanización (metropolitano) va aparejado al retroceso de lo urbano (la ciudad) lo que lleva inevitablemente a una expansión en el terreno ideológico del pensamiento simple: entre los ámbitos extremos del alojamiento y la metrópoli apenas hay posibilidad de supervivencia para los ámbitos intermedios, tildados inadecuadamente de preindustriales, y como consecuencia de ello no hay lugar para la sociodiversidad, para las subculturas, para las identidades diferenciadas.

Ese pensamiento simple es una lógica, que como tal es una «dialógica» (MORIN, 1994). El principio de la «dialógica» mantiene la existencia de la dualidad en cualquier razonamiento lógico, dualidad que, por tanto, en última instancia podría ser reforzada por la propia lógica. «Uno suprime al otro pero, al mismo tiempo, en ciertos casos, colaboran y producen la organización y la complejidad. El principio dialógico nos permite mantener la dualidad en el seno de la unidad. Asocia dos términos a la vez complementarios y antagonistas». La negación de algo posibilita su potencial existencia cuando (en términos dialécticos) suponga que podamos comprender la *tesis*, descubrir la *antítesis* y llegar a reformular la *síntesis*. Si bien, será en la medida que el sistema urbano se encuentre *tensionado*, que aumente la escasez de recursos, los conflictos y la insostenibilidad, los que obliguen, en palabras de S. Rueda, «a cambiar el modelo teleológico actual por otro sistémico (holístico) que sustente la organización y la complejidad de los sistemas urbanos» (SALVADOR RUEDA, 1994).

En esa dialógica y en la oposición entre *local* y *cosmopolita* ya señalaba M. Castells cómo el polo «local» se desdobra en un tipo de comportamiento «moderno» y un comportamiento «tradicional», siendo el segundo constituido por el repliegue de una comunidad residencial sobre sí misma, con gran consenso interno y fuerte diferenciación respecto al exterior, mientras que el primero se caracteriza por una sociabilidad abierta, aunque limitada en su compromiso, ya que coexiste con una multiplicidad de relaciones fuera de la comunidad residencial (CASTELLS, 1979). Esta ambivalencia, de repliegue y resistencia, de recomposición y de afirmación de lo local, se revela también en distintos autores ya clásicos, como Lefebvre, que no muestran con ello sino la continua readaptación de esos espacios sociales intermedios y que en expresión de H. Lefebvre significa que «este reparto está determinado, por una parte, por la sociedad en su conjunto, y por otra parte, por las exigencias de la vida inmediata y cotidiana». Estos espacios intermedios («el barrio») «no es más que una ínfima malla del tejido urbano y de la red que constituye los espacios sociales de la ciudad. Esta malla puede saltar, sin que el tejido sufra daños irreparables. Otras instancias pueden entrar en acción y suplir sus funciones y sin embargo, es en este nivel donde el espacio y el tiempo de los habitantes toman forma y sentido en el espacio urbano» (LEFEVRE, 1967).

La simplificación urbana y la complejización (cada vez más incontrolable en un sentido democrático), que no complejidad, de la mundialización nos insta a repensar el ámbito local como una comunidad de conciencia global (en gran medida determinada globalmente), pero con base local y con algún nivel y mayor potencialidad de vertebración social propia. La recuperación de la escala humana en la intervención humana pasa irrenunciablemente por el cuestionamiento de los efectos negativos del sistema mundial a la vez que nos desvela una primera cuestión a resolver: La *racionalidad separada* que supone el distanciamiento y aislamiento de los sujetos frente a la realidad social en la que se inscriben.

La calidad de vida: una nueva complejidad de la que hay que partir

La naturaleza humana busca una continua superación. El concepto de satisfacción de las necesidades está continuamente abierto, connotado de subjetivismo y de valores culturales emergentes en cada contexto y estadio de la evolución social, de tal forma que siempre es un punto de partida. Hay, por tanto, que considerar en todo momento los nuevos valores, pero además éstos no sólo se construyen tras la adopción de nuevos retos, sino que también se construyen a partir de nuevos problemas que el propio desarrollo social va generando. Los límites al crecimiento continuado en un sistema natural abierto son el origen de la controversia entre desarrollo y medio ambiente; y las de sucesivas crisis en cascada.

Persisten viejas necesidades y aparecen otras nuevas que en gran medida son cuantificables. Fenómenos como la complejización de los ciclos familiares, el envejecimiento demográfico, la incorporación de la mujer al trabajo, la inmigración de extranjeros, la crisis estructural del empleo, la crisis del modelo educativo, etc. son fenómenos que se suceden con rapidez y que implican la necesidad de crear y reconvertir actuaciones asistenciales. Pero también nuevos valores sociales y formas de vida que se derivan de esos fenómenos precisan de nuevas formas de uso y de gestión.

Desde la Teoría de las Necesidades² algunos autores han establecido la distinción entre las «necesidades como carencia» y «las necesidades como aspiración» (CHOMBART DE LAUWE, 1971), las primeras vienen a determinar lo que falta para alcanzar la satisfacción de los niveles mínimos socialmente establecidos, se inscriben en consecuencia más en un plano de lo cuantitativo, lo distributivo, lo económico. Mientras, las necesidades como aspiración de los sujetos definen la apertura de nuevas expectativas motivadas tras la satisfacción de necesidades fisiológicas y básicas, lo que nos lleva a entender -en el sentido que establece Maslow- que las necesidades jamás se satisfacen plenamente, permaneciendo continuamente bajo una condición de carencia relativa (MASLOW, 1982).

Las necesidades en forma de deseos se construyen por tanto en función de dimensiones más desde las cualidades, más estructurales, más determinados por valores emergentes y modelos culturales al uso. Si el análisis ha discurrido tradicionalmente sobre la ausencia de recursos que ha impedido la cobertura de mínimos aceptables y la distribución de los mismos, ahora también lo es el cómo la satisfacción de nuevas necesidades que superando esos mínimos no supongan una degradación del medio ambiente más allá de un determinado límite máximo, y con ello la quiebra de la satisfacción de otras necesidades, de la satisfacción de las necesidades básicas de determinados colectivos o en otros lugares. Se trata de reconstruir el concepto de necesidad desde la sostenibilidad, no exclusivamente desde la carencia relativa.

El concepto de calidad de vida

La calidad de vida es un constructo social relativamente reciente que surge en un marco de rápidos y continuos cambios sociales. Es fruto de los procesos sociales que dirigen la transición de una sociedad industrial a una sociedad postindustrial. Tras la consecución, relativamente generalizada en occidente y socialmente aceptada de las necesidades consideradas como básicas (vivienda, educación, salud, cultura), se vislumbran aquellos efectos perversos provocados por la propia opulencia del modelo de desarrollo económico. Externalidades de carácter ambiental producen nuevas problemáticas de difícil resolución bajo los presupuestos de la economía ortodoxa, pero también a las tradicionales externalidades sociales (pobreza, desempleo) hay que añadir otras de carácter psico-social derivadas de los modelos de organización y de gestión en la relación del hombre con la tecnología y las formas de habitar. Las grandes organizaciones y la enajenación del individuo de los procesos de decisión, la impersonalidad de los espacios y de los modelos productivos, la homogeneización de los hábitos y de la cultura a través de los *mass media* que refuerzan estilos de vida unidimensionales, de individuación, de impersonalidad, producen la pérdida de referentes sociales de pertenencia y de identidad. Mientras que a la vez emergen nuevas posibilidades en relación a la mayor disponibilidad de tiempo libre que hace posible desarrollos personales y la emergencia de nuevos valores sociales, otras dimensiones de la relación con la naturaleza y con los demás.

Precisamente el concepto de calidad de vida en su vertiente más cualitativa, subjetiva, emocional o cultural surge como contestación a los criterios economicistas y cuantitativistas del que

²Una aproximación para conocer los distintos enfoques sobre la Teoría de las Necesidades puede verse entre otras en las siguientes aportaciones: (SETIÉN, 1993); (GOUCH Y DOYAL, 1994)

se encuentra impregnado el denominado estado del bienestar. El concepto de calidad de vida retoma la perspectiva del sujeto, superando y envolviendo al propio concepto de bienestar. Por ello es difícil acotar un concepto que se construye socialmente como una representación social que un colectivo puede tener sobre su propia calidad de vida. De ahí la necesidad de profundizar en los aspectos más emocionales que se derivan del concepto, y más concretamente en los procesos de desarrollo de la identidad social. El sentimiento de satisfacción y la realización personal no pueden entenderse sin introducir la noción de apropiación y la idea de la dirección controlada conscientemente por los propios sujetos. Así autores como Levi y Anderson describen como calidad de vida «una medida compuesta de bienestar físico, mental y social, tal y como lo percibe cada individuo y cada grupo; y de felicidad, satisfacción y recompensa (...) Las medidas pueden referirse a la satisfacción global, así como a ser componentes, incluyendo aspectos como salud, matrimonio, familia, trabajo, vivienda, situación, competencia, sentido de pertenecer a ciertas instituciones y confianza en los otros» (LEVI Y ANDERSON, 1980). A este respecto, E. Pol afirma que «esta definición nos acota una concepción de calidad de vida como un constructo complejo y multifactorial, sobre el que pueden desarrollarse algunas formas de medición objetivas a través de una serie de indicadores, pero en el que tiene un importante peso específico la vivencia que el sujeto pueda tener de él» (POL, 1994).

Cuando nos referimos al concepto de calidad de vida estamos haciendo referencia a una diversidad de circunstancias que incluirían, además de la satisfacción de las viejas necesidades, el ámbito de relaciones sociales del individuo, sus posibilidades de acceso a los bienes culturales, su entorno ecológico-ambiental, los riesgos a que se encuentra sometida su salud física y psíquica, etc. Es decir, se está haciendo referencia a un término que es sinónimo de la calidad de las condiciones en que se van desarrollando las diversas actividades del individuo, condiciones objetivas y subjetivas, cuantitativas y cualitativas. La pieza central de la calidad de vida es la comparación de los atributos o características de una cosa con los que poseen otras de nuestro entorno (BLANCO, 1988). Es un concepto que, por tanto, se encuentra sujeto a percepciones personales y a valores culturales, pero que hace referencia también a unas condiciones objetivas que son comparables.

Por tanto, la diversidad de aspectos sectoriales y globales que pueden incidir en la falta de calidad de vida hace que cada uno de ellos obtenga su propia carta de naturaleza. Así, por ejemplo, la calidad residencial o la calidad urbana es, por tanto, un aspecto parcial como otros con los que se encuentra relacionado, pero en ningún caso es periférico dentro de la calidad de vida.

La delimitación del concepto de la calidad de vida no tiene, por tanto, un único sentido. Su construcción precisa de la autoimplicación de tres grandes perspectivas lógicas que se pueden representar bajo una forma triangular (trilogía):



La relación solapada que se establece entre los distintos vértices del triángulo nos marca diversas disciplinas en el tratamiento de la calidad de vida. Igualmente el planteamiento complejo incide en la idea de sostenibilidad en la medida que hay que buscar puntos de equilibrio que no supongan una degradación de cada una de las perspectivas:

1. Relación entre calidad ambiental y bienestar: Ecología urbana.
2. Relación entre calidad ambiental e identidad cultural: Antropología cultural.
3. Relación entre bienestar e identidad cultural: Desarrollo social.

A su vez cada una de las perspectivas, siguiendo con la representación triangular, las podemos desgranar en fragmentos que se ponen en contacto entre sí y que según giremos a modo de caleidoscopio podremos encontrar sus elementos de autoimplicación:

CALIDAD AMBIENTAL	BIENESTAR	IDENTIDAD CULTURAL
Habitacional-vivienda	Empleo	Tiempo disponible
Residencial-local	Salud	Participación-Apropiación
Urbana-territorio	Educación	Relaciones sociales

La relación combinada entre cada una de las perspectivas con el resto nos abren distintas lógicas y sentidos en la construcción de la Calidad de Vida:

HABITABILIDAD (calidad)	DESARROLLO-BIENESTAR (cantidad)	IDENTIDAD CULTURAL (cualidad)
Las ciudades son unos ecosistemas de escala	En las ciudades se establecen sinergias en el tiempo libre y la racionalidad integrada	Las ciudades son constelaciones de redes del tejido social superpuestas
HACIA LA SOSTENIBILIDAD	HACIA LA COOPERACIÓN	HACIA LA GOBERNABILIDAD

Se trata de superar lo meramente cuantitativo para introducir también los aspectos cualitativos. Se trata de asumir la complejidad incorporando nuevas dimensiones capaces de superar la visión simplista de la lógica del bienestar por una perspectiva compleja de *calidad de vida*. El concepto de calidad de vida permite y también obliga a considerar el análisis de la complejidad. Es decir, de cómo el exceso de satisfacción de unas *necesidades relativas* en términos cuantitativos, que generalizadas son insostenibles, pueden ir en detrimento del medio ambiente y de la identidad cultural, por lo que se introduce en la construcción del concepto de la Calidad de Vida el efecto autorregulativo que implica la sostenibilidad del desarrollo.

La consideración del concepto de Calidad de Vida como un enfoque multidimensional que aporta complejidad nos revela una segunda cuestión a resolver: *La fragmentación del tiempo y la compartimentación del espacio* que establecen la separación de las cosas de las otras cosas, la falta de integración en lo sectorial.

Desde ese carácter multidimensional e interdependiente de las variables que permiten el acceso a la calidad de vida se sugieren nuevas vías de incisión en el desarrollo social que introducen nuevas formas y contenidos. A través del concepto de calidad de vida se incorpora

la sostenibilidad ambiental y se puede recuperar el sentido de las necesidades culturales de identidad (apropiación, participación, sociabilidad). La reacción de la sociedad a los indicios del deterioro de las condiciones de habitabilidad precisa de un cambio de sentido que sólo parece posible con la democratización de las estructuras y la concienciación de los ciudadanos. La emergencia de un tercer sector con capacidad de control sobre los procesos aparece como determinante, pero además atraviesa las distintas variables que intervienen en los distintos aspectos que van definiendo el sentido de la calidad de vida. Un nuevo elemento para asumir la complejidad.

El tercer sector: Un nuevo elemento para asumir la complejidad

La satisfacción de las necesidades sociales en el modelo de sociedad occidental surgida tras la última guerra mundial era resultado de un crecimiento que se preconizaba ilimitado, en un contexto de apuesta por el estado del bienestar y la concordia social como segura referencia frente a la amenaza del modelo representado por los países del telón de acero. Tanto la insistencia en el crecimiento ilimitado con un proceso acelerado de concentración e internacionalización de la economía, frente al todavía mínimo avance de la conciencia ambiental en términos de práctica política y económica; como el derrumbe de los países del denominado socialismo real, han ahuyentado temores y han consolidado el marco ideológico que proclama la incapacidad, la ineficacia y los demás efectos considerados como negativos del sector público.

Mientras, el sistema del mercado afronta la insostenibilidad ecológica como un problema de inversión y por tanto ese problema obtendrá solución dentro de la lógica del monetarismo, es decir, cuando la producción y la renta alcancen ciertos niveles que permitan asumir las mejoras ambientales. Desde el sector mercado se presenta un empeño por conciliar el crecimiento económico con la sostenibilidad ambiental, cuando cada uno de estos dos conceptos se refieren a niveles de abstracción diferentes y siendo el flujo circular en el que la inversión pretende corregir la degradación ocasionada por el propio sistema que la produce inviable en el mundo físico (NAREDO, 1996).

Ese modelo del crecimiento mercantil y las correspondientes reestructuraciones económicas no sólo no son capaces de resolver las contrariedades con el ecosistema natural, sino que también ha acrecentado las desigualdades sociales y con ello han procurado una fragmentación social hasta límites que no tienen precedentes. Ello es más ostensible en las metrópolis americanas (del Sur y también del Norte), pero también en Europa las tendencias apuntan hacia una emergencia de la denominada «Ciudad Dual» (CASTELLS, 1991) donde son crecientes las contradicciones, los conflictos entre instituciones y ciudadanos, y el distanciamiento cada vez mayor entre los sectores con mayores rentas y mayores oportunidades para la promoción social y acceso a los mejores puestos y servicios, frente a aquellos otros sectores descualificados y excluidos de los procesos generadores de riqueza. En todo caso, parece que la polarización «sólo se verá contrarrestada por el impulso de la tendencia contraria representada por una sociedad local movilizadora, organizada y consciente de sí misma» (CASTELLS, 1991).

Si bien parece que el debate debería superar la lógica unidireccional entre Estado y Mercado e implicar la emergencia de un tercer sector que ayude a descubrir la capacidad de incisión y los compromisos que cada uno de los sectores puede aportar desde una perspectiva de la calidad de vida, la crisis del Estado del bienestar deja paso a otras dos posibles vías: el mercado y/o lo comunitario. Se trata, por tanto, de reflexionar sobre las nuevas necesidades sociales y sobre qué parte de responsabilidad y compromiso puede adoptar cada uno de los sectores (lo público, lo privado o lo comunitario) en su definición.

Surgen nuevas iniciativas, fundamentalmente en espacios de periferia social, que son una respuesta al sentido perverso de la metropolitanización. Inscritas en el ámbito local son, sin embargo, experiencias que recogen las nuevas perspectivas de la problemática global. Son iniciativas que adoptan nuevos valores y otro tipo de necesidades de corte más radical, ya no se trata tanto de reivindicar como de poner en práctica aquello que se plantea. Se interrelacionan necesidades materiales con las culturales de ejercer una presencia directa de los afectados. Importa más la autovaloración, la apropiación, la autogestión o el control a pequeña escala que unos logros cuantitativos espectaculares. Son nuevos movimientos que se recrean en nuevos aspectos como la sostenibilidad ambiental, la calidad de vida y la corresponsabilidad, aspectos todos ellos que refuerzan el sentido de la complejidad.

Si la emergencia de las denominadas iniciativas invisibles en los análisis sobre contextos de subdesarrollo, periferia o dependencia (ELIZALDE, 1986) se fundamentan en la debilidad del Estado y del Mercado, en el contexto de los países occidentales esas pequeñas iniciativas que se plantean la «rehabilitación urbano ecológica» (HANH, 1994) de las ciudades vienen de la mano de la necesidad de afrontar la problemática social y ambiental de las grandes conurbaciones a través de nuevas formas de hacer política, de nuevos modelos de gestión, de la integración de los sujetos en el espacio y en los procesos.

Más bien la mayor complejidad social precisa de análisis complejos y debe ir acompañada de modelos integrales de intervención capaces de revelar permanentemente las necesidades cambiantes y de establecer las modificaciones de las estructuras de definición y de gestión de los recursos. Ello pasa necesariamente por una mayor implicación de los sujetos en el descubrimiento y determinación de sus propias necesidades, y en la participación y decisión sobre los mecanismos adecuados para satisfacerlas.

En definitiva, el denominado Tercer Sector emerge como un nuevo componente de la complejidad que nos muestra la tercera cuestión a resolver: *La concentración y jerarquización del poder* que condena la enajenación del sujeto del control de los procesos sociales.

A modo de conclusión

Se pretende concretar y reseñar aquí algunos sentidos que dan cuerpo al tercer sector como componente de la complejidad. Ya hemos visto cómo por un lado son necesarias nuevas respuestas a las nuevas condiciones emergentes en la estructura social, pero también aparecen nuevas aspiraciones sociales, necesidades de corte más cultural y de corte más radical, ambos sentidos presentan pautas de confrontación o al menos de diferenciación con respecto a la

gestión exclusivamente pública o con respecto a las recientes inclinaciones a establecer una gestión meramente privada. El solapamiento de ambos fenómenos: fragmentación social y nuevas aspiraciones culturales, nos permiten establecer esos rasgos definitorios en un esquema trilógico:



1. La relación entre condiciones y sujetos (La satisfacción de las necesidades). Frente a una *Racionalidad Separada*, una *Racionalidad Integrada*: Se trata de superar la tradicional divergencia entre la cultura institucional y la cultura de los ciudadanos. Es necesario adecuar las acciones institucionales a la historia y características económicas y sociales de las comunidades locales. Frente a la tradicional separación de las funciones y de los sujetos, que de hecho suponen una enajenación de los ciudadanos de los procesos de diseño de los espacios, contenedores, servicios y actividades, y que supone también la exclusión de determinadas condiciones sociales emergentes, es necesario poner en marcha los mecanismos que permitan a los propios sujetos afectados identificarse y sentir como propios los espacios y las actividades. Sólo si los sujetos, a través de su experiencia, tienen posibilidad y capacidad para ser creativos en la organización del espacio, en el contenido de las actividades y en la distribución del tiempo podrían crearse las condiciones adecuadas para optimizar la rentabilidad social y económica de los mismos. Pero también a través de ese modelo de implicación se crean los requisitos más favorables para que los ciudadanos puedan devenir en procesos de redescubrimiento, concienciación y autorregulación de las necesidades, y por tanto en la detección de las carencias reales. En este sentido los espacios a escala humana son el ámbito adecuado que permite una restauración social y ambiental.
2. La relación entre el espacio y las condiciones (La sostenibilidad). Frente a la fragmentación del tiempo y la sectorialización del espacio y las funciones, incidir en el solapamiento y articulación de los sectores de actividad humana: Se trata de poner en contacto y aprovechar las sinergias de los sectores de intervención provocando a la vez un efecto de mayor comunicación entre los usuarios separados por la lógica institucional. Integración sectorial y vertebración del tejido social son dos elementos que pueden y deben ir acompañados. En ese sentido junto a la coordinación de los objetivos específicos de cada una de las políticas sectoriales (producción, reproducción y distribución) habría que incorporar una nueva función estratégica: la sociabilidad en primer término a través de la accesibilidad y de la creación de canales estables de coordinación entre los sectores, y de comunicación entre los distintos tipos de usuarios.
3. La relación entre el espacio y los sujetos (La gobernabilidad). Frente a la jerarquización y la centralización de las decisiones, hay que instituir vínculos entre los procesos de decisión, los agentes sociales afectados y los análisis y métodos de evaluación. En

el contexto actual de crisis estructural bajo componentes muy heterogéneos (sociales, ambientales, económicos) adquieren singular importancia todos aquellos aspectos del ámbito de la participación y de los modelos de gestión en claro contraste con la lógica de la rentabilidad y la estrategia del corto plazo. En primer lugar es necesario establecer una coordinación administrativa en un doble sentido vertical y horizontal, mediante la creación de una red de intereses mutuos entre los organismos locales, autonómicos y estatales encargados de la creación y gestión de los procesos que deben ir de la mano de una descentralización efectiva y una comunicación más fluida.

Ello sentaría las bases que podrían alentar mecanismos para una participación real y directa en los aspectos de la gestión de los procesos sociales, de las intervenciones y de las prestaciones del sistema urbano. En definitiva se trata de articular la potencialidad y la capacidad de los usuarios para autogestionar los servicios y los espacios como objetivo estratégico para alcanzar mayor rentabilidad social y mayor calidad de vida. Precisamente ello nos lleva finalmente a considerar la necesidad de integrar adecuadamente los análisis y a incorporar métodos de evaluación y nuevos indicadores de gestión, de manera que se pueda evaluar el rendimiento social en relación a las prestaciones y los recursos disponibles.

En síntesis, desde los nuevos retos (nuevas externalidades sociales y ambientales) que debe de afrontar el Estado de Bienestar se deriva la necesidad de una nueva cultura de la intervención en los procesos sociales. Pero también desde ahí y desde la vertiente de las necesidades más radicales aparecen nuevas posibilidades que desde lo local den respuesta a problemáticas globales. Frente a las políticas sectoriales (para la reproducción, producción y la distribución) que requieren de una única función y unos instrumentos de gestión que resuelven efectos primarios y se encuentran enajenados del sujeto, son necesarios nuevos instrumentos capaces de afrontar los efectos secundarios (Desvertebración social, simplicidad urbana, incomunicación, distanciamiento de los ciudadanos de las instituciones, crisis ambiental, crisis de empleo. . .) desde una vertiente cualitativa. Se trata de rellenar espacios de actividad social, recuperación y ampliación ambiental mediante herramientas que recreen los sentimientos de pertenencia y de identidad, que permitan la apropiación de los espacios y la participación en la toma de decisiones. En definitiva, completar la trilogía del concepto de la calidad de vida afrontando problemas sectoriales autoimplicados con y para el sujeto, en donde la sociabilidad se inscribe como un factor de primordial importancia.

Referencias bibliográficas

- BLANCO, A.
1988 *Calidad de Vida en 'Terminología Científico-social' Aproximación Crítica*
Edit. Anthropos, Madrid 1988
- CASTELLS, M.
1979 *La cuestión urbana*
Edit. Siglo XXI, Madrid

CASTELLS, M.

1991 «El auge de la ciudad dual: teoría social y tendencias sociales»,
Alfoz, n. 80. Pg 89/103. Madrid, 1991

CHOMBART DE LAUWE P.H.

1971 *Sociologie des aspirations*
Edit. Denoes. París

DOYAL, L.; GOUGH, I.

1994 *Teoría de las necesidades humanas*
Edit. Icaria y FUHEM. Madrid

ELIZALDE, A; CEPUR

1986 «Desarrollo a escala humana, una opción para el futuro»,
Development Dialogue, n. especial

GARCÍA BELLIDO, J.

1994 «La Conomía: propuesta de integración trasdisciplinar de las ciencias del territorio»,
Estudios Territoriales. Ciudad y Territorio, n. 100-101. MOPTMA, Madrid

HAHN, E.

1994 «La reestructuración urbana ecológica»,
Estudios Territoriales. Ciudad y Territorio, n. 100-101. MOPTMA, Madrid

LEFEBVRE, H.

1967 «Quartier et vie de quartier»,
Cahiers de l'I.A.U.R.P., VII. París

LEVI, L. Y ANDERSON L.

1980 *La tensión psico-social. Población, ambiente y calidad de vida*
El Manual moderno. México

MASLOW A. H.

1982 *La amplitud potencial de la naturaleza humana*
Edit. Trillas. México

MORIN, E.

1994 *Introducción al pensamiento complejo*
Edit. Gedisa. Barcelona

MORRIS, DAVID Y HESS, KARL

1978 *El poder del vecindario. El nuevo localismo*
Edit. Gustavo Gili. Barcelona, 1978.

NAREDO, J. M.

1996 «Sobre el origen, el uso y el contenido del término sostenible»,

Biblioteca Ciudades para un Futuro más Sostenible, Documentos: La construcción de la ciudad sostenible, junio de 1997, <http://habitat.aq.upm.es/cs/p2/a004.html>

POL, E.

1994 «La apropiación del espacio»,

Familia y Sociedad, n. 1

RUEDA, S.

1994 «El ecosistema urbano y los mecanismos reguladores de las variables autoregenerativas»,

Rev. Estudios Territoriales -Ciudad y Territorio-, n. 100-101. MOPTMA, Madrid

SETIÉN, M. L.

1993 *Indicadores sociales de calidad de vida*

Edit CIS -colección monografías-, Siglo XXI. Madrid

Por un urbanismo de los ciudadanos

CARLOS VERDAGUER VIANA–CÁRDENAS

Madrid (España), marzo de 2002.

Nunca lo verdadero pudo alcanzar a lo imaginado, porque el fingirse las perfecciones es fácil, muy dificultoso el conseguirlas. Cásase la imaginación con el deseo, y concibe siempre mucho más de lo que las cosas son.

Oráculo manual y arte de prudencia

BALTASAR GRACIÁN, 1647

1. Introducción: ecología, ciudad y poder

Concebida como parte del ejercicio de reflexión colectiva que constituyen estas jornadas y tratando de ser meticulosamente fiel tanto al título general de las mismas, *Ecología y ciudad: las raíces de nuestros males y cómo tratarlos*, como al que encabeza esta jornada en particular, *La ciudadanía imaginada: entre la autosuficiencia y la libertad*, la presente aportación trata de plantearse cuál es aquella ligazón conceptual entre todos estos términos que, de la manera más útil, pueda contribuir al proceso de revisión de la disciplina urbanística desde la óptica de la ecología, un proceso cuya necesidad imperiosa se ha venido configurando como el referente general y común de todas las anteriores intervenciones y, en particular, de la anterior jornada.

Y así, si hablar del binomio ecología y ciudad significa, entre otras cosas, referirse a la urbe como sumidero de recursos energéticos y materiales y como artefacto productor de desechos, hablar de ciudadanía, de autosuficiencia y de libertad en relación con el fenómeno urbano significa principalmente reflexionar sobre los procesos de toma de decisiones mediante los cuales se generan esos flujos de energía, materia y recursos cuya cristalización configura en cada momento la calidad del entorno inmediato en el que viven los ciudadanos. Significa, en suma, constatar una vez más que, para entender la dialéctica entre ecología y ciudad, es imprescindible ligarla con la reflexión sobre el poder.

Son numerosos los males que nos aquejan en este ámbito específico, el de la ciudad como escenario de las estrategias de poder, pero a la hora de caracterizarlos bajo un epígrafe común, tal vez cabría señalar precisamente como el principal de ellos la creciente disociación entre los procesos de construcción de la ciudad y las necesidades y deseos reales de los ciudadanos que la habitan.

Tratar de rastrear las raíces de este mal en toda su complejidad, como promete el título general, constituiría una tarea demasiado ambiciosa y ardua. Por ello, atendiendo al objetivo general de revisión de la disciplina urbanística que hemos tomado de referencia, la opción sería circunscribir la búsqueda al ámbito de la historiografía disciplinar, proponiendo una revisión específica del papel de la ciudadanía según los diversos modelos y concepciones de lo

urbano que se han desarrollado a lo largo de la historia. El primer objetivo sería detectar de qué forma ha contribuido a la mencionada disociación el modo en que estos diversos modelos y concepciones han imaginado a la ciudadanía. Cómo tratar esta quiebra entre ciudadanos y construcción de la ciudad mediante nuevas herramientas disciplinares constituiría el segundo y el más importante objetivo.

Esta revisión no sería sino una de las vías a seguir para la relectura de la disciplina desde la óptica de la ecología. No es éste el lugar donde llevar a cabo de forma exhaustiva esta revisión, pero sí pretendemos apuntar algunas vías e hipótesis de partida que permitan ayudar a entender cómo y en qué momentos la propia disciplina ha contribuido a deslegitimar el papel autónomo de los ciudadanos en la configuración de su entorno. Corresponde a la siguiente jornada de este ciclo plantear algunos de los modos mediante los cuales se está intentando restituir esta legitimidad desde la práctica. Cabe adelantar aquí, sin embargo, que, desde el campo de la producción teórica, esta restitución se está produciendo en torno a dos conceptos, el de sostenibilidad y el de participación, que solamente ligados fuertemente entre sí adquieren cierto contenido más allá de la utilización cada vez más banalizada que se está haciendo de ellos.

2. Los figurantes de las utopías

La hipótesis general de partida para esta necesaria revisión disciplinar sería que, hasta muy entrado el siglo XX, prácticamente hasta la década de los sesenta y los setenta de dicho siglo, las reflexiones propositivas sobre la ciudad y sobre el poder, es decir, sobre la forma y el modo de construcción de la ciudad y sobre la toma de decisiones en la organización de lo social, han transcurrido prácticamente en paralelo, sin llegar a converger en la forma de reflexiones y propuestas concretas y coherentes.

Es decir, hasta ese momento, las preguntas ¿cómo deben ser las ciudades? y ¿quién debe decidir cómo se organiza lo económico y social? (o más brevemente: ¿quién tiene derecho a ejercer el poder y cómo se otorga ese derecho?) no han llegado a confluir de forma efectiva en la pregunta: ¿quién y de qué forma se debe decidir cómo han de ser y cómo se han de construir físicamente en cada momento las ciudades?. En el caso de los modelos explícitamente autoritarios y jerárquicos, no existe contradicción alguna en esta falta de convergencia, pues el dilema está siempre resuelto a priori: el modelo de la ciudad será en todo caso el que decida el poder en función de sus intereses, que, naturalmente, se presentan como coincidentes con los de toda la sociedad. La dicotomía se hace evidente, sin embargo, en el caso de aquellos modelos que, de una forma u otra, han pretendido otorgarle en el ámbito de lo social un papel protagonista al ciudadano. De alguna forma, los modelos y utopías urbanas no han sabido imaginar sus ciudadanías.

De acuerdo con esta hipótesis de partida, la mayoría de los modelos urbanos propuestos desde cualquier ideología o filosofía no han sido sino la traducción geométrica de las sociedades ideales propuestas y, como las mismas, modelos estáticos, destinados a perpetuarse siempre iguales a sí mismos una vez alcanzada la Edad de Oro tras la gran transformación social. Esto,

que parece evidente en el caso de las ciudades ideales propuestas por Aristóteles, Tomás Moro, Campanella, Scamozzi, Fourier, Cabet, Bellamy o incluso Kropotkin e igualmente en las propuestas urbanísticas supuestamente no ideológicas de Howard, Haussman, Cerdá, Soria, Hilberseimer, Frank Lloyd Wright o Le Corbusier, lo es igualmente para aquellas ensoñaciones pretendidamente abiertas de época más reciente, como las de Archigram, Constant o Friedman, por nombrar sólo algunas de las utopías tecnológicas de los años sesenta.

Todas ellas proponen soluciones finales para la disposición y la organización de las actividades y las construcciones sobre el territorio, e incluso llegan a describir y representar con minuciosidad el aspecto y la configuración finales de todos los elementos urbanos, pero en los pocos casos en los que se describen con similar minuciosidad los organismos que toman decisiones sobre la organización de lo social, nunca se plantea la posibilidad de que dichos organismos puedan optar por soluciones fuera del modelo propuesto. La solución es apriorística. Las decisiones las toman, de una vez por todas y de forma inamovible, entes abstractos como el Estado, la Sociedad o, en su caso, la Comuna. El papel asignado a la ciudadanía en todos los modelos es el de meros figurantes pasivos cuyo bienestar dependerá exclusivamente de su grado de acuerdo con el modelo propuesto (sólo el cristiano será feliz en la ciudad cristiana; sólo el comunista en la comunista; sólo el anarquista en la anarquista; sólo el situacionista en la situacionista) Podría decirse que detrás de todo modelo urbano se esconde, implícitamente, una propuesta autoritaria o, si se desea expresar con menor contundencia, que la mayor parte de las utopías y modelos urbanos han sido fundamentalmente construcciones heterónomas .

Esta hipótesis, naturalmente, no pretende obviar la función ejemplar, en ocasiones metafórica, que conscientemente han asignado a los modelos aquellos que los han elaborado a lo largo de la historia (Ebenezar Howard, por ejemplo, recalca que su propuesta gráfica para la ciudad-jardín era «un esquema, no un precepto» y que debía adaptarse a las condiciones específicas de cada lugar), pero sí poner en relieve el hecho significativo de que no se haya considerado relevante, a la hora de elaborarlos, reflexionar sobre los mecanismos para la posible transformación a lo largo del tiempo de esas construcciones ideales, pasando por alto la evidencia del carácter fundamentalmente dinámico y dialéctico del fenómeno urbano.

Por otra parte, esta ausencia de convergencia entre la reflexión sobre los modelos para la construcción de lo real y la reflexión sobre quién y cómo se debe construir y transformar lo real, por supuesto, no es un fenómeno exclusivo del ámbito del urbanismo, aunque sea allí donde se presenta ahora de la forma más flagrante y de más desastrosos resultados. Pertenece, de hecho, al campo del debate irresuelto entre poder y conocimiento, entre fines y medios, entre autonomía y heteronomía, que ocupa a la filosofía política desde tiempos inmemoriales, un debate para profundizar en el cual no disponemos ahora de espacio ni tiempo, aunque sea de fundamental interés para los argumentos que estamos desarrollando.

Conviene, sin embargo, hacer una pequeña digresión respecto al eje central de nuestra argumentación para hacer mención a un momento histórico particularmente virulento y significativo de este debate, el que enfrentó las posiciones de los mal bautizados como socialistas utópicos y socialistas científicos en la Primera Internacional, un debate del que habría de derivarse la histórica y desastrosa sima entre marxismo y anarquismo. El núcleo de dicho debate giraba en torno a la necesidad o no de vanguardias para la transformación de lo social y en el

papel de dichas vanguardias, pero parte consustancial del mismo eran también aspectos muy relacionados con lo que ahora denominamos paradigma ecológico, como las diferentes concepciones de la relación del campo con la ciudad, del hombre con la naturaleza y, en suma, de la noción de progreso.

No es este el espacio donde profundizar en la relectura desde la ecología de este importante debate ideológico, pero, a los efectos que nos interesan aquí, cabe recordar que se tradujo en la ya conocida contraposición entre las propuestas de los anarquistas, que pretendían construir ya modelos o embriones experimentales de la sociedad libertaria de forma simultánea a la lucha por la transformación social, concibiéndolos a la vez como medios y como fines para la misma, y las del marxismo, para el cual la prioridad absoluta era la conquista revolucionaria del poder y su aparato.

Sería injusto no reconocer al anarquismo su clarividencia en este aspecto, aunque no fuera capaz, sino hasta muy entrado el siglo XX, como veremos más adelante, de trascender de los modelos cerrados para proponer otros modos de hacer frente al dinamismo de lo social y lo urbano. Igualmente hay que reconocer al marxismo lo irreprochable, desde el punto de vista de la lógica, del argumento según el cual una sociedad ideal no puede ser concebida desde el interior de una sociedad dividida y alienada, aunque en la práctica, como consecuencia irremisible de dicha lógica, sus propuestas urbanas no pudieran ir más allá de la ocupación metafórica y real del Palacio de Invierno, es decir, de los escenarios existentes y sus decorados, y de la creación de palacios colectivistas, concebidos según el modelo imperante de ocupación del territorio, y sin la intervención en su concepción de quienes habían de habitarlos.

En cualquier caso, al margen de episodios especialmente significativos como el mencionado y volviendo al eje principal de nuestra argumentación, la hipótesis de partida que hemos expuesto esquemáticamente requeriría una investigación historiográfica más detallada que contribuyera a matizarla y a entresacar aquellas reflexiones parciales y aquellos pasajes de los discursos utópicos anteriores a los años sesenta del siglo XX que apuntaran al menos a un papel más activo y autónomo de los ciudadanos en la configuración de sus paisajes urbanos. A tenor de lo mencionado respecto al debate entre las dos corrientes históricas del socialismo, un material de investigación especialmente interesante para este propósito lo ofrecerían sin lugar a dudas las diversas utopías urbanas libertarias esbozadas a caballo de los dos siglos anteriores, sobre cuya existencia, por cierto, la historiografía urbanística convencional no se ha mostrado interesada en arrojar mucha luz. De todos modos, y de cara al tema que aquí nos interesa, la hipótesis queda suficientemente validada en términos generales, sobre todo en lo que respecta a los modelos dominantes.

La constatación de esta característica, común a prácticamente todas las elaboraciones imaginarias sobre la ciudad, adquiere especial relevancia a nuestros efectos, ya que la influencia de las utopías y modelos urbanos ha sido ciertamente considerable durante el proceso de consolidación de la urbanística como tal, configurada a lo largo del siglo XIX como una disciplina eminentemente práctica destinada a conciliar los intereses de los diversos grupos sociales en pugna por el territorio. Y así, podría decirse que, al renunciar a dotarse de herramientas para la toma de decisiones por parte de los ciudadanos tan sofisticadas como las adoptadas para el análisis, la gestión y la intervención, el urbanismo se convirtió en realidad en el instru-

mento definitivo para la deslegitimación de la idea de la construcción colectiva de la ciudad, que hasta entonces había sido la única forma aceptada por la sociedad de dotarse de espacios adecuados para el desarrollo de sus actividades.

Conviene matizar esta proposición señalando que no queremos decir que la disciplina urbanística acabara cumpliendo esta función debido precisamente al hecho de que los modelos y propuestas en que se inspiraba no contuvieran una reflexión suficiente sobre la construcción colectiva de la ciudad, algo que, como hemos visto, es intrínseco a la propia idea de modelo. Más bien al contrario, dicha ausencia no constituye sino una ratificación más de que, en sí mismo, el urbanismo fue en realidad la herramienta más adecuada de que se dotó el capitalismo prefordista en su periodo de consolidación para ordenar el consenso exclusivamente entre los diferentes intereses dominantes en lo que se refería a la ocupación del territorio. Desde esta perspectiva de dominación, su utilidad hubiera quedado invalidada por la incorporación de herramientas para la toma de decisiones colectiva.

3. Una fugaz convergencia

Esta función principal y originaria del urbanismo, sin embargo, siempre se ha visto atravesada por una vocación, subyacente y en pugna, de convertirse en herramienta al servicio de la sociedad, una vocación que ha aflorado con mayor o menor intensidad a lo largo de su proceso de consolidación como disciplina, dejando huellas en algunos de los instrumentos de que se ha dotado y entreabriendo fugazmente las puertas disciplinares, como veremos, hacia otras formas y modelos de entender la relación entre lo urbano y la ciudadanía diferentes de las que habían alimentado su tronco principal.

Dado que nos encontramos en una escuela de arquitectura, es menester señalar a este respecto, sin embargo, que esta vocación ha sido alimentada de forma más consistente por aquellos pensadores sobre lo urbano no provenientes del universo de la arquitectura o el urbanismo, es decir, liberados de la necesidad casi compulsiva de traducir de manera inmediata toda conceptualización al universo de lo formal y más interesados en profundizar en las herramientas de análisis de la realidad urbana que en las de intervención directa sobre la misma. Bastaría a este respecto con hacer referencia a Patrick Geddes, Max Weber, Lewis Mumford, Jane Jacobs, Henri Lefebvre, Manuel Castells o François Choay, por citar sólo a algunos de los nombres más influyentes.

Han sido, de hecho, estos y otros pensadores, pertenecientes a disciplinas tan dispares como la historia, la economía, la geografía, la sociología, la ecología, la psicología, o a campos como el del activismo político, quienes, mientras las heroicas vanguardias arquitectónicas de la primera mitad del siglo XX seguían desarrollando modelos y utopías urbanísticas de toda índole con la pretensión de extrapolarlas a todo el planeta, fueron desarrollando, de manera simultánea y en algunos casos sin conexión alguna, instrumentos para aproximarse, al menos, a descripciones más adecuadas del fenómeno urbano.

Sin embargo, es preciso señalar que ni siquiera estos pensadores, cuyas reflexiones en otros muchos ámbitos constituyen sin duda el fundamento de muchos de los planteamientos del

actual paradigma de la sostenibilidad urbana, pudieron escapar a la tentación de privilegiar unos modelos cerrados por encima de otros en función de uno u otro rasgo específico. El famoso debate entre Jacobs y Mumford, por ejemplo, es un paradigma de esta inevitable fascinación por los modelos cerrados y autorreferentes.

El fenómeno urbano, en cualquier caso, siguió desarrollándose en toda su complejidad sin ajustarse a ninguno de los suntuosos y formalmente seductores modelos ofrecidos por arquitectos y urbanistas, y escapando a todos los intentos extradisciplinares de descripción globalizadora, pero haciendo uso de todos ellos de acuerdo con las diversas lógicas que convergen en su desarrollo y manteniendo a la disciplina urbanística siempre a la zaga, desgarrada por la pugna entre sus dos vocaciones, la de dominación y la de servicio.

Fue esta última vocación, alimentada, como hemos visto, desde las más diversas ópticas multidisciplinares, la que propició el que, durante un período que podríamos circunscribir a las décadas de los sesenta y los setenta del pasado siglo XX, se produjera una fugaz convergencia entre las reflexiones sobre la construcción de la ciudad y sobre la toma de decisiones colectiva. A ello contribuyeron las herramientas de descripción de lo urbano desarrolladas con anterioridad y derivadas de las diversas vías de reflexión abiertas durante la primera mitad del siglo —el análisis político de los mecanismos sociales y de poder que dan lugar a los procesos urbanos, los estudios sobre la relación entre la configuración física del territorio y el fenómeno urbano, las investigaciones sobre el impacto del hábitat en el comportamiento y de éste sobre el hábitat, la aplicación de nuevas herramientas como la cibernética y la teoría de sistemas al ámbito de la ciudad, entre otros—, pero, sobre todo, unas irrepetibles condiciones históricas propicias a la puesta en cuestión de todos los valores y estructuras dominantes.

Son muchos los factores sociales, políticos y económicos que caracterizan esta época cuyo centro de gravedad sería el mayo del 68 y cuyo final serían los terribles «años de plomo», pero entre los que más habrían de contribuir a acercar la reflexión sobre lo urbano a la reflexión sobre el poder podemos hacer referencia a aspectos tales como el cuestionamiento de los planteamientos de la izquierda tradicional ante la realidad sórdida del modelo soviético; la aparición de movimientos sociales organizados al margen de los partidos tradicionales, como el ecologismo o el feminismo; el desplome definitivo del paradigma colonial en el llamado Tercer Mundo y la irrupción de éste al primer plano político; la consideración de la calidad de la vida cotidiana como principal indicador del bienestar social; la puesta en cuestión de la especialización profesional en todos los órdenes y, por ende, de la especialización política en particular; la constatación del creciente poder de los medios de comunicación de masas en la construcción del imaginario social; la desaparición de los límites entre alta cultura y cultura de masas; la aparición de la idea de contracultura, etc.

Estos factores habrían de impregnar y penetrar transversalmente todos los ámbitos de la realidad social, dislocando todo tipo de estructuras y convicciones, pero sería en el mundo de la arquitectura y el urbanismo uno de los terrenos donde más impacto habrían de causar. Lo cierto es que la crisis de los paradigmas del Movimiento Moderno, cuyos resultados reales ya se habían hecho aparentes las décadas anteriores, unida a la constatación de que los principales escenarios del conflicto social eran urbanos y al relativo estancamiento de los procesos de crecimiento de las urbes en los países más desarrollados, entre otras circunstancias de carácter

general, habían creado un caldo de cultivo sumamente apropiado para el proceso de ebullición teórica y práctica que había de caracterizar el universo urbano–arquitectónico durante esas dos décadas escasas.

Las reflexiones radicales sobre el papel de los arquitectos y los urbanistas de cara a la transformación social; el redescubrimiento de la herencia vernácula y de la denominada arquitectura sin arquitectos; la vitalidad y la potencia de las luchas vecinales en torno a temas relacionados con la calidad de vida urbana; la pulsión antiurbana del primer movimiento ecologista; serán algunos de los elementos de ruptura, a la vez causas y efectos, que contribuyan a arrancar a los profesionales de lo urbano siquiera fugazmente de su sempiterno ensimismamiento narcisista y a despertar su interés por las cuestiones del poder y por el papel de la ciudadanía en la construcción de la ciudad, en un proceso de intensa politización, entendida en su significado literal de reflexión sobre y desde la polis.

Este proceso, entre otros efectos, conllevará el acercamiento, aunque también fugaz, entre las perspectivas de los arquitectos, que ampliarán su reflexiones sobre lo urbano, incorporando aspectos sociológicos y económicos a las mismas, y los urbanistas, que tomarán conciencia de la importancia de las cuestiones materiales, formales y simbólicas en la construcción de la ciudad. De hecho, el paradigma de la multidisciplinariedad, en pleno auge, hará que este acercamiento se extienda a todas las disciplinas en cuyo objeto de estudio el fenómeno urbano ocupa un lugar fundamental.

Por otra parte, durante estas décadas, al contrario que durante el anterior proceso de consolidación de la disciplina y que, posteriormente, durante el período comprendido entre los años 1980 y nuestros días, serán arquitectos y urbanistas quienes lideren este proceso de reflexión e intervención, señalando nuevas vías y proponiendo nuevas herramientas más allá de las constricciones disciplinares de todo tipo.

Una revisión pormenorizada de estas vías y herramientas escapa a los objetivos y las posibilidades de la presente contribución, pero dentro de un ciclo denominado Ciudad y ecología es imprescindible hacer referencia, al menos, a algunos nombres, como el del austro–norteamericano Christopher Alexander, el holandés Nicholas Habraken, el belga Lucien Kroll, los británicos Ralph Erskine y John F. Turner, el escocés Ian L. MacHarg, el egipcio Hassan Fathy, el mejicano Félix Candela o el español Fernando Ramón, quienes, partiendo del cúmulo de conocimientos acumulados por la disciplina urbanística y arquitectónica, y nutriéndolo con las aportaciones de todas las demás ramas del saber, centraron sus diversas reflexiones e intervenciones en la comprensión de las relaciones del fenómeno urbano con el entorno natural, social y cultural en su sentido más amplio o en la comunicación de esos conocimientos a todos los ciudadanos, desarrollando nuevos instrumentos y metodologías destinadas a poner en manos de los mismos el proceso de construcción física de su entorno. Todos ellos pueden considerarse como absolutos pioneros de lo que actualmente nos vemos obligados a denominar urbanismo ecológico como única forma de referirse a aquellas prácticas y propuestas que tratan de escapar a la lógica depredadora del proceso dominante de urbanización.

En cualquier caso, a los efectos que aquí nos ocupan, conviene hacer mención especial a las indagaciones de Christopher Alexander, quien, en su monumental trilogía formada por *El modo intemporal de construir*, *A pattern Language/Por un lenguaje de patrones* y *Urbanismo*

y *participación*, fruto de una prolija y apasionada labor de equipo desarrollada a lo largo de años, emprendió la ambiciosa tarea de intentar configurar un modelo urbano verdaderamente abierto, proponiendo con enorme lucidez una vía para superar la contradicción intrínseca entre la necesidad de recurrir a modelos y el carácter fundamentalmente cerrado de todo modelo. Puede decirse, que es el primer modelo concebido desde la óptica de la autonomía. Aunque su obra gozó de fama desde el momento de su publicación, en parte debido al prestigio anterior de Alexander como autor de algunas de las reflexiones más interesantes en torno al paradigma cibernético aplicado al ámbito de la arquitectura y en parte por la evidente solidez del tratado, construido a partir de un cúmulo ingente de información, lo cierto es que prácticamente nadie en su momento supo vislumbrar desde el ámbito de la disciplina urbanística las verdaderas implicaciones que podía tener la vía propuesta para una profunda revisión de la disciplina que la acercara a su vocación subyacente de instrumento al servicio de los ciudadanos. Se pueden apuntar muchos motivos para que esto ocurriera y para que ni siquiera el propio Alexander haya podido seguir desarrollando dicha vía, pero no se puede pasar por alto el hecho de que su propuesta constituyera implícitamente un sólido tratado de urbanismo anarquista, el más coherente y convincente nunca realizado, asociado explícitamente a una propuesta radical de transformación social desde la óptica de la autonomía y lo comunitario. En ese sentido, era un salto demasiado adelante para el paradigma progresista dominante aún en la época.

Lo cierto es que, en cualquier caso, no había llegado el momento para que este fugaz proceso de convergencia entre las reflexiones y propuestas sobre la ciudad y sobre el modo de construirla desde abajo pudieran consolidarse en la forma de nuevas herramientas disciplinares. Eran diversos los factores que se oponían al éxito de este proceso.

Por una parte, el urbanismo de los años sesenta y setenta aún seguía manteniendo una importante función como herramienta de dominación; no había entrado en crisis como disciplina y ello seguía alimentando la ilusión progresista de que la mejor forma de que respondiera a su hipotética vocación de servicio a la comunidad era profundizar y hacer efectivas las herramientas de regulación y de consenso implícitas en su cuerpo disciplinar consolidado. En lo que se refiere al ámbito de la ciencia y la cultura, la clara amenaza de derrumbamiento de los límites disciplinares imperantes, puso en marcha una estrategia decidida de recuperación del terreno por parte de las esferas de conocimiento relacionadas con los mecanismos de poder, cuyo objetivo final era devolver su prestigio al pensamiento *experto*.

Por otra parte, la mezcla de ingenuidad, digresión, experimentalismo y dogmatismo de muchas de las propuestas y experiencias surgidas al calor del periodo, unido a las profundas transformaciones sociales y económicas experimentadas a nivel planetario a raíz de las crisis del petróleo, condujeron en definitiva al descrédito de estas vías de reflexión y experimentación durante los opulentos años ochenta y noventa. El aforismo un camello es un caballo diseñado por un comité resume de forma muy gráfica la actitud consagrada de desprecio, basada supuestamente en el concepto de eficacia, por parte de la *intelligentsia* ante cualquier propuesta referida a uno de los ejes fundamentales de estas reflexiones como es el diseño participativo.

La irrupción del paradigma posmoderno en el mundo de la arquitectura y el urbanismo a finales de los años setenta y principios de los ochenta puede considerarse como el inicio del último

episodio en este proceso de vuelta al redil disciplinar: aunque, al socaire de una respuesta radical a los dogmas del Movimiento Moderno, el *Postmodern* se presenta aparentemente como una síntesis de todos los temas de las décadas anteriores, lo cierto es que, durante el trayecto, el tema del poder parecer haberse caído accidentalmente por la borda. La alegada saturación frente a la hiperpolitización de la época precedente se traduce en una fe meliflua en el poder redentor de la *buena forma* ya sea arquitectónica o urbana, capaz por sí sola de regenerar los tejidos sociales enfermos, ungiéndolos con el bálsamo de la belleza. Y así, parece que el principal pecado de las propuestas racionalistas había sido el de la *homogeneidad formal*, creadora de paisajes monótonos y poco estimulantes, un pecado frente al cual el remedio de la diversidad formal aparece como evidente. Una diversidad formal, naturalmente, oficiada en exclusiva por los sacerdotes de la disciplina.

Bajo la sombra de este amplio y ambiguo paraguas posmoderno, ni siquiera planteamientos como los del denominado regionalismo crítico, más sólidos y planteados con verdadera voluntad de continuidad con respecto a las anteriores indagaciones, supieron incorporar una reflexión lúcida sobre el posible papel de la ciudadanía en la consecución de la ansiada diversidad formal.

El episodio posmoderno, del que sin embargo nadie hoy en día osa declararse heredero, sirvió así como instrumento clave para obstaculizar la amenazante convergencia entre teorías de la ciudad y teorías del poder y para preparar el terreno de cara al nuevo reparto de papeles que caracterizó la escena urbano–arquitectónica durante los años noventa, un reparto en el cual el urbanismo convencional se encontró involuntaria e ineludiblemente atrapado bajo el disfraz de Cenicienta. En efecto, habiendo apostado por la carta de la Forma, el Urbanismo descubrió demasiado tarde que, en ese juego, la Arquitectura tenía todas las bazas a su favor.

4. La muerte del urbanismo heredado

Entre mediados de los años ochenta y de los años noventa del siglo recientemente terminado, la divergencia cristalizó así de nuevo en todos los órdenes. Arropada por el discurso del fin de la historia, la Arquitectura se erigió en reina absoluta del escenario urbano y, desde entonces, se ha dedicado a ejecutar *ad nauseam* las más complicadas piruetas formales, oscilando entre la banalidad, la solemnidad y el delirio. Impregnado de pedantería y de lecturas mal digeridas de las filosofías de moda, el discurso arquitectónico dominante ha aplaudido y alentado desde el inicio este baile de disfraces, contribuyendo, con cínica melancolía que oculta a duras penas el entusiasmo, a agrandar la sima entre ciudad y ciudadano.

Para el Urbanismo, mientras tanto, se ha hecho demasiado tarde. Su lógica disciplinar no le permite ofrecer emociones y estremecimientos estéticos al ritmo que exigen los nuevos tiempos mediáticos pero, al haber optado conceptualmente por el discurso de la forma, se ha visto obligado a dejar el terreno expedito a las rutilantes estrellas del siempre renovado Parnaso arquitectónico, quienes conciben la intervención urbana exclusivamente desde la óptica de la arquitectura a gran escala, como nuevas ocasiones para el lucimiento compositivo sobre los lienzos más extensos en los que pudieron nunca soñar.

Pero esto es posible únicamente porque la disciplina urbanística ha dejado de cumplir la función principal de instrumento de dominación que le dio origen. Prácticamente consumado el dominio del Mercado sobre la totalidad del territorio planetario a partir del final de la Guerra Fría, habiéndose alcanzado por tanto prácticamente todos los objetivos del capitalismo en ese sentido, y convertida en anecdótica la capacidad de intervención de los poderes públicos sobre sus entornos inmediatos, las destartaladas herramientas convencionales del urbanismo para la regulación entre intereses dominantes contrapuestos a la escala local han dejado de ser útiles.

En un escenario globalizado y dominado por la lógica financiera, ahora son otras instancias las que responden mucho mejor a dicha función originaria: las grandes decisiones sobre qué actividades deben ocupar qué lugares ya no se toman, desde luego, en los gabinetes de planificación urbana ni se tienen en cuenta para tomarlas los datos ofrecidos por la hasta ahora denominada información urbanística. De las salas de reunión de las grandes corporaciones o de las instancias públicas supranacionales pasan directamente a las efervescentes pantallas de diseño de los mandarines de la Arquitectura, convertidos, sin reconocerlo o reconociéndolo cínicamente, en meros decoradores de lujo, encargados de conceder una falsa heterogeneidad formal a esta estrategia de dominación cada vez más homogénea.

Dentro de este escenario de crisis del urbanismo, las teorías de la ciudad transitan entre la desdeñosa complacencia de los conformistas radicales como Rem Koolhaas que, tras dejar constancia de la muerte del urbanismo, proclaman el derecho legítimo de la Arquitectura a mantenerse surfeando sobre la cresta de la ola, y la declaración de impotencia de quienes se limitan a constatar que el urbanismo se ha quedado históricamente sin herramientas que le permitan convertirse en un instrumento verdaderamente útil al servicio de la sociedad, pero alegan la necesidad imperiosa de una refundación de la disciplina. Para la gran mayoría de estas teorías, en cualquier caso, la relación entre la ciudadanía y su papel en la construcción cotidiana de lo urbano vuelve a ser un objeto de reflexión soslayado o secundario.

Y, sin embargo, la estrecha relación existente entre las dinámicas del poder y las de construcción de la ciudad se hace cada vez más evidente: de hecho, la crisis del urbanismo y la crisis cada vez más declarada de la democracia representativa responden, sin duda, a los mismos factores: por un lado, la dicotomía entre el ámbito local, en el que se desarrolla la vida cotidiana de los ciudadanos, y el ámbito global, en el que se toman las decisiones, y por otro lado, la celeridad cada vez mayor a la que se producen los acontecimientos de repercusión global.

En efecto, son estos mismos fenómenos los que, al tiempo que han relegado al desván a las herramientas convencionales de la disciplina urbanística, están poniendo de manifiesto las limitaciones de los mecanismos democráticos representativos convencionales y contribuyendo al creciente desprestigio de la política como actividad separada y especializada. Frente a estos fenómenos, las teorías del poder siguen oscilando, en una nueva versión de los debates históricos, entre la cada vez más amenazante tentación totalitaria global, vagamente disfrazada de democracia tecnocrática ‘fuerte’, en un extremo, y las propuestas de refundación de los instrumentos democráticos desde la óptica de la democracia directa y participativa, en el otro. El tema del poder, desde luego, sigue ocupando un lugar central del escenario, por mucho que los focos, empeñados en poner de relieve la desideologización de los tiempos que vivimos, se nieguen a iluminarlo. Sin embargo, ninguna de las teorías que sí ponen de relieve este lu-

gar central ha sabido aún extraer las consecuencias correspondientes del hecho evidente de que este escenario global esté fundamental y casi exclusivamente dominado por el fenómeno urbano.

Un papel fundamental desde el punto de vista ideológico para esta estrategia deliberada de divergencia entre teorías de lo urbano y teorías del poder, consumada a lo largo de una década, lo ha jugado, evidentemente, el auge del discurso liberal, que, en lugar de soslayar el problema de la creciente disociación entre construcción de la ciudad y necesidades y deseos de los ciudadanos, lo ha abordado ofreciendo su falsa respuesta *ad-hoc*: en realidad no existe quiebra alguna, sino un inevitable desfase entre oferta y demanda, del cual, en último extremo, es responsable, claro está, la injerencia obstaculizadora de lo Público. El ciudadano, como consumidor, elige siempre a través del mercado cómo quiere que sea la ciudad en la que quiere vivir. Si sus necesidades y deseos no están convenientemente reflejados, el Mercado, adecuadamente informado a través de mecanismos cada vez más sofisticados de retroalimentación, creará nuevos y mejores productos y pondrá en marcha las transformaciones y procesos pertinentes para hacer frente a esa supuesta demanda no atendida. Los deseos y necesidades insatisfechos, desde esta óptica, se reconvierten de este modo en sí mismos en motores de la transformación y el progreso urbanos. El mercado global, por su parte, se transforma en la mejor alternativa, por partida doble, tanto a las ya inútiles herramientas reguladoras del agonizante urbanismo tradicional, como a los ineficientes mecanismos de la caduca democracia representativa. En la utopía urbana liberal, presentada como el modelo abierto por excelencia, el figurante adquiere los rasgos amables del consumidor–usuario ideal, activo tan sólo en su exigencia perpetua de calidad del producto.

Sin embargo, este discurso ideológico, que obvia las prolongadas y morosas dinámicas temporales, los ingentes flujos de recursos energéticos y materiales y los procesos irreversibles de impacto social y ambiental asociados al fenómeno urbano y que legitima los sofisticados mecanismos propios de la sociedad de consumo para la reconducción y la tergiversación de las necesidades y deseos, sin mencionar por otra parte que al mercado tan sólo le interesa la demanda de las capas solventes de la población y que sólo ofrece la gama de productos y procesos que se adecúan a sus intereses globales, surte efecto únicamente en las sociedades aparentemente opulentas y en los momentos de aparente opulencia. Por ello, aunque ha contribuido de manera fundamental a desviar la atención respecto a los cada vez más acuciantes problemas urbanos, ha vuelto a perder en gran medida su capacidad de convicción a partir de la nueva situación de crisis global inaugurada a mediados de la década de 1990. Las cada vez más numerosas grietas en el rosado discurso liberal, sustituido progresivamente por las ásperas llamadas al orden y a la lealtad al sistema vigente, permiten entrever el tenebroso panorama global que ha intentado ocultar.

En estos nuevos tiempos de cólera no caben muchos motivos para albergar esperanzas, pero es imprescindible aprovechar la presencia inocultable de esas grietas para imaginar y proponer a la ciudadanía y con la ciudadanía nuevos modos de abordar de forma conjunta la crisis de la democracia desde la perspectiva de lo urbano y la crisis del urbanismo desde la óptica de la democracia.

5. Conclusión: El urbanismo como lenguaje común

De acuerdo con nuestra hipótesis inicial, la tarea que se impone, pues, es hallar la forma de hacer converger las líneas de reflexión sobre los modelos urbanos y sobre los modelos para la toma de decisiones por parte de los ciudadanos, de modo que la disciplina urbanística pueda convertirse en una vía efectiva para salvar la creciente disociación entre necesidades y deseo de los ciudadanos y construcción de la ciudad.

Y así, desposeído el urbanismo para siempre de su primera función como elemento de articulación de las estrategias dominantes en cuanto al territorio, una función que el mercado se encarga de cumplir por otras vías, tal vez sea llegado el momento de recuperarlo como instrumento de lo comunitario, de que responda plenamente a su otra vocación originaria, de que se transforme en un instrumento de cambio social y de resistencia frente al poder omnímodo del mercado.

El reto que debe proponerse el urbanismo como ámbito de reflexión e intervención es, pues, el de articular formas, medidas, pautas y metodologías para la recuperación de la ciudad como construcción verdaderamente colectiva. En caso contrario, la pretendida revisión de la disciplina no constituirá sino un intento, por otra parte abocado al fracaso, de recuperación del poder y los privilegios perdidos por parte de un sector profesional específico cuyas funciones y habilidades son cada vez menos necesarias.

En un mundo fundamentalmente urbano, el urbanismo, entendido como capacidad de describir, articular y configurar lo urbano, está abocado a convertirse en un lenguaje de uso común y existen síntomas de que el fenómeno ya se está produciendo. De hecho, la idea de participación aparece ya indisolublemente ligada al concepto de sostenibilidad urbana en la mayoría de las propuestas institucionales que, desde la óptica convencional de lo Público como regulador de las ‘disfunciones’ del Mercado, tratan de hacer frente a los cada vez más graves problemas de degradación urbana y de impacto ambiental de las urbes de todo el planeta. Herramientas como las Agendas 21 Locales, por ejemplo, y a pesar de su uso cada vez más banalizado, suponen un buen punto de partida para la creación de nuevos instrumentos y metodologías de planificación urbana concebidos desde el protagonismo ciudadano.

No queda espacio aquí para profundizar en las cada vez más numerosas prácticas y teorías, originadas desde la sociedad civil o desde la reflexión multidisciplinar, que pueden servir también de material de partida para esta tarea de refundación o desconstrucción disciplinar desde la óptica de la ecología y de la democracia participativa, pero sí se puede hacer mención a vuelapluma a conceptos como el de huella ecológica, que aportan una nueva visión de la ciudad como artefacto material y su impacto ambiental; a las propuestas y metodologías de planeamiento en acción (*action planning*, *Planning for Real*) desarrolladas principalmente en Inglaterra y cada vez más difundidas por toda Europa junto con otras, como los talleres de futuro EASW, concebidas desde el campo de la ecología urbana; a nuevos conceptos como el de gobernanza o el de empowerment que se abren paso dentro de la terminología socio-urbanística para intentar dar cuenta de la reversión en el flujo de decisiones; a las prácticas de participación ciudadana en el gobierno local que han proliferado a partir de o en relación con la experiencia señera de Portoalegre en Brasil; a las diversas experiencias de autogestión y

creación de entornos desmonetarizados generadas en diversos puntos del planeta; a las nuevas concepciones del trabajo colectivo en red, coordinación comunitaria mediante el uso de las nuevas tecnologías y activismo urbano que han articulado los diversos movimientos por otra globalización; o a la profunda relectura de la ciudad desde la óptica del feminismo que están generando los cada vez más abundantes estudios, propuestas y experiencias al respecto.

En cualquier caso, a pesar de todos estos síntomas de transformación que, entre otras cosas, pueden permitir la elaboración de nuevos modelos o utopías urbanas realmente abiertas, imaginadas desde la idea de ciudadanía y desde la constatación del dinamismo intrínseco de los procesos urbanos, no cabe duda de que se anuncian tiempos poco proclives a la cesión de poder en las cuestiones verdaderamente vitales por parte de las instancias que rigen los destinos de este planeta urbanizado. Existe el riesgo de que las dinámicas imperantes contribuyan a que esta capacidad de reconversión del urbanismo en un lenguaje común, en lugar de adecuarse a la complejidad y la riqueza real del fenómeno urbano, no haga sino contribuir a su banalización y degradación. El que esto no ocurra dependerá en gran medida de las reflexiones y las iniciativas que, desde este mismo momento, adoptemos todos como profesionales y como ciudadanos.

6. Referencias

ALEXANDER, CHRISTOPHER

1981 *El modo intemporal de construir*

Gustavo Gili, Barcelona

ALEXANDER, CHRISTOPHER; ISHIKAWA, SARA; SILVERSTEIN, MURRAY ET AL

1980 *A Pattern Language / Un lenguaje de patrones*

Gustavo Gili, Barcelona

ALEXANDER, CHRISTOPHER ET AL

1978 *Urbanismo y participación. El caso de la Universidad de Oregón*

Gustavo Gili, Barcelona

BELLAMY, EDWARD

1927! *El año 2000, Hermosa visión de la sociedad del porvenir*

Publicaciones Naturismo, L'Avenc Grafic, Barcelona

BRAND, STEWART

1994 *How Buildings Learn. What happens after they're built*

Phoenix Illustrated, London

BUBER, MARTIN

1987 *Caminos de utopía*

Fondo de Cultura Económica, México D.F

BUTLER, SAMUEL

1996 *Erewhon*

Wordsworth, London

CABET, ETIENNE

1990! *Viaje por Icaria*

Vols. I y II, Eds Orbis, Barcelona, 1985

CAPPELLETTI, ÁNGEL J.

1990 *El Pensamiento Utópico, Siglos XVIII-XIX*

Ediciones Tuero, Madrid

CASTELLS, MANUEL

1996 *La era de la información*

Vols 1, 2 y 3, Alianza, Madrid

CASTORIADIS, CORNELIUS, COHN-BENDIT, DANIEL ET LE PUBLIC DE
LOUVAIN-LA-NEUVE

1981 *De l'Ecologie a l'autonomie*

Seuil, Paris

CHOAY, FRANÇOISE

1983 *El urbanismo, Utopías y realidades*

Editorial Lumen, Barcelona

DANIEL, PETER C. Y HANS HARMS

2000 *Repensar la democracia*

Serval, Madrid

DÉJACQUE, JOSEPH

1990! *El Humanisferio, Utopía Anárquica*

Ediciones Tuero, Madrid

EATON, RUTH

2001 *Ideal Cities and (un)built environment*

Mercator Fonds

FERNÁNDEZ DURÁN, RAMÓN

1993 *La explosión del desorden, la metrópolis como espacio de la crisis global*

Fundamentos, Madrid

FOUCAULT, MICHEL

1979! *Microfísica del poder*

La Piqueta

FOURIER, CHARLES

1978! *Doctrina Social (El Falansterio)*

Júcar, Barcelona

FRIEDMAN, YONA

1973 *Hacia una arquitectura científica*

Alianza Universidad, Madrid

GEDDES, PATRICK

1960! *Ciudades en evolución*

Ediciones Infinito, Buenos Aires

GÓMEZ TOVAR, L., A. DELGADO LARIOS

1991 *III Utopías libertarias*

Ediciones Tuero, Fundación Salvador Seguí, Madrid

GÓMEZ TOVAR, L., J. PANIAGUA

1991 *II Utopías libertarias españolas, siglos XIX-XX*

Ediciones Tuero, Fundación Salvador Seguí, Madrid

GÓMEZ TOVAR, L., R. GUTIÉRREZ Y S. A. VÁZQUEZ

1991 *I Utopías libertarias americanas*

Ediciones Tuero, Fundación Salvador Seguí, Madrid

GOODMAN, PAUL Y PERCIVAL

1964 *Tres ciudades para el hombre*

Editorial Proyección, Buenos Aires

HABRAKEN, N. J. ET AL.

2000! *El diseño de soportes*

Gustavo Gili Reprints Barcelona

HABRAKEN, N. J.

1998 *The structure of the ordinary*

The MIT Press London

HAMDI, NABEEL

1995 *Housing without houses. Participation, flexibility, enablement*

Intermediate Technology Publications, London

HAYDEN, DOLORES

1994 *The Power of Place. Urban Landscapes as Public History*

The MIT Press, London

JACOBS, JANE

1973 *Muerte y vida de las grandes ciudades*

Ediciones Península, Madrid

KOOLHAAS, REM

1997 *SMLXL*

Taschen

KROLL, LUCIEN

1997 *Bio Psycho Socio Eco I Ecologies Urbaines*

L'Harmattan, París

KROPOTKIN, PIOTR

1972! *Campos, fábricas y talleres*

Zero, Madrid

LE CORBUSIER

1994! *Urbanisme, Champs*

Flammarion, París

LEFEBVRE, HENRI

1978! *El derecho a la ciudad*

Ediciones Península

MARTÍNEZ ALIER, JOAN

1992 *De la economía ecológica al ecologismo popular*

Icaria, Barcelona

MCHARG, IAN L.

2000! *Proyectar con la naturaleza*

Gustavo Gili, Barcelona

MORRIS, WILLIAM

1986! *News from Nowhere and selected writings and designs*

Penguin Classics, London

MUMFORD, LEWIS

1979! *La ciudad en la historia*

Ediciones Infinito, Buenos Aires

RAMÓN MOLINER, FERNANDO

1967 *Miseria de la ideología urbanística*

Editorial Ciencia Nueva, Madrid

ROSENAU, HELEN

2001 *La ciudad ideal: su evolución arquitectónica en Europa*

Alianza Editorial, Madrid

RUDOFISKY, BERNARD

1977 *Architecture without architects*

Academy Editions, London

SADLER, SIMON

1997 *The Situationist City*

The MIT Press, London

SKINNER, B.F.

1984 *Walden Dos. Hacia una sociedad científicamente construida*

Martínez Roca, Barcelona

THOREAU, HENRY DAVID

1996! *Walden*

Könemann, Köln

TOWER SARGENT, LYMAN Y R. SCHAER (EDITORES)

2000 *Utopie, La quête de la société idéale en Occident*

Bibliothèque Nationale de France/Fayard, BNF, Paris

TURNER, JOHN F.

1977 *Todo el poder para los usuarios*

H. Blume, Madrid

WATES, NICK; KNEVITT, CHARLES

1987 *Community Architecture. How People are creating their own Environment*

Penguin Books, London

WATES, NICK

1999 *The Community Planning Handbook. How people can shape their cities, towns and villages in any part of the world.*

Earthscan, London

WEBER, MAX

1987! *La ciudad*

Las Ediciones de La Piqueta, Madrid

El tiempo de las cerezas. Reflexiones sobre la ciudad desde el feminismo¹

ISABEL VELÁZQUEZ VALORIA
Madrid (España), julio de 2000.

La ciudad constituye el medio en el que vivimos una mayoría creciente de personas. De manera sutil y continuada su diseño y forma de funcionar afecta, más de lo que normalmente se percibe a simple vista, a nuestra actividad y percepción cotidiana. El espacio tiene esa peculiaridad de ser envolvente e inevitable, lo que lo hace a veces invisible a nuestros ojos. Cuántas veces discutiendo de estos temas, no aparece la extrañeza en nuestros interlocutores al plantear que la construcción del espacio en general no nos encamina, ni ha reflejado nunca algo más que la estructura de poder que atenaza nuestra sociedad. Y en el interior de esa red, la posición de las mujeres es coherente con lo poco avanzado en la igualdad real. Bajo el camuflaje de la neutralidad, el espacio urbano esconde unas reglas que corresponden exactamente a la estructura de poderes y relaciones que rigen nuestra sociedad.

Comentamos que, aparentemente, la imagen del entorno urbano se disfraza de una opaca neutralidad. En contados casos existen prohibiciones de acceso a determinadas partes de la ciudad. Las barreras invisibles, el control real de la ciudad es tan fuerte que no necesita de barreras materiales. Los espacios que la mujer usa efectivamente están bien delimitados en el mapa mental de casi todas las ciudadanas, con especificidad de lugares y de tiempos. Si hiciéramos un balance del espacio/tiempo útil, en oposición al construido, de las zonas urbanas disponibles para aquellos que no recurren a la violencia como modo de relación con sus semejantes (en general las mujeres, los ancianos, niños o varones con algún *handicap*), saldría a la luz la superposición de mapas diferentes que definen el territorio de la ciudad. Cada mujer aprende desde la infancia cuales son los lugares y los tiempos en que no puede hacer uso de la ciudad. Algunos jueces se encargan de tiempo en tiempo, en caso de duda, de puntualizar estos espacios prohibidos en las sentencias inauditas que suelen brotar extemporáneamente, en medio de la limada corrección política de nuestro lenguaje.

Las ciudades son el símbolo de la acción humana sobre el planeta: en muchos casos testimonio de los mayores logros en cuanto a creación de espacios, en otros muchos también el testimonio en piedra de las diferencias, de la desigualdad, de las interrelaciones que tejen nuestras vidas cotidianas. La ciudad es una amalgama de espacios creados mediante alquimia política, económica y social de sus habitantes, sobre la base de proyectos y planes elaborados por técnicos y contados elementos en los que delegamos el poder de decisión. El economista J.K. Galbraith describe nuestra sociedad como una «tecnestructura», una suerte de burocracia en la que el control de la toma de decisiones pertenece a una casta de «técnicos especializados».

En las últimas décadas, y sólo en ese tiempo, las mujeres hemos conseguido nominalmente la posibilidad de ir y venir, más o menos a nuestra voluntad por la ciudad. En tiempos anteriores,

¹ Este texto ha sido publicado en la revista *ZEHAR* número 43 del Centro ARTELEKU de la Diputación Foral de Gipuzkoa, en el verano de 2000.

la situación era peor: no existía legitimación social para el uso de la calle por parte de mujeres, que no fueran 'las mujeres de la calle'. La mujer estaba confinada en el espacio privado, del que detentaba la responsabilidad pero no el control, al tiempo que el espacio público le estaba vedado. El sitio de la mujer es el hogar... El sitio del hombre puede estar en el espacio público y en el privado: puede moverse libremente entre uno y otro y su presencia en ambos espacios es pertinente. Incluso puede elegir qué dedicación quiere destinar a su vida familiar o pública sin que ninguna de las opciones sea catalogada como inadecuada o poco edificante. La autonomía del hombre es subsidiaria del trabajo oculto de quien se ocupa del espacio doméstico.

También hemos ido escalando las carreras que dan acceso al *fáctotum* técnico con capacidad de decisión: ingenieras, urbanistas, arquitectas. En las escuelas técnicas, la proporción de mujeres estudiantes se acerca o incluso sobrepasa el cincuenta por ciento. En el mundo laboral, esta proporción equilibrada desaparece de las cabeceras de los estudios técnicos, en los premios de arquitectura o en los puestos de responsabilidad donde se toman las decisiones. Algunos autores achacan esta súbita desaparición al hecho de que las mujeres, al emparejarse o casarse, pierden una parte importante de su productividad, que se transfiere al varón, debido a la desigual participación en la gestión de lo doméstico y de los hijos. Las compañías de seguros avalan en sus valoraciones esta afirmación.

Por ésta y otras razones, entre las cuales la barrera cultural que se ha venido a llamar el *techo de cristal* no se puede desdeñar, es una minoría de mujeres la que accede al *sancta sanctorum* de los que realmente toman las decisiones. Y, cuando se logra traspasar la puerta de este lugar sagrado, es al precio de despojarse de la propia identidad como mujeres y sobre todo de renunciar a la palabra, a la queja, de abdicar del feminismo como instrumento de reivindicación.

Existe también, no lo vamos a negar, un cierto rechazo de los puestos de responsabilidad que implican en nuestra sociedad un fuerte empleo de tiempo, muchas veces de manera harto ineficaz. Las mujeres copan los puestos más bajos del escalafón, se igualan en las escalas medias para jóvenes sobre todo en las escalas técnicas y desaparecen o se quedan en franca minoría en las gamas altas del poder. La sociedad no ayuda a las mujeres a entrar en puestos de responsabilidad. Tan importante como la voluntad individual es el medio que realza o difumina las personalidades de los que se encuentran inmersos en él.

Por tanto, podemos afirmar que la participación de las mujeres en los puestos de responsabilidad respecto del diseño de la ciudad es mínima, léase inexistente, al igual que en otros muchos ámbitos de la vida política o empresarial. La reflexión sobre este tema no se detiene sólo en constatar esta desigualdad, sino en analizar qué implica en relación con el diseño de la ciudad y a comprender cuáles son las sutiles combinaciones que permiten descifrar que la ciudad sea reflejo de valores más bien masculinos.

Por otra parte, la vida cotidiana de la mayoría de las mujeres difiere mucho de la de los varones. Ello por una razón clara, la responsabilidad de todo lo doméstico sigue recayendo en exclusiva sobre sus hombros. Los hombres lentamente se van incorporando a las tareas de conservación y mantenimiento del hogar, al cuidado de hijos y mayores, pero siempre desde una actitud subsidiaria, de ayuda a las tareas de la casa. El peso principal de este trabajo continuo, invisible y poco valorado recae mayoritariamente sobre las mujeres.

El tiempo de las mujeres está mucho más cargado de actividades que el de sus compañeros. Las mujeres que trabajan deben organizar su empleo del tiempo de forma mucho más compleja y precisa. En palabras de Ivan Illich, deben asumir el ingente «trabajo fantasma» que sostiene nuestra sociedad. La doble tarea de hacerse cargo del trabajo oculto de mantenimiento de lo doméstico y, al tiempo, tratar de abrirse paso en el mundo laboral convencional goza de escaso reconocimiento financiero, social o familiar. Los salarios femeninos siguen estando claramente por debajo de los de sus colegas masculinos, los trabajos que se *feminizan*, en los que las mujeres van ocupando cuotas importantes de participación se devalúan y las crisis personales fruto de esta situación insostenible se achacan a deficiencias congénitas difícilmente explicables. El difícil papel de responsable de la familia, y de todo lo que no funciona en ella, ni siquiera está valorado socialmente como debiera. Las mujeres siguen desempeñando una gran parte de los trabajos asistenciales (cuidado de ancianos, de niños, de personas discapacitadas, etc.), comunitarios y domésticos, y de esta forma continúan colaborando (sin remuneración ninguna) al funcionamiento sin problemas de la sociedad. El equilibrio que se exige actualmente a la mujer es muy frágil y cualquier obstáculo se suma a una serie de dificultades continuas.

La deriva del medio urbano en los últimos tiempos no contribuye a facilitar la vida cotidiana de sus ciudadanos, pero en especial contribuye a hacer más difícil esta vida especialmente compleja de las mujeres en transición. El urbanismo de los últimos años se ha basado en una serie de errores de base que, no por suficientemente reconocidos por los círculos técnicos, dejan de ser las pautas de diseño urbano en la actualidad, por mera inercia y porque se adaptan muy bien a las expectativas económicas de la máquina productiva. El primero es la división estricta de funciones que se opone a la complejidad y mezcla de usos y personas característica de la ciudad tradicional. En aras de solucionar problemas higienistas y de contaminación industrial, la Carta de Atenas y Le Corbusier, como origen del urbanismo moderno, proponen una ciudad disgregada en la que las diversas funciones: trabajar, dormir, comprar, divertirse, se realicen en zonas predeterminadas para ese uso exclusivo. Es la ciudad de los polígonos (residencial, industrial. . .) o de los hipermercados y centros de ocio en medio de la no-ciudad. Esta división de las funciones que cotidianamente los ciudadanos, y sobre todo las ciudadanas como hemos explicado, tienen que simultanear, implica un enorme gasto de tiempo y energía para desplazarse de una parte a otra de la ciudad. La ciudad se muestra hostil a todos las personas frágiles o sobrecargadas: a los que tienen alguna discapacidad o enfermedad, a los mayores, a los niños y a las mujeres. Es decir, a la gran mayoría de los ciudadanos.

Por otra parte, este modelo urbano se basa necesariamente en la dependencia del coche privado y en fuertes inversiones en carreteras e infraestructuras de transporte. El espacio público que era la base de valores como la convivencia, esenciales para una saludable vida urbana, se ha visto invadido por el automóvil y sus consecuencias (ruido, contaminación, ocupación de espacio físico, imagen de la ciudad. . .). Algunos autores consideran que el hecho de destinar básicamente el sistema de calles y plazas a la circulación rodada ha sido el error de fondo que ha dado lugar al declive actual de nuestras ciudades.

Con respecto a las tareas aún asumidas por las mujeres en nuestra sociedad (a falta de una estructura social más igualitaria en la que no perdemos la esperanza), es difícil imaginar las dificultades que entraña el arrastrar un carro de niño o de provisiones por una ciudad pensada

en el fondo para el coche, sobre todo cuando además se tiene prisa o se está cansada, lo que no es una situación excepcional en una vida sobrecargada. Para quien no está implicado en estas situaciones reales, difícilmente puede considerar las múltiples dificultades que implica una concepción errónea del espacio. Que haya más mujeres en los puestos de decisión sobre los espacios urbanos no garantiza el cambio de lógica respecto de la ciudad, pero ayudará a comprender las necesidades que sus compañeras deberían transmitirles.

Este modelo de ciudad necesita una cantidad creciente de tiempo y energía para que los ciudadanos puedan realizar sus necesidades básicas. Ya hemos comentado las disfunciones que genera en el amplio sector de las mujeres. En otros sectores de la población, el efecto también se produce. Los jóvenes cada vez se encierran más en paraísos virtuales renunciando a su parte en el espacio común. Los niños son expulsados del tejido urbano, junto con sus padres, en el éxodo a la conurbación que empieza a estar indisolublemente ligado al nacimiento de un niño para las capas de la población que se lo pueden permitir.

La configuración urbana se adapta a las necesidades de un ciudadano-tipo motorizado, independiente, totalmente capacitado, con trabajo absorbente que constituye el eje de su vida. Se planifican las infraestructuras o los trazados de los nuevos barrios siempre priorizando los desplazamientos laborales sobre cualquier otro uso. Primando las necesidades del coche sobre cualquier otro modo de desplazarse. Considerando la necesidad imperiosa de contar con comercios o centros de ocio con horarios amplísimos y accesibles en vehículo privado. Es decir, un modelo de ciudad adaptado a un modelo de vida específico que se acopla difícilmente con las pautas de la vida cotidiana de la mayoría de las mujeres.

La doble jornada de una mayoría de las mujeres se traduce en dobles desplazamientos que menguan aún más el apretado tiempo vital de la cotidianeidad para demasiadas mujeres urbanas. En este urbanismo de polígonos destinados a un uso único (residenciales, comerciales, de ocio...), el tiempo finito de las mujeres se acorta, al ser invertido en horas de viaje para el desarrollo de las actividades cotidianas. En conclusión, la ciudad está concebida y administrada desde un orden que podemos definir como masculino.

¿Existe un urbanismo, una arquitectura, una calidad espacial, una organización de la ciudad que sea específicamente femenina? Parece que sí: los indicios provienen de dos fuentes de investigación. La teoría desarrollada por las escasas mujeres que han intervenido en la creación del *corpus* teórico del urbanismo y lo que podemos deducir de los procesos en los que se abren los ojos y los oídos a las mujeres en la ciudad. La participación de ciudadanos y ciudadanas en la definición del modelo de ciudad en el que queremos vivir es fundamental si queremos que se produzca el cambio de valores imprescindible para cambiar las tendencias.

Entre las teóricas del urbanismo que nos han marcado el camino para ver la ciudad desde un punto de vista diferente quiero destacar la aportación de Jane Jacobs que ya en 1961 abre una línea muy crítica contra la deriva que percibía en la ciudad: su libro *Muerte y vida en las grandes ciudades* comienza con el siguiente párrafo: «Este libro es un ataque contra las teorías más usuales sobre urbanización y reconstrucción de ciudades. También es, y muy principalmente, un intento de presentación de unos nuevos principios de urbanización y reconstrucción de ciudades, diferentes y aún opuestos a los que se viene enseñando en las escuelas de arquitectura...».

Desde un análisis que se basa en las percepciones de la vida cotidiana, «me referiré siempre a cosas reales, a ciudades reales y a la vida real de las ciudades. . . », esta pensadora da la vuelta a casi todo el cuerpo teórico asumido por el urbanismo de la época para introducir de pleno conceptos que actualmente son la base de los documentos más avanzados: la complejidad de la ciudad, las posibilidades de comunicación entre los ciudadanos, el control social no policial de la vida urbana, la regeneración de lo existente, la vitalidad de la vida urbana, la proximidad. Incorpora también a su análisis de la ciudad, basado en un trabajo de participación con los ciudadanos y en la observación de la vida real urbana, consideraciones económicas, sociales, incluso antropológicas. Es decir, anticipa el método de abordar los problemas de la ciudad que ahora definimos como enfoque integrado de los vectores ambiental, social, económico y urbanístico en el que tenemos puestas actualmente nuestras esperanzas para abordar los complejos problemas urbanos.

Otras pensadoras nos han aportado visiones o propuestas en el mismo sentido. Dolores Hayden aparece también en la década de los setenta con una demoledora crítica al tejido de «suburbia» americano. Describe cómo se va generando un espacio residencial que se convierte en jaula de oro de las amas de casa recluidas tras la Segunda Guerra Mundial tras disfrutar de un tiempo de protagonismo social en el atípico periodo bélico. Sus críticas al modelo que invade nuestros campos actualmente se plantean también con un componente de complejidad pionero: desde consideraciones de impacto en la vida cotidiana hasta valoraciones ambientales. En los últimos años, su actividad se ha centrado en la recuperación de los espacios simbólicos de la ciudad para la mujer, con métodos de creación de redes de mujeres que participan con ella en la recuperación de lugares simbólicos de la ciudad, espacios importantes para las mujeres o para las clases no dominantes de la ciudad, etc.

Algunos ejemplos más han emprendido el trabajo de descifrar el espacio desde este punto de vista oculto de las mujeres urbanas. No muchos. Los estudios de la desigualdad centrados en el uso del tiempo parecen más abordables y tienen mucha más tradición en el campo de estudios de género.

Por otra parte, en las pocas ocasiones en que se invita a las mujeres a participar como tales en procesos de participación en el urbanismo, el discurso que emerge de su experiencia cotidiana tiene mucho que ver con las aportaciones de estas pensadoras críticas. Así cuando las mujeres tienen la oportunidad de participar manifiestan de una forma clara y contundente cuál es el modelo de ciudad que prefieren.

A modo de ejemplo, quiero describir la experiencia de dos talleres de participación realizados en Pamplona con el objetivo de incorporar la visión específica de las mujeres al diseño de esta ciudad *Pamplona con mirada de mujer* y *Las Mujeres seguimos el Plan*. Las mujeres quieren una ciudad segura, donde sea fácil la convivencia, igualitaria, en la que los barrios se vayan equilibrando, con dotaciones y comercios próximos a la vivienda, estaciones céntricas, buen transporte público y con el casco viejo revitalizado. Algunas de las propuestas concretas en transporte público se han recogido en el Plan Comarcal de Transportes, en una experiencia valorada como Mejor Práctica en el concurso de Naciones Unidas sobre Buenas Prácticas Urbanas.

Igualmente en el *Proyecto Mujer y Ciudad en la Comunidad de Madrid* realizado en 1995-1996 y promovido por la Coordinadora Española para el Lobby Europeo de Mujeres en el que participaron varias asociaciones de mujeres de diferentes núcleos y barrios de la región madrileña, con el objetivo de introducir el análisis del espacio cotidiano en dichos ámbitos para que las mujeres que día a día habitan la ciudad lo redescubran y analicen, se priorizaron los temas relacionados con la accesibilidad peatonal en las ciudades, la adecuación del transporte público, las nuevas necesidades de las viviendas o la mejora de los espacios públicos como lugar de encuentro y socialización.

Existen otras experiencias², pero en todas las pautas para definir el modelo de ciudad que facilite la vida de las mujeres, se sitúan en el mismo campo de acción: equilibrio, valor de lo local frente a lo global, variedad, complejidad, consideración de las necesidades diversas, seguridad. . .

La siguiente pregunta sería ¿una ciudad en la que la opinión, los deseos o las necesidades de las mujeres fueran tenidas en cuenta, sería más adecuada para toda la población?

Emprender un camino hacia un urbanismo de la igualdad no significa que se quiera un planeamiento para cubrir ‘necesidades especiales’. Ello significaría que estas necesidades son desviaciones respecto a una norma que no las incluye: la ciudad hecha a medida de los hombres, de media edad, motorizados, con un nivel de renta medio-alto, de raza blanca, con plenas capacidades de movimiento. . . sería la ciudad natural. La ciudad a medida de las mujeres sería una excepción o una concesión. El enfoque no es considerar a las mujeres como un sector de la población especial o diferente. Cualquier ciudadano o ciudadana tiene el mismo derecho a la ciudad. Y los grupos que no están suficientemente representados en el diseño y gestión urbana constituyen la inmensa mayoría de la población.

Por ello, el planeamiento para la igualdad no es un planeamiento ‘anti-hombres’ o que favorezca en exclusiva a las mujeres. Los beneficios de un planeamiento para la igualdad beneficiarán de forma equilibrada a todos los grupos sociales que componen la ciudadanía. Por ello, el planeamiento para la igualdad no es un planeamiento ‘anti-hombres’ o que favorezca en exclusiva a las mujeres. Los beneficios de un planeamiento para la igualdad beneficiarán de forma equilibrada a todos los grupos sociales que componen la ciudadanía.

También quiero destacar que el planeamiento para la igualdad no es responsabilidad exclusiva de las mujeres, de la gente mayor, o de los y las inmigrantes. Aunque incorporar las voces y percepciones de las mujeres sea una parte fundamental en el proceso, la responsabilidad de la sensibilización y diseño de un planeamiento para la igualdad corresponde a todas y todos los técnicos y políticos, no únicamente a las mujeres o a los grupos afectados.

Por último, esta nueva forma de plantear el urbanismo supone no una cortapisa para el trabajo creativo, sino una oportunidad de renovación e innovación que dará sus frutos para todos los sectores de la ciudadanía. En estos momentos, debido a la crisis conceptual anteriormente comentada, el urbanismo y la política de ciudades está en pleno proceso de cambio de valores y reconceptualización. Muchas de las aportaciones que provienen de los *gendered studies*

²Más información sobre esta y otras experiencias en el Boletín CF+S 7 o en la página Web del Colectivo Mujeres Urbanistas: <http://www.nodo50.org/mujeresurbanistas>

pueden aportar savia nueva a unas estructuras injustas y poco útiles para la mayoría de la población.

Por último, esta nueva forma de plantear el urbanismo supone no una cortapisa para el trabajo creativo, sino una oportunidad de renovación e innovación que dará sus frutos para todos los sectores de la ciudadanía. En estos momentos, debido a la crisis conceptual anteriormente comentada, el urbanismo y la política de ciudades está en pleno proceso de cambio de valores y reconceptualización. Muchas de las aportaciones que provienen de los *gendered studies* pueden aportar savia nueva a unas estructuras injustas y poco útiles para la mayoría de la población.

Esta es la esperanza que quiere despertar este texto, abriendo camino para que, desde la crítica, seamos capaces de centrar esfuerzos en conseguir un renacimiento urbano, un tiempo de las cerezas frente al sombrío panorama actual.

Bibliografía

JACOBS, JANE

1961 *The Death and Life of Great American Cities*

Random House, Inc., Nueva York. Traducción española de Ángel Abad. *Muerte y vida de las grandes ciudades*, 2ª edición (1973). Ediciones Península

HAYDEN, DOLORES

1984 *Redesigning the American Dream*

W.W. Norton and Co. Nueva York

HAYDEN, DOLORES

1996 *The power of Place: Urban landscapes as Public History*

The MIT Press, Cambridge, Massachussets

La reconstrucción del espacio cotidiano

MARTA ROMÁN RIVAS

Santander (España), junio de 1995.¹

Reconstruir significa «rehacer, volver a formar algo que se ha deshecho o cuyas piezas se han separado; como una máquina o una vasija rota en pedazos» (Diccionario de María Moliner).

La ciudad donde vivo parece una vasija desecha donde sus piezas se han desperdigado, cada vez todo está más lejos, desconectado, cada vez cuesta más llegar. La metrópoli actual se va expandiendo en el espacio circundante: los grandes centros de servicios y equipamientos son como piezas desperdigadas donde cada vez es más necesario para acceder a las mismas los modos de transporte motorizado. Las urbanizaciones, los barrios periféricos, toda la ciudad se va esparciendo. Este modelo urbano que no se pone límites ni al crecimiento en el espacio circundante ni a la dependencia de transporte motorizado, funciona como una bomba expansiva y las piezas de este recipiente se van alejando más y más.

El interior de las ciudades también se va resquebrajando: se permite la terciarización del centro, la desestructuración de los barrios, el dominio del automóvil frente al ciudadano. La calle se vuelve un lugar desagradable por los ruidos y humos, un lugar donde sólo se puede transitar deprisa.

Así, el proceso de destrucción, de ruptura, de dispersión se retroalimenta porque la población es expulsada del interior de la ciudad por diversos motivos —precios muy altos de vivienda, degradación y baja calidad ambiental— y se van a vivir a la periferia y vienen sólo a trabajar al interior de la ciudad y se acrecienta la necesidad de transporte y se va acrecentando la degradación de la calle que tiene que acoger los coches de esta población que se fue a vivir lejos. Y, además, la ciudad se va deshumanizando por la pérdida de vida vecinal y la calle se vuelve peligrosa.

La necesidad de reconstruir el espacio cotidiano surge porque este modelo urbano, esta ciudad a trozos, este espacio desperdigado no funciona, es como una máquina rota. Una máquina ineficaz en la que se invierte cada vez más tiempo y energía y no resuelve o facilita las necesidades básicas de sus habitantes. Necesidades de accesibilidad, sociabilidad y, en definitiva, lo que se puede considerar calidad de vida.

Y es que la ciudad si funciona mal para todos, funciona peor para las mujeres. Es una ciudad creada según las necesidades percibidas por los hombres, donde las mujeres han participado poco en la construcción de este espacio común y se ha conseguido una ciudad pensada para moverse y para trabajar, no para vivir. Se han olvidado o relegado a un segundo plano las necesidades de todos aquellos que no realizan actividades consideradas como *productivas*.

¹Este artículo surge de una charla que fue dada en junio de 1995, en la Universidad Menéndez Pelayo de Santander dentro de un seminario titulado “Tiempo y espacio en la vida de las mujeres”. Posteriormente, la revista *Mujeres*, publicación del Instituto de la Mujer, recogió en un artículo parte de esta ponencia en su número 19 (1995).

Para la mujer las grietas de esta ciudad son más insalvables. A algunas se les ha ido resquebrajado su entorno y van quedando aisladas en su pieza, en su vivienda, en un espacio que se va reduciendo, cada vez con más dificultades para poder satisfacer en un radio próximo sus necesidades, cada vez con mayores problemas para moverse. En esta situación se encuentra la mayor parte de las amas de casa, un colectivo considerado dentro del grupo de los *no activos*, cuyo trabajo está socialmente minusvalorado y por lo tanto, cuyas necesidades espaciales ni se consideran.

Las amas de casa, acostumbradas a ceder su tiempo también han cedido su espacio. Se han ido quedando solas en sus viviendas super-equipadas y no tienen lugares para el encuentro social. Los grandes bloques de viviendas uniformes e incluso las nuevas formas de vivienda adosada, favorecen su aislamiento. Las casas se cierran hacia dentro ya que la calle es un lugar desagradable y cada vez más peligroso, cada vez hay menos relaciones de vecindad, menos relaciones de barrio, la calle llena de ruidos, de humos, la calle antes lugar de encuentro y de relación social, espacio controlado por los vecinos, ahora es un lugar de nadie, sólo para transitar a prisa. Así la casa se blindada, se aísla de su espacio exterior y la reina del hogar queda como princesa en el torreón.

Esta transformación profunda de la relación que hay entre el espacio público y privado, esta grieta que se abre entre la casa y la calle, colabora a la degradación del espacio y de la vida cotidiana. Deja de haber un control social sobre la calle, la gente deja de estar en el espacio público porque es desagradable, la calle se vuelve un lugar peligroso, cada vez se usa menos, los vecinos ya no se sientan, ya no pasean, los niños no juegan, la calle se vacía y se vuelve un espacio donde a la gente le da miedo caminar sola, la calle se convierte en el lugar de la marginación y, así se va alimentando este círculo vicioso.

Además de esta transformación en la calle, el ama de casa se encuentra con que los espacios que antes tenía para la relación social —los mercados, las plazas e incluso la antigua fuente— han desaparecido o han sido sustituidos por equipamiento doméstico individual, por modernos autoservicios o centros comerciales que no favorecen la comunicación. Las amas de casa pueden realizar hoy en día todas sus tareas sin apenas cruzar una palabra con otro adulto, en la más absoluta soledad.

La incorporación de la mujer al mundo laboral remunerado no ha supuesto cambios profundos en la forma de concebir el trabajo y el hogar y no ha habido las transformaciones oportunas ni en la vivienda ni en la ciudad para favorecer el reparto de papeles. Por un lado, no se han creado nuevas formas de vivienda que permitan, por ejemplo, la socialización del trabajo doméstico y sigue primando la vivienda diseñada para la familia nuclear, aislada del vecindario, sin lugares comunes y donde hay un reparto de tareas por sexo.

La incorporación de la mujer al trabajo remunerado no ha supuesto una aproximación entre el mundo laboral y el doméstico y la mujer se ha partido en dos. En la escala de valores sociales el trabajo remunerado es prioritario frente a las necesidades de la familia y la mujer tiene que *ocultar* sus preocupaciones domésticas e incluso renunciar a tener hijos por el conflicto que supone compatibilizar ambos mundos.

Esta disociación ha supuesto la conocida doble jornada y también unos dobles desplazamientos: para acudir a su puesto de trabajo y para atender al núcleo familiar. En las ciudades estos dobles desplazamientos se convierten en algo muy penoso por el aumento de las distancias y por la dificultad de accesibilidad.

La idea de que se ha generalizado el uso del vehículo a toda la sociedad, que todo el mundo va en coche y que la mujer de ahora tiene más libertad, gracias al uso del automóvil, es errónea. Exceptuando un grupo social de mujeres profesionales en edad activa, la mayor parte de las mujeres mayores de dieciocho años no tiene permiso de conducir, el 68 por ciento del total. En mujeres de más de 45 años las que no conducen suponen el ochenta por ciento que se eleva hasta casi la totalidad a partir de los 65 años.

Es decir, la mayor parte de las mujeres adultas no tienen la posibilidad siquiera de hacer un uso autónomo de gran parte de los equipamientos, servicios e infraestructuras que están creando en las grandes metrópolis apoyados en el uso del automóvil. La mujer utiliza más el transporte público y también patea más la ciudad. A la mayor parte de las mujeres el coche no hace más que estorbar, dificultar su tránsito, degradar la calle con sus ruidos y humos y, además, promover el que la ciudad se vaya dispersando y alejando cada vez más.

Si la mayor parte de las mujeres hicieran un balance de lo que les supone realmente vivir en una ciudad moderna, en una ciudad competitiva, seguramente el resultado de ese balance sería negativo. Como hemos ido viendo, para muchas se ha ido resquebrajando su espacio vital, reduciéndose, aisladas en sus viviendas, para otras su día a día supone ir salvando obstáculos, ir saltando grietas, de pieza en pieza para cumplir con todos los cometidos del mundo público y privado. Además, vamos a ver como la inadecuación de las ciudades para los grupos sociales más débiles repercute también directamente en las mujeres.

La pérdida de autonomía y movilidad de los niños, los ancianos y los discapacitados ha degenerado en un incremento de dependencia de éstos hacia las personas que les cuidan. Con ello, las mujeres se han convertido en transportistas, vigilantes permanentes, acompañantes y cuidadoras dedicando gran parte de su tiempo, que antes tenían para ellas, a esas tareas.

Si para las mujeres la ciudad se ha llenado de grietas, ya para los niños se ha desintegrado. El recorte de libertad y autonomía que actualmente los niños tienen en las ciudades, no tiene precedente en la historia. Mientras que los adultos tenemos recuerdos de nuestra infancia jugando en la calle, yendo solos al colegio, o bien reuniéndonos con los amigos. La mayor parte de los niños de las ciudades de hoy ya no pueden tener esas experiencias. En los últimos veinte años los niños han desaparecido de la escena pública.

En un estudio realizado en Inglaterra sobre la movilidad de los niños se muestra la pérdida de independencia que han sufrido los niños en los últimos veinte años, siendo aplicables estos resultados a este país con un pequeño desfase de tiempo.

A la edad de nueve años, los niños tienen capacidad para muchas cosas, pero actualmente sólo a la mitad se les permite cruzar la calle solos, sólo a un tercio se les permite salir a la calle sin un adulto y sólo a uno de cada diez se les permite coger autobuses solos. Hace veinte años, la mayor parte de los niños de nueve años podían realizar estas actividades por su cuenta. Las cosas permitidas antes a niños de siete años, en 1971, no las pueden realizar ahora hasta que tienen nueve años y medio.

La concepción de ciudad como centro de intercambio, la concepción de la calle como lugar de tránsito, la idea de progreso asociada a factores como la movilidad, la velocidad o la motorización ha atropellado a los niños. Esta concepción no es reciente, aunque claramente se ha agravado con la presión del automóvil privado. Ya en 1924 el entonces alcalde de Madrid difundió un bando sobre la circulación de peatones y vehículos y ahí se empezó a manifestar el predominio del coche sobre los habitantes.

«Hago saber: Dado el aumento del tránsito rodado que se ha observado en Madrid durante estos últimos años, como asimismo el considerable número de habitantes de nuestra capital, hoy insuficiente para contener la enorme masa de carruajes y peatones, es perentoriamente necesario regularizar la marcha de todo para, de esta forma, encauzar el tránsito con la rapidez que exige la vida moderna en las grandes urbes.»

El ordenar no significaba convivir, sino segregar a los vehículos de los peatones y recortar el uso tradicional de la calle a los viandantes que ya no podían reunirse ni formar corrillos y se les aleccionaba así: «andad pausadamente, no correr, no leer el periódico, no liar el cigarrillo, pensad en el peligro que corréis». A continuación, en este bando se hace una mención especial a los niños:

«Los padres cuidarán bajo su más estrecha responsabilidad de que sus hijos no jueguen más que en parques y jardines, que son los sitios adecuados al esparcimiento infantil; debe multarse a los padres de los niños que jueguen al *foot-ball*, a los patines, o que cometan otros actos de esta índole que puedan molestar a las personas que transitan por la vía pública. [...] Asimismo los niños que vayan subidos en los topes de los tranvías y en las trasera de los coches y automóviles se les detendrá, imponiendo a los padres una considerable sanción, para ver si de esta forma se consigue evitar los continuados accidentes que se suceden y el repulsivo espectáculo que ofrecen a la vista de los extranjeros que frecuentemente nos visitan.»

La reclusión forzosa de los niños ha supuesto la reclusión forzosa de las madres, sobre quienes sigue recayendo la labor de su cuidado. Ha dejado de ser una tarea de la comunidad, una tarea compartida por vecinos, abuelos, por los adultos conocidos y se ha convertido en un cometido cuya responsabilidad recae directamente sobre los padres y principalmente sobre la mujer. Ser madre en una ciudad se convierte en una tarea dura porque un entorno hostil para los niños supone una enorme sobrecarga para quienes cuidan de ellos. Ahora las madres o padres tienen que salvar las grietas que hacen el espacio inaccesible a los niños: llevarles e irles a buscar al colegio, acompañarles y vigilarles en el parque, entretenerles en casa. Son unos nuevos papeles en la relación entre padres e hijos, los niños presos, siempre bajo la mirada de un adulto y los padres como carceleros, ambos a disgusto.

El hecho de que los niños no puedan acceder y conocer por sí mismos el entorno, jugar en el espacio abierto y explorar sin estar bajo la mirada de un adulto, tiene unas enormes repercusiones en su desarrollo como personas en cuanto a su propia autoestima, su responsabilidad y

su independencia. A su vez, no se valora suficientemente las repercusiones de estas barreras espaciales en su salud física: el sedentarismo y la falta de ejercicio físico es otra lacra en el crecimiento de estos niños urbanos. Distintos estudios alertan sobre el riesgo de obesidad y los problemas de corazón de estos niños más adelante.

Se critica y se *culpabiliza* tanto a los niños como a los padres por comportamientos como la teleadicción o los juegos de ordenador, cuando éstas son algunas de las escasas salidas que los niños tienen para evadirse del encierro y que los padres utilizan para poder tener algo de tiempo propio. Algunos psicólogos consideran que la televisión proporciona un sustituto del espacio físico que aleja al individuo de su medio familiar inmediato y le da la oportunidad de entrar en otros mundos.

También las personas mayores se han visto excluidas de este modelo de ciudad. La terciarización del centro, los espacios monofuncionales alejados de la ciudad a los que se han trasladado parte de las actividades y servicios que antes les resultaban accesibles, y la degradación de la calle para su estancia y uso han confinado también a los ancianos en sus viviendas.

Hacia la reconstrucción de la ciudad

Ante la desintegración que están sufriendo los colectivos sociales más débiles en las ciudades y ante el recorte de libertad que están sufriendo muchas mujeres por tener un espacio no adaptado a sus necesidades, es necesario reconstruir la ciudad.

El objetivo que mueve la reconstrucción del espacio cotidiano es rescatar el derecho de todos los ciudadanos, desde el más pequeño al más mayor, hombre o mujer, de disfrutar de un espacio que cubra sus necesidades de actividad y sociabilidad. Este derecho que parece tan evidente hoy en día está claramente mancillado.

Algunos criterios que guían esta tarea:

- **Accesibilidad.** Entendida ésta como una organización del espacio que favorece el fácil acceso de todos los ciudadanos a bienes, servicios o personas. Que no hay que confundir con movilidad que conlleva únicamente la facilidad de movimiento.

La movilidad de unos no puede comprometer la movilidad del resto, la prioridad que hoy en día se da a los modos motorizados debe cesar para permitir que la calle pueda ser utilizada por todos.

- **Autonomía.** Un espacio que potencie la facultad de la persona para satisfacer las necesidades de actividad y relación social sin depender de otros.

La autonomía está ligada al aspecto anterior, a la facilidad de acceso. Es la ruptura de dependencias a partir de la creación de un espacio seguro y accesible para todos.

- **Sociabilidad.** Se reconoce la importancia del espacio como escenario activo de las relaciones sociales —ya que puede favorecerlas o por el contrario, obstruirlas— y por lo tanto, la organización espacial como instrumento para facilitar la necesidad de relación del ser humano.

- **Habitabilidad.** Entendida la habitabilidad como un conjunto de condiciones ambientales que hacen que un espacio sea saludable, seguro y agradable para el desarrollo de la vida.

La aplicación de estos criterios en el diseño y la construcción del espacio común supone dar un giro radical al rumbo que actualmente se lleva, supone frenar la dispersión, la ruptura y empezar a unir piezas, retomar la escala humana y reconstruir la ciudad a la medida del conjunto de los ciudadanos. Esta visión implica la preeminencia de los intereses sociales sobre los intereses económicos.

La construcción de un espacio igualitario supone ir contra corriente, vencer muchas resistencias; desde la falta de crítica y el menosprecio de los problemas sociales generados por este modelo urbano, la idea asumida de que el camino hacia el progreso lleva implícitos estos *costes* en el modo de vida cotidiano, hasta la propia potencia y la inercia de este modelo de desarrollo que conforme va generando un problema, va generando, no ya soluciones, sino fórmulas costosas para evadirlo.

Es necesario ir actuando simultáneamente sobre todas las fases del proceso para poder invertirlo. Partiendo de la propia esfera social desde donde debe surgir la crítica al modelo de ciudad, incidiendo en el marco legislativo y normativo para que acoja los cambios necesarios e interviniendo en la planificación urbanística y territorial en todas las escalas, desde los Planes Generales de Ordenación Urbana hasta en actuaciones puntuales en el barrio.

Una nueva forma de pensar la ciudad, de pensar sobre la calle y sobre la vivienda va a conducir a nuevas propuestas y actuaciones. El cambio en la percepción de las necesidades, la nueva jerarquía de valores y, sobre todo, el objetivo prioritario de construir un espacio a la medida de todos, conduce inexorablemente a fórmulas distintas de las que actualmente se están manejando y a plantear actuaciones novedosas tanto en la construcción del espacio público como privado.

La envergadura de esta tarea que, como se ha indicado, arranca con una forma distinta de percibir la relación de los individuos con su espacio y que abarca desde aspectos normativos hasta actuaciones urbanísticas, dificulta una formulación breve de propuestas concretas. No obstante, indicar las líneas de actuación que podrían guiar la reconstrucción de la ciudad desde la planificación urbanística:

- Poner límites a la extensión y crecimiento espacial de la ciudad.
- Favorecer la proximidad frente a la dispersión y a la lejanía.
- Primar la rehabilitación y regeneración de la ciudad frente a la creación de nuevo suelo urbano.
- Favorecer la movilidad peatonal y reducir las necesidades de transporte motorizado.
- Primar el uso de transporte público frente al uso del vehículo privado.
- Eliminar las barreras arquitectónicas para favorecer la accesibilidad a vivienda, equipamientos, servicios, etc.
- Recuperación de la calle como lugar de estancia y encuentro social. Restricciones a la movilidad motorizada.

Reconstruir significa rehacer un espacio para que éste de cabida a las actividades de todos los ciudadanos, significa acercar, unir piezas, reformar, rehabilitar, crear proximidad, significa rehacer una ciudad para que funcione, para que el espacio esté adaptado a las necesidades de sus habitantes, para que no sea un conjunto de piezas dispersas, cada vez más inaccesibles o una máquina rota que no funciona. Para que la ciudad sea un lugar para la sociabilidad, el encuentro de los ciudadanos, un espacio para la relación, el juego, el intercambio.

Sólo sobre un espacio equitativo se puede plantear una sociedad igualitaria donde no existan desequilibrios en función del sexo o la edad. Tal como está hoy en día planteada la ciudad, con la sobrevaloración de los aspectos laborales–económicos–monetarios, con la sobrevaloración de la movilidad frente a usos estanciales, la sobrevaloración de las actividades consideradas como productivas frente al resto, sobre estos presupuestos la ciudad está abocada a ser un escenario de desigualdades sociales, un lugar de discriminación.

Los CUADERNOS DE INVESTIGACIÓN URBANÍSTICA difunden aquellos trabajos que por sus características, muchas veces de investigación básica, tienen difícil salida en las revistas profesionales. No se trata de una revista, ni existen criterios fijos sobre su periodicidad ni dimensiones, dependiendo exclusivamente de la existencia de originales, y de los temas de investigación abordados. Están abiertos a cualquier persona o equipo investigador que desee publicar un trabajo realizado dentro de la temática del urbanismo y la ordenación del territorio. Las condiciones para el envío de originales puede consultarlas en ciu@aq.upm.es. La decisión sobre su publicación la tomará un Comité Técnico con representantes de la Red de Cuadernos de Investigación Urbanística constituido por profesores de las universidades latinoamericanas pertenecientes a la Red y del Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio de la Universidad Politécnica de Madrid. El autor tendrá derecho a diez ejemplares gratuitos. Pueden consultarse los números anteriores en formato PDF en <http://www.aq.upm.es/uot>.

CUADERNOS DE INVESTIGACIÓN URBANÍSTICA

Sección de Urbanismo del Instituto Juan de Herrera (SpyOT)

Instituto Juan de Herrera

Escuela Técnica Superior de Arquitectura

Avenida Juan de Herrera, 4. 28040 Madrid

Teléfono: (91) 336 65 08 Fax: (91) 336 65 34

E-mail: ciu@aq.upm.es

NÚMEROS ANTERIORES:

1. **José Fariña Tojo:** *Influencia del medio físico en el origen y evolución de la trama urbana de la ciudad de Toledo*, 30 páginas, abril de 1993.
2. **Julio Pozueta:** *Las ordenanzas de reducción de viajes*, 31 páginas, abril de 1993.
3. **José Manuel Escobar Isla y Antonio M? Díaz (colaborador):** *Hortus conclusus, el jardín cerrado en la cultura europea*, 48 páginas, mayo de 1993.
4. **Julio García Lanza:** *Análisis tipológico de los términos municipales de la Comunidad de Madrid por medio de indicadores urbanísticos*, 44 páginas, octubre de 1993.
5. **Aida Youssef Hotei:** *Cultura, espacio y organización urbana en la ciudad islámica*, 48 páginas, noviembre de 1993.
6. **Jesús Caballero Vallés:** *El índice favorecedor del diseño (influencia del diseño de los sectores en el igualatorio reparto de cargas y beneficios en el suelo urbanizable)*, 41 páginas, febrero de 1995.
7. **Julio Pozueta, Teresa Sánchez-Fayos y Silvia Villacañas:** *La regulación de la dotación de plazas de estacionamiento en el marco de la congestión*, 37 páginas, enero de 1995.
8. **Agustín Hernández Aja:** *Tipología de calles de Madrid*, 71 páginas, febrero de 1995.
9. **José Manuel Santa Cruz Chao:** *Relación entre variables del medio natural, forma y disposición de los asentamientos en tres comarcas gallegas*, 55 páginas, febrero de 1995.
10. **José Fariña Tojo:** *Cálculo de la entropía producida en diversas zonas de Madrid*, 74 páginas, abril de 1995.
11. **Agustín Hernández Aja:** *Análisis de los estándares de calidad urbana en el planeamiento de las ciudades españolas*, 75 páginas, septiembre de 1995.
12. **José Fariña Tojo y Julio Pozueta:** *Tejidos residenciales y formas de movilidad*, 77 páginas, diciembre de 1995.
13. **Daniel Zarza:** *Una interpretación fractal de la forma de la ciudad*, 70 páginas, abril de 1996.
14. **Ramón López de Lucio (coord.):** *El comercio en la periferia sur metropolitana de Madrid: soportes urbanos tradicionales y nuevas centralidades*, 58 páginas, septiembre de 1996.
15. **Agustín Hernández Aja:** *Pisos, calles y precios*, 63 páginas, diciembre de 1996.
16. **Julio Pozueta Echavarri:** *Experiencia española en carriles de alta ocupación. La calzada BUS/VAO en la N-VI: balance de un año de funcionamiento*, 57 páginas, marzo de 1997.
17. **Inés Sánchez de Madariaga:** *Las aportaciones urbanísticas en la práctica norteamericana*, 59 páginas, mayo de 1997.
18. **Julio Pozueta Echavarri (coord.):** *Experiencia española en la promoción de alta ocupación: el Centro de Viaje Compartido de Madrid*, 63 páginas, julio de 1997.
19. **Agustín Hernández Aja:** *Análisis urbanístico de barrios desfavorecidos: catálogo de áreas vulnerables españolas*, 104 páginas, septiembre de 1997.
20. **Ramón López de Lucio (coord.):** *Investigación y práctica urbanística desde la Escuela de Arquitectura de Madrid: 20 años de actividad de la Sección de Urbanismo del Instituto Juan de Herrera (SpyOT), 1977-1997*, 126 páginas, noviembre de 1997.
21. **Daniel Zarza:** *La enseñanza del Proyecto Urbano: A propósito de algunos trabajos de la asignatura Urbanística II (Sotos y bordes en Aranjuez)*, 63 páginas, febrero de 1998.
22. **Francisco José Lamiquiz y Enrique Maciá Martínez:** *Configuración y percepción en la Plaza de Isabel II de Madrid*, 49 páginas, abril de 1998.
23. **Ramón López de Lucio y Emilio Parrilla Gorbea:** *Espacio público e implantación comercial en la ciudad de Madrid*, 57 páginas, julio de 1998.
24. **Ester Higuera:** *Urbanismo bioclimático*, 74 páginas, septiembre de 1998.

25. **Ángel Carlos Aparicio Mourelo:** *Políticas de regeneración urbana en los Estados Unidos*, 57 páginas, enero 1999.
26. **Julio García Lanza:** *El perfil urbanístico de los municipios*, 87 páginas, abril 1999.
27. **Fernando Roch Peña, Ana Pérez y Francisco Javier González:** *Estudio inmobiliario de Torrejón de Ardoz*, 78 páginas, julio 1999.
28. **José Fariña Tojo y Ester Higuera:** *Turismo y uso sostenible del territorio*, 67 páginas, julio 1999.
29. **José Fariña, Francisco Lamíquiz y Julio Pozueta:** *Efectos territoriales de la implantación de infraestructuras de accesos controlados*, 67 páginas, julio 1999.
30. **Julio Pozueta Echávarri:** *Movilidad y planeamiento sostenible: hacia una consideración inteligente del transporte y la movilidad en el planeamiento y en el diseño urbano*, 111 páginas, noviembre 2000.
31. **Agustín Hernández Aja, Miguel Ángel Prieto Miñano y Raquel Rodríguez Alonso:** *Inventario de bases de Datos Estadísticas y Cartográficas derivadas del Padrón Municipal de habitantes de 1996*, 45 páginas, marzo 2001.
32. **Javier Ruiz Sánchez:** *Sistemas urbanos complejos. Acción y comunicación*, 78 páginas, marzo 2001.
33. **Mazen Suleiman Shinaq:** *La ciudad musulmana y la influencia del urbanismo occidental en su conformación*, 68 páginas, junio 2001.
34. **Pilar Chías Navarro:** *Aplicación de los sistemas de información geográfica a la redacción de planeamiento considerando las capacidades ambientales del territorio*, 92 páginas, noviembre 2002.
35. **Javier Ruiz Sánchez:** *La enseñanza del urbanismo y a enseñanza de la práctica del urbanismo: un proyecto docente en el marco de la realidad urbana compleja*, 85 páginas, noviembre 2002.
36. **María A. Castrillo Romón:** *Influencias europeas sobre la Ley de casas baratas de 1911: el referente de la Loi des Habitations*, 54 páginas, noviembre 2003.
37. **Universidades de la Red de Cuadernos de Investigación Urbanística:** *Informe 2003*, 104 páginas, octubre 2004.
38. **José Luis Carrillo Barradas:** *Ciudad de México. Una megalópolis emergente. El capital vs. La capital*, 108 páginas, noviembre de 2004.
39. **Juan Pedro Luna González:** *La energía y el territorio. Análisis y evaluación de las interrelaciones. Caso de la Comunidad de Madrid*, 81 páginas, diciembre 2004.
40. **Esther Isabel Prada Llorente:** *El paisaje como archivo del territorio*, 66 páginas, enero 2005.
41. **AA VV:** *Textos sobre sostenibilidad*, 103 páginas, febrero de 2005.

Otros medios divulgativos del Departamento de Urbanística y Ordenación del territorio:

Revista Urban, 9 La ordenación del Territorio Europeo



- «Paisajes culturales. El patrimonio como recurso básico para un nuevo modelo de desarrollo». Joaquín Sabaté Bel.
- «Alta velocidad, integración metropolitana y proyectos territoriales». Cecilia Ribalygua *et al.*
- «El nuevo urbanismo metropolitano de Barcelona: Badalona, de los déficit a la calidad». Amador Ferrer Aixala.
- «Morfología y características de las nuevas periferias». Ramón López de Lucio.
- «Nuevos sectores residenciales —Ciudad-Jardín Oeste 1 y 2— de Fuenlabrada, 2002-2003: reconstruyendo la periferia». Jesús Gago Dávila / José María García-Pablos Ripoll.
- «Proyectar la complejidad urbana: Móstoles-sur residencial». Javier Ruiz Sánchez.
- «¿Quién quiere una ciudad? El Plan Parcial del sector PP5 del Arroyo Culebro, en Leganés». Mónica de Blas.
- «La nueva vivienda pública. El caso de Madrid». Luis Moya González.

Consulta y pedido de ejemplares: urban@antaediciones.com

Página web del Departamento de Urbanística y ordenación del Territorio:

<http://www.aq.upm.es/Departamentos/Urbanismo>

que contiene todas las actividades docentes, divulgativas y de investigación que tiene el Departamento con permanente actualización de sus contenidos.